# Revelaciones Celestiales de Santa Brígida de Suecia - Libro 1

*"Mis enemigos son como la más salvaje de las bestias, que nunca pueden estar satisfechos ni permanecer en calma. Su corazón está tan vacío de mi amor que el pensamiento de mi pasión nunca lo penetra. Ni siquiera una sola vez, desde lo más íntimo de su corazón, ha escapado una palabra como ésta: "Señor, tú nos has redimido, ¡alabado seas por tu amarga pasión!" ¿Cómo puede vivir mi Espíritu en personas que no sienten el divino amor por mí, personas que están deseando traicionar a otros por conseguir su propio beneficio?"*

Me gusta 541 Twittear COMPARTIR 196



Comprar este libro en Lulu (730 Páginas)

***Las Profecías y Revelaciones de Santa Brígida de Suecia - Libro 1***

Palabras de nuestro Señor Jesucristo a su elegida y muy querida esposa, declarando su excelentísima encarnación, condenando la violación profana y abuso de confianza de nuestra fe y bautismo, e invitando a su querida esposa a que lo ame.

Capítulo 1

Yo soy el Creador del Cielo y de la tierra, uno en divinidad con el Padre y el Espíritu Santo. Yo soy el que habló a los profetas y patriarcas, y a quien ellos esperaban. Para cumplir sus deseos y de acuerdo con mi promesa, tomé carne sin pecado ni concupiscencia, entrando en el cuerpo de la Virgen, como el brillo del sol a través de un clarísimo cristal. Igual que el sol no daña al cristal entrando en él, tampoco se perdió la virginidad de mi Madre cuando tomé la humana naturaleza. Tomé carne pero sin abandonar mi divinidad.

No fui menos Dios, todo lo gobernaba y abastecía con el Padre y el Espíritu Santo, pese a que, con mi naturaleza humana, estuve en el vientre de la Virgen. Igual que el resplandor nunca se separa el fuego, tampoco mi divinidad se separó de mi humanidad, ni siquiera en la muerte. Lo siguiente que deseé para mi cuerpo puro y sin mancha fue ser herido desde la planta de mis pies hasta la coronilla de mi cabeza, por los pecados de todos los hombres, y ser colgado en la Cruz. Ahora mi cuerpo se ofrece cada día en el altar, para que las personas puedan amarme más y recordar mis favores con más frecuencia.

Ahora, sin embargo, estoy totalmente olvidado, ignorado y despreciado, como un rey desterrado de su reino en cuyo lugar ha sido elegido un perverso ladrón al que se colma de honores. Yo quise que mi reino estuviera dentro del ser humano, y por derecho yo debería ser Rey y Señor de él, dado que Yo lo creé y lo redimí. Ahora, sin embargo, él ha roto y profanado la fe que me prometió en el bautismo. Ha violado y rechazado las leyes que establecí para él. Ama su propia voluntad y despectivamente se niega a escucharme. Encima, exalta al más malvado de los ladrones, el demonio, por encima de mí y en él deposita su fe.

El demonio es realmente un ladrón porque, debido a sus perversas tentaciones y falsas promesas, roba para sí mismo al alma humana que Yo redimí con mi propia sangre. Y aunque se lleva a las almas, esto no se debe a que él sea más poderoso que Yo, pues Yo soy tan poderoso que puedo hacer todo mediante una sola palabra, y soy tan justo que no cometería la más mínima injusticia ni aunque me lo pidieran todos los santos.

Sin embargo, ya que el hombre, al que se ha dado libre albedrío, desprecia voluntariamente mis mandamientos y consiente al demonio, entonces es justo que también experimente la tiranía del demonio. El demonio fue creado bueno, pero cayó debido a su perversa voluntad y ha quedado como un verdugo para infligir su retribución a los pecadores. Pese a que ahora soy tan menospreciado, aún soy tan misericordioso que perdonaré los pecados de cualquiera que pida mi misericordia y se humille a sí mismo, y lo liberaré del perverso ladrón. Pero aplicaré mi justicia sobre aquellos que perseveren en menospreciarme, y los que la oigan temblarán, mientras que los que la experimenten dirán: '¡Ay de nosotros, que fuimos nacidos o concebidos! ¡Ay, que hemos provocado la ira del Señor de la majestad!'.

Pero tú, hija mía, a quien he elegido para mí y con quien hablo en el Espíritu, iámame con todo tu corazón, no como amas a tu hijo o a tu hija o a tus padres sino más que cualquier cosa en el mundo! Yo te creé y no evité que ninguno de mis miembros sufriera por ti. Aún amo tanto a tu alma que, si fuera posible, me dejaría ser de nuevo clavado en la cruz antes que perderte. Imita mi humildad: Yo, que soy el Rey de la gloria y de los ángeles, fui vestido de pobres harapos y estuve desnudo en el pilar mientras mis oídos oían todo tipo de insultos y burlas. Antepón mi

voluntad a la tuya porque mi Madre, tu Señora, desde el principio hasta el final, nunca quiso nada más que lo que yo quise. Si haces esto, entonces tu corazón estará con el mío y lo inflamaré con mi amor, de la misma forma que lo árido y seco se inflama fácilmente ante el fuego.

Tu alma estará llena de mí y Yo estaré en ti, todo lo temporal se volverá amargo para ti, y el deseo carnal te será como el veneno. Descansarás en mis divinos brazos, donde no hay deseo carnal sino sólo gozo y deleite espiritual. Ahí, el alma, colmada tanto interior como exteriormente, está llena de gozo, no pensando en nada ni deseando nada más que el gozo que posee. Por ello, ámame sólo a mí y tendrás todo lo que desees en abundancia. ¿No está escrito que el aceite de la vida no faltará hasta el día en que el Señor envíe lluvia sobre la tierra según las palabras del profeta? Yo soy el verdadero profeta. Si crees en mis palabras y las cumples, ni el aceite ni el gozo ni la alegría te faltarán jamás en toda la eternidad.

Palabras de nuestro Señor Jesucristo a la hija que ha tomado como esposa, en relación con los términos de la verdadera fe, y sobre qué adornos, muestras e intenciones debe tener la esposa en relación al Esposo.

Capítulo 2

Yo soy el Creador de los Cielos, la tierra y el mar, y de todo lo que hay en ellos. Yo soy uno con el Padre y el Espíritu Santo, no como los ídolos de piedra o de oro, como en una ocasión se ha dicho, tampoco soy varios dioses, como la gente acostumbraba a pensar, sino un solo Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas y una sustancia, Creador de todo pero no creado por nadie, inmutable y omnipotente, sin principio ni fin. Yo soy el que nació de la Virgen, sin perder mi divinidad pero uniéndola a mi humanidad, de modo que en una persona fuese verdadero Hijo de Dios e Hijo de la Virgen. Yo soy el que fue colgado en la cruz, muerto y sepultado y aún así mi divinidad permaneció intacta.

Pese a que morí en la humana naturaleza y el cuerpo que Yo, el único Hijo, había adoptado aún vivía en la naturaleza divina, en la que Yo era un Dios junto con el Padre y el Espíritu Santo. Yo soy el mismo hombre que resucitó de la muerte y ascendió al Cielo, y quien ahora habla contigo a través de mi Espíritu. Te he elegido y tomado como esposa mía para mostrarte mis secretos, porque así quiero hacerlo. Poseo cierto derecho sobre ti porque tú sometiste tu voluntad a la mía cuando murió tu marido. Tras su muerte, tú pensaste y rogaste sobre cómo hacerte pobre por mí, y deseaste dejarlo todo por mi bien. Por eso, tengo justo derecho sobre ti y, por esa gran caridad tuya, yo tengo que proveerte. Por ello, te tomo por esposa para mi propio beneplácito, el que conviene que tenga Dios con una alma casta.

Es un deber de la esposa estar preparada para cuando el Esposo decida celebrar la boda, de forma que pueda estar correctamente vestida y limpia. Estarás limpia si tus pensamientos están siempre centrados en tus pecados, sobre cómo te purifiqué del pecado de Adán por el bautismo y sobre cuán a menudo te he apoyado y sostenido cuando has caído en el pecado. La esposa también ha de ponerse las prendas del novio sobre el pecho, es decir, debes recordar los favores y beneficios que te he hecho, como cuán noblemente Yo te creé dándote un cuerpo y un alma; cuán noblemente te enriquecí dándote salud y bienes temporales; cuán amorosamente te rescaté cuando morí por ti y restituí para ti tu herencia, por si desearas tenerla. La novia debe también hacer la voluntad de su Esposo. ¿Cuál es mi voluntad sino que quieras amarme por encima de todas las cosas y que no desees nada más que a mí?

Yo he creado todas las cosas por el bien de la humanidad y todo lo he puesto a su disposición. Y aún así, los seres humanos aman todo menos a mí y no aborrecen nada más que a mí. Les restituí la herencia que habían perdido por el pecado, pero ellos se han enajenado tanto y se han alejado tanto de la razón que, en lugar de la gloria eterna en la que están todos los bienes duraderos, prefieren la honra pasajera que es como espuma de mar, que aumenta un momento, como una montaña, y rápidamente se deshace en nada. Esposa mía, si no deseas nada más que a mí, si desprecias todo por mi bien –tanto hijos como padres, lo mismo que las riquezas y los honores—Yo te daré el más precioso y dulce regalo.

No te daré ni oro ni plata como pago sino a mí mismo como Esposo tuyo, Yo, que soy el Rey de la gloria. Si te avergonzases de ser pobre y despreciada, considera cómo tu Dios lo ha sido antes que tú, cuando sus sirvientes y amigos le abandonaron en la tierra, porque Yo no busqué amigos en la tierra sino en el Cielo. Si estás preocupada y temerosa de verte cargada de trabajo y enferma, considera qué grave es arder en el fuego. ¿Qué hubieras merecido si hubieras ofendido a un maestro terreno, como has hecho conmigo?

Porque, aunque Yo te amo de todo corazón, nunca actúo contra la justicia, ni aún en un solo detalle. Igual que tú has pecado en todos tus miembros corporales, también debes reparar en cada miembro. Sin embargo, debido a tu buena voluntad y a tu propósito de enmienda, Yo conmuto tu sentencia por una de misericordia y remito el duro suplicio a cambio de una módica enmienda. Por esta razón, ¡abraza de buena gana tus pequeñas cargas para que puedas quedar limpia y conseguir cuanto antes tu gran premio! Es bueno que la esposa se canse y comparta las fatigas del Esposo, de forma que descanse así más confiadamente con Él".

Palabras de nuestro Señor Jesucristo a su esposa sobre su formación en el amor y honor a Él, su Esposo; sobre el odio de los malvados hacia Dios, y sobre el amor del mundo.

Capítulo 3

Yo soy tu Dios y Señor, a quien tú veneras. Soy Yo quien sostiene el Cielo y la tierra mediante mi poder, sin que tengan estribos ni columnas para sostenerse. Soy Yo quien cada día es ofrecido en el altar, verdadero Dios y hombre, bajo la apariencia del pan. Yo soy quien te ha escogido. ¡Honra a mi Padre! ¡Ámame! ¡Obedece a mi espíritu! ¡Ten a mi Madre por tu Señora! ¡Honra a todos mis santos! Mantén la verdadera fe que te sea enseñada por alguien que ha experimentado en sí mismo el conflicto entre los dos espíritus, el de la falsedad y el de la verdad, y que venció con mi fe. ¡Preserva la verdadera humildad!

¿Qué es la verdadera humildad sino alabar a Dios por todo lo bueno que nos ha dado? Hoy en día, sin embargo, hay muchas personas que me odian y que consideran mis obras y mis palabras como dolor y vanidad. Ellos le dan la bienvenida al adulterador, el demonio, con los brazos abiertos, y le aman. Todo lo que hacen por mí lo hacen quejándose y con resentimiento. Ellos ni siquiera pronunciarían mi nombre si no fuera por que temen la opinión de los demás. Tienen un amor tan sincero hacia el mundo que no se cansan de trabajar por él noche y día, y siempre son fervientes en su amor hacia él. Pero su servicio es para mí tan grato como si alguien pagara dinero a su enemigo para matar a su hijo.

Esto es lo que ellos hacen. Me dan alguna limosna y me honran con sus labios para conseguir éxito en el mundo y permanecer en sus privilegios y en su pecado. El buen espíritu está, en ellos, completamente impedido de progresar en la virtud. Si quieres amarme con todo tu corazón y no deseas nada sino a mí, Yo te atraeré a mí a través de la caridad, como un imán o magnetita atrae al hierro hacia sí. Te haré descansar en mi brazo, que es tan fuerte que nadie lo puede extender y tan rígido que nadie lo puede doblar cuando está extendido. Es tan dulce que sobrepasa a todos los aromas y no se pude comparar con los deleites de este mundo.

Explicación

Este fue un santo, un doctor en teología, que se llamó Maestro Matías de Suecia, canónico de Linköping, quien glosó toda la Biblia de manera excelente. Sufrió tentaciones muy sutiles del demonio, incluidas una serie de herejías contra la fe católica, todas las cuales superó con la ayuda de Cristo, y no pudo ser superado por el demonio. Esto está todo escrito en la biografía de Doña Brígida. Fue este Maestro Matías quien compuso el prólogo de estos libros, que comienza así: “Stupor et mirabilia, etc.” Él fue un hombre santo y muy poderoso en palabras y en obras. Cuando murió en Suecia, la esposa de Cristo, que entonces vivía en Roma, oyó en su oración una voz que le decía a su espíritu: “Feliz de ti, Maestro Matías, por la corona que ha sido preparada para ti en el Cielo. ¡Ven ahora a la sabiduría que no tiene fin!” También se puede leer sobre él en el Libro I, revelación 52; Libro V, en respuesta a la pregunta 3 en la última cuestión, y en el Libro VI, en las revelaciones 75 y 89.

Palabras de nuestro Señor Jesucristo a su esposa en las que le dice que no se preocupe ni piense que lo que se le revela a ella procede de un espíritu maligno, y sobre cómo distinguir a un Espíritu bueno de uno malo.

Capítulo 4

Yo soy tu Creador y Redentor ¿Por qué has temido mis palabras? ¿Por qué te has preguntado si proceden de un espíritu bueno o de uno malo? Dime, ¿has encontrado algo en mis palabras que no te haya dictado tu propia conciencia? ¿Te he ordenado algo contrario a la razón?” A esto, la esposa respondió: “No, al contrario, tus palabras son verdaderas y yo estaba en un error”. El Espíritu, su Esposo agregó: “Yo te ordené tres cosas. En ellas podrías reconocer al buen Espíritu. Te ordené que honraras a tu Dios, que te creó y te ha dado todo lo que tienes. Te ordené que te mantuvieras en la verdadera fe, es decir, que creyeras que nada se ha creado ni se puede crear sin Dios. También te ordené que mantuvieras una razonable continencia en todas las cosas, dado que el mundo se ha hecho para uso del hombre, a fin de que las personas lo aprovechen para sus necesidades.

De la misma forma, también puedes reconocer al espíritu inmundo por las tres cosas contrarias a éstas: Te tienta a que te alabes a ti misma y a que te enorgullezcas de lo que se te ha dado; te tienta a que traiciones tu propia fe; también te tienta a la impureza en todo el cuerpo y en todas las cosas, y hace que arda tu corazón por ello.

A veces también engaña a las personas bajo la forma de bien. Por esto te he mandado que siempre examines tu conciencia y que se la expongas a prudentes consejeros espirituales. Por ello, no dudes de que el buen Espíritu de Dios esté contigo cuando no desees otra cosa que a Dios y de Él te inflames toda. Sólo Yo puedo crear ese fervor y así al demonio le es imposible acercarse a ti. Tampoco les es posible acercarse a las malas personas, a menos que yo lo permita, bien por los pecados humanos o por alguno de mis ocultos designios, porque él es mi criatura, como todas las demás, y fue creado bueno por mí, aunque se pervirtió por su propia maldad. Por tanto, Yo soy Señor sobre él.

Por esta razón, me acusan falsamente quienes dicen que las personas que me rinden gran devoción están locas o poseídas. Me hacen aparecer como un hombre que expone a su casta y fiable mujer a un adúltero.

Eso es lo que Yo sería si dejara que alguien que me amase plena y rectamente fuese poseído por un demonio. Pero, puesto que Yo soy fiel, ningún demonio podrá nunca controlar el alma de ninguno de mis devotos sirvientes. Pese a que mis amigos a veces parezcan estar casi fuera de su razón, no es porque sufran debido al demonio ni porque me sirvan con ferviente devoción. Más bien se debe a algún defecto del cerebro o a alguna otra causa oculta, que sirve para humillarlos. A veces, también puede ocurrir que el demonio reciba de mí un poder sobre los cuerpos de las buenas personas, para un mayor beneficio de éstas, o que oscurezca sus conciencias. Sin embargo, nunca puede conseguir el control de las almas de aquellos que tienen fe y se deleitan en mí.

Amorosas palabras de Cristo a su esposa, con la preciosa imagen de una noble fortaleza, que simboliza a la Iglesia militante, y sobre cómo la Iglesia de Dios será ahora reconstruida por las oraciones de la gloriosa Virgen y de los santos.

Capítulo 5

Yo soy el Creador de todas las cosas. Soy el Rey de la gloria y el Señor de los ángeles. He construido para mí una noble fortaleza y he colocado en ella a mis elegidos. Mis enemigos han perforado sus fundamentos y han prevalecido sobre mis amigos, tanto que les han amarrado a estacas con cepos y la médula se les sale por los pies. Les apedrean los huesos y los matan de hambre y de sed. Encima, los enemigos persiguen a su Señor. Mis amigos están ahora gimiendo y suplicando ayuda; la justicia pide venganza, pero la misericordia invoca al perdón.

Entonces, Dios dijo a la Corte Celestial allí presente: “¿Qué pensáis de estas personas que han asaltado mi fortaleza?” Ellos, a una voz, respondieron: “Señor, toda la justicia está en ti y en ti vemos todas las cosas. A ti se te ha dado todo juicio, Hijo de Dios, que existes sin principio ni fin, tú eres su Juez. Y Él dijo: “Pese a que todo lo sabéis y veis en mi, por el bien de mi esposa, decidme cuál es la sentencia justa”. Ellos dijeron: “Esto es justicia: Que aquellos que derrumbaron los muros sean castigados como ladrones; que aquellos que persisten en el mal, sean castigados como invasores, que los cautivos sean liberados y los hambrientos saturados”.

Entonces María, la Madre de Dios, que al principio había permanecido en silencio, habló y dijo: “Mi Señor e Hijo querido, tú estuviste en mi vientre como verdadero Dios y hombre. Tú te dignaste a santificarme a mí, que era un vaso de arcilla. Te suplico, ¡ten misericordia de ellos una vez más!” El Señor contestó a su Madre: “¡Bendita sea la palabra de tu boca! Como un suave perfume, asciende hasta Dios. Tú eres la gloria y la Reina de los ángeles y de todos los santos, porque Dios fue consolado por ti y a todos los santos deleitas. Y porque tu voluntad ha sido la mía desde el comienzo de tu juventud, una vez más cumpliré tu deseo”. Entonces, él le dijo a la Corte Celestial: “Porque habéis luchado valientemente, por el bien de vuestra caridad, me apiadaré por ahora.

Mirad, reedificaré mi muro por vuestros ruegos. Salvaré y sanaré a los que sean oprimidos por la fuerza y los honraré cien veces por el abuso que han sufrido. Si los que hacen violencia piden misericordia, tendrán paz y misericordia. Aquellos que la desprecien sentirán mi justicia”. Entonces, Él le dijo a su esposa: “Esposa mía, te he elegido y te he revestido de mi Espíritu. Tú escuchas mis palabras y las de los santos quienes, aunque ven todo en mí, han hablado por tu bien, para que puedas entender. Al fin y al cabo, tú, que aún estás en el cuerpo, no me puedes ver de la misma forma que ellos, que son mis espíritus. Ahora te mostraré lo que significan estas cosas.

La fortaleza de la que he hablado es la Santa Iglesia, que yo he construido con mi propia sangre y la de los santos. Yo mismo la cimenté con mi caridad y después coloqué en ella a mis elegidos y amigos. Su fundamento es la fe, o sea, la creencia en que Yo soy un Juez justo y misericordioso. Este fundamento ha sido ahora socavado porque todos creen y predican que soy misericordioso, pero casi nadie cree que yo sea un Juez justo. Me consideran un juez inicuo. De hecho, un juez sería inicuo si, al margen de la misericordia, dejara a los inicuos sin castigo de forma que pudieran continuar oprimiendo a los justos.

Yo, sin embargo, soy un Juez justo y misericordioso y no dejaré que el más mínimo pecado quede sin castigo ni que aún el mínimo bien quede sin recompensa. Por los huecos perforados en el muro, entran en la Santa Iglesia personas que pecan sin miedo, que niegan que Yo sea justo y atormentan a mis amigos como si los clavaran en estacas. A estos amigos míos no se les da gozo y consuelo. Por el contrario, son castigados e injuriados como si fueran demonios. Cuando dicen la verdad sobre mí, son silenciados y acusados de mentir. Ellos ansían con pasión oír o hablar la verdad, pero no hay nadie que les escuche ni que les diga la verdad.

Además, Yo, Dios Creador, estoy siendo blasfemado. La gente dice: ‘No sabemos si existe Dios. Y si existe no nos importa’. Arrojan al suelo mi bandera y la pisotean diciendo: ‘¿Por qué sufrió? ¿En qué nos beneficia? Si cumple nuestros deseos estaremos satisfechos, ¡que mantenga Él su reino y su Cielo! Cuando quiero entrar en ellos, dicen: ‘¡Antes moriremos que doblegar nuestra voluntad!’ ¡Date cuenta, esposa mía, de la clase de gente que es! Yo los creé y los puedo destruir con una palabra. ¡Qué soberbios que son conmigo! Gracias a los ruegos de mi Madre y de todos los santos, permanezco misericordioso y tan paciente que estoy deseando enviarles palabras de mi boca y ofrecerles mi misericordia. Si la quieren aceptar, yo tendré compasión.

De lo contrario, conocerán mi justicia y, como ladrones, serán públicamente avergonzados ante los ángeles y los hombres, y condenados por cada uno de ellos. Como los criminales son colgados en las horcas y devorados por los cuervos, así ellos serán devorados por los demonios, pero no consumidos. Igual que las personas atrapadas en cepos no pueden descansar, ellos padecerán dolor y amargura por todas partes.

Un río de fuego entrará por sus bocas, pero sus estómagos no serán saciados y su sed y suplicio se reanudarán cada día. Pero mis amigos estarán a salvo, y serán consolados por las palabras que salen de mi boca. Ellos verán mi justicia junto a mi misericordia. Los revestiré con las armas de mi amor, que les harán tan fuertes que los adversarios de la fe se escurrirán ante ellos como el barro y, cuando vean mi justicia, quedarán en vergüenza perpetua por haber abusado de mi paciencia".

Palabras de Cristo a su esposa sobre cómo su Espíritu no puede morar en los malvados; sobre la separación de los buenos y los perversos y el envío de los buenos, armados con armas espirituales, a la guerra contra el mundo.

Capítulo 6

Mis enemigos son como la más salvaje de las bestias, que nunca pueden estar satisfechos ni permanecer en calma. Su corazón está tan vacío de mi amor que el pensamiento de mi pasión nunca lo penetra. Ni siquiera una sola vez, desde lo más íntimo de su corazón, ha escapado una palabra como ésta: "Señor, tú nos has redimido, ¡alabado seas por tu amarga pasión!" ¿Cómo puede vivir mi Espíritu en personas que no sienten el divino amor por mí, personas que están deseando traicionar a otros por conseguir su propio beneficio?

Su corazón está lleno de viles gusanos, es decir, lleno de pasiones mundanas. El demonio ha dejado sus excrementos en sus bocas y, por eso, no tienen gusto por mis palabras. Por ello, con mi serrucho, los cortaré para apartarlos de mis amigos. No hay forma peor de morir que bajo la sierra. Igualmente, no habrá castigo que ellos no compartan: serán serrados en dos por el demonio y apartados de mí. Los encuentro tan odiosos que todos los que se adhieran a ellos se separarán de mí.

Por esta razón, estoy enviando a mis amigos para que ellos separen a los demonios de mis miembros, ya que los demonios son mis verdaderos enemigos. Los envío como nobles soldados a la batalla. Todo el que mortifique su carne y se abstenga de lo ilícito es mi verdadero soldado. Como lanza llevarán las palabras de mi boca y en sus manos esgrimirán la espada de la fe; en sus pechos estará la coraza del amor, por lo que, pase lo que pase, no dejarán de amarme. Deben tener el escudo de la paciencia en su costado, de forma que soporten todo con paciencia. Los he atesorado como oro en un estuche: ahora deben salir y andar por mis caminos.

Según los designios de la justicia, Yo no podría entrar en la gloria de mi majestad sin soportar tribulación en mi naturaleza humana. Por tanto ¿cómo entrarán ellos? Si su Señor sufrió, no es de extrañar que ellos también tengan que sufrir. Si su señor soportó latigazos, no será para ellos gran cosa el soportar palabras. No han de temer porque nunca les abandonaré. Igual que es imposible para el demonio entrar en el corazón de Dios y dividirlo, igual de imposible le será separarlos de mí. Y como, ante mi vista, son como oro purísimo, pues han sido testados con un poco de fuego, no les abandonaré: es para su mayor recompensa.

Palabras de la gloriosa Virgen a su hija, sobre la forma de vestir y el tipo de ropas y ornamentos con los que la hija debe adornarse y vestirse.

Capítulo 7

Yo soy María, que alumbró al Hijo de Dios, verdadero Dios y verdadero hombre. Soy la Reina de los ángeles. Mi Hijo te ama con todo su corazón ¡Ámale! Debes de adornarte con muy honestos vestidos y yo te mostraré cómo y qué tipo de ropas deben ser. Igual que antes tenías una enagua, una túnica, calzado, una capa y un broche sobre tu pecho, ahora has de cubrirte de ropas espirituales. La enagua es la contrición. Igual que la enagua se viste pegada al cuerpo, así la contrición y la conversión son el primer camino de conversión a Dios. A través de ello, la mente, que en su momento encontró gozo en el pecado, se purifica, y la carne impura se mantiene bajo control.

Los dos zapatos son dos disposiciones, en concreto la intención de rectificar las transgresiones pasadas y la intención de hacer el bien y mantenerse lejos del mal. Tu túnica es la esperanza en Dios. Igual que la túnica tiene dos mangas, ha de haber justicia y misericordia en tu esperanza. De esta forma, esperarás a la misericordia de Dios porque no olvidarás su justicia. Piensa en su justicia y en su juicio, de forma que no olvides su misericordia, porque Él no emplea la justicia sin misericordia ni la misericordia sin justicia. La capa es la fe. Lo mismo que la capa lo cubre todo y todo está contenido en ella, la naturaleza humana puede igualmente abarcar y conseguir todo mediante la fe.

Esta capa debe ir decorada con las insignias del amor de tu Esposo, o sea, de la forma que te ha creado, de la forma que te ha redimido, de la forma que te alimentó, te atrajo hacia su Espíritu y abrió tus ojos espirituales. El broche es la consideración de su pasión. Fija firmemente en tu pecho el pensamiento de cómo Él fue burlado y mortificado, cómo se mantuvo vivo en la cruz, ensangrentado y perforado en todas sus fibras, cómo a su muerte su cuerpo entero se convulsionó por el agudo dolor de la pasión, cómo encomendó su Espíritu en manos de su Padre. ¡Que este broche permanezca siempre en tu pecho! Sobre tu cabeza, póngase una corona, es decir, castidad en tus afectos, que prefieras resistir los azotes antes que volver a mancharte. Se modesta y digna. No pienses ni desees nada más que a tu Dios y Creador. Cuando le tienes a Él, lo tienes todo. Adornada de esta forma, debes esperar a tu Esposo.

Palabras de la Reina de los Cielos a su querida hija, enseñándole que debe amar y alabar a su Hijo junto a su Madre.

Capítulo 8

Yo soy la Reina de los Cielos. Estás preocupada sobre cómo tienes que alabarme. Ten por seguro que toda alabanza a mi Hijo es alabanza a mí. Y aquellos que lo deshonran, me deshonran a mí, pues mi amor hacia él y el suyo hacia mí es tan ardiente como si los dos fuéramos un solo corazón. Tanto me honró a mí, que era un vaso de arcilla, que me ensalzó por encima de todos los ángeles. Por ello, tú me has de alabar así: "Bendito seas, Señor Dios, Creador de todas las cosas, que te dignaste descender dentro del vientre de la Virgen María. Bendito seas, Señor Dios, que quisiste habitar en las entrañas de la Virgen María, sin ser una carga para Ella y te dignaste a recibir su carne inmaculada sin pecado.

Bendito seas, Señor Dios, que viniste a la Virgen, dándole gozo a su alma y a todos sus miembros y que, con el gozo de todos los miembros de su cuerpo sin pecado, de Ella naciste. Bendito seas, Señor Dios, que, después de tu ascensión alegraste a la Virgen María con frecuentes consolaciones y con tu consolación la visitaste. Bendito seas, Señor Dios, que ascendiste el cuerpo y el alma de la Virgen María, tu Madre, a los Cielos y la honraste situándola junto a tu divinidad, sobre todos los ángeles. Ten misericordia de mí, Señor, por sus ruegos e intercesión".

Palabras de la Reina de los Cielos a su querida hija sobre el hermoso amor que el Hijo profesaba a su Madre Virgen; sobre cómo la Madre de Cristo fue concebida en un matrimonio casto y santificada en el vientre de su madre; sobre cómo ascendió en cuerpo y alma al Cielo; sobre el poder de su nombre y sobre los ángeles asignados a los hombres para el bien o para el mal.

Capítulo 9

Yo soy la Reina del Cielo. Ama a mi Hijo, porque él es el honestísimo y cuando lo tienes a Él tienes todo lo que es honesto. Él es lo más deseable y cuando lo tienes a Él tienes todo lo que es deseable. Ámalo, también, porque Él es virtuosísimo y cuando lo tienes a él tienes todas las virtudes. Te voy a contar lo hermoso que fue su amor hacia mi cuerpo y mi alma y cuánto honor le dio a mi nombre. Él, mi hijo, me amó antes de que yo lo amara a Él, pues es mi Creador. Él unió a mi padre y a mi madre en un matrimonio tan casto que no se puede encontrar a ninguna pareja más casta.

Nunca desearon unirse excepto de acuerdo a la Ley, sólo para tener descendencia. Cuando el ángel les anunció que tendrían una Virgen por la cual llegaría la salvación del mundo, antes hubieran muerto que unirse en un amor carnal pues la lujuria estaba extinguida en ellos. Te aseguro que, por la caridad divina y debido al mensaje del ángel, ellos se unieron en la carne, no por concupiscencia sino contra su voluntad y por su amor hacia Dios. De esta forma, mi carne fue engendrada de su semilla a través del amor divino.

Cuando mi cuerpo se formó, Dios envió al alma creada dentro de Él desde su divinidad. El alma fue inmediatamente santificada junto con el cuerpo y los ángeles la vigilaban y custodiaban día y noche. Es imposible expresarte qué grandísimo gozo sintió mi madre cuando mi alma fue santificada y se unió a su cuerpo. Después, cuando el curso de mi vida estuvo cumplido, mi Hijo primero elevó mi alma, por haber sido la dueña del cuerpo, a un lugar más eminente que los demás, cerca de la gloria de su divinidad, y después mi cuerpo, de forma que ningún otro cuerpo de criatura está tan cerca de Dios como el mío.

¡Mira cuánto amó mi Hijo a mi alma y cuerpo! Hay personas, sin embargo, que maliciosamente niegan que yo haya sido ascendida en cuerpo y alma, y hay otras que simplemente no tienen mayor conocimiento. Pero la verdad de ello es cierta: Fui elevada hasta la Gloria de Dios en cuerpo y alma. ¡Escucha ahora lo mucho mi Hijo honró mi nombre! Mi nombre es María, como dice el Evangelio.

Cuando los ángeles oyen este nombre, se regocijan en su conciencia y dan gracias a Dios por la grandísima gracia que obró en mí y conmigo, porque ellos ven la humanidad de mi Hijo glorificada en su divinidad. Las almas del purgatorio se regocijan de especial manera, como cuando un hombre enfermo que está en la cama escucha alentadoras palabras de otros y esto agrada a su corazón haciéndole sentir contento. Al oír mi nombre, los ángeles buenos se acercan inmediatamente a las almas de los justos, a quienes han sido dados como guardianes, y se regocijan en sus progresos. Los ángeles buenos han sido adjudicados a todos como protección y los ángeles malos como prueba.

No es que los ángeles estén nunca separados de Dios sino que, más bien, asisten al alma sin dejar a Dios y permanecen constantemente en su presencia, mientras siguen inflamando e incitando al alma a que haga el bien. Los demonios todos se espantan y temen mi nombre. Al sonido del nombre de María, sueltan inmediatamente a la presa que tengan en sus zarpas. Lo mismo que un ave rapaz, cebada en su presa con sus garras, la deja en cuanto oye un ruido y vuelve después cuando ve que no pasa nada, igualmente los demonios dejan al alma, asustados, al oír mi nombre, pero vuelven de nuevo rápidos como una flecha a menos que vean que después se ha producido una enmienda.

Nadie está tan enfriado en el amor de Dios –a menos que esté condenado—que no se aleje del él el demonio si invoca mi nombre con la intención de no volver más a sus malos hábitos, y el demonio se mantiene lejos de él a menos que vuelva a consentir en pecar mortalmente. Sin embargo, a veces se le permite al demonio que lo inquiete por el bien de una mayor recompensa, pero nunca para que llegue a poseerlo.

Palabras de la Virgen María a su hija, ofreciéndole una provechosa enseñanza sobre cómo debe de vivir, y describiendo maravillosos detalles de la pasión de Cristo.

Capítulo 10

Yo soy la Reina del Cielo, la Madre de Dios. Te dije que debías llevar un broche sobre tu pecho. Ahora te mostraré con más detalle cómo, desde el principio, nada más aprender y llegar a la comprensión de la existencia de Dios, estuve siempre solícita y temerosa de mi salvación y observancia religiosa. Cuando aprendí más plenamente que el mismo Dios era mi Creador y el Juez de todas mis acciones, llegué a amarlo profundamente y estuve constantemente alerta y observadora para no ofenderlo de palabra ni de obra.

Cuando supe que Él había dado su Ley y mandamientos a su pueblo y obró tantos milagros a través de ellos, hice la firme resolución en mi alma de no amar nada más que a Él, y las cosas mundanas se volvieron muy amargas para mí. Entonces, sabiendo que el mismo Dios redimiría al mundo y nacería de una Virgen, yo estaba tan conmovida de amor por Él que no pensaba en nada más que en Dios ni quería nada que no fuera Él. Me aparté, en lo posible, de la conversación y presencia de parientes y amigos, y le di a los necesitados todo lo que había llegado a tener, quedándome sólo con una moderada comida y vestido.

Nada me agradaba sino sólo Dios. Siempre esperé en mi corazón vivir hasta el momento de su nacimiento y, quizá, aspirar a convertirme en una indigna servidora de la Madre de Dios. También hice en mi corazón el voto de preservar mi virginidad, si esto era aceptable para Él, y de no poseer nada en el mundo. Pero si Dios hubiera querido otra cosa, mi deseo era que se cumpliera en mí su deseo y no el mío, porque creí en que Él era capaz de todo y que Él sólo querría lo mejor para mí. Por ello, sometí a Él toda mi voluntad. Cuando llegó el tiempo establecido para la presentación de las vírgenes en el templo del Señor, estuve presente con ellas gracias a la religiosa obediencia de mis padres.

Pensé para mí que nada era imposible para Dios y que, como Él sabía que yo no deseaba ni quería nada más que a Él, Él podría preservar mi virginidad, si esto le agradaba y, si no, que se hiciera su voluntad. Tras haber escuchado todos los mandamientos en el templo, volví a casa aún ardiendo más que nunca en mi amor hacia Dios, siendo inflamada con nuevos fuegos y deseos de amor cada día. Por eso, me aparté aún más de todo lo demás y estuve sola noche y día, con gran temor de que mi boca hablase o mis oídos oyesen algo contra Dios, o de que mis ojos mirasen algo en lo que se deleitaran. En mi silencio sentí también temor y ansiedad por si estuviera callando en algo que debiera de hablar.

Con estas turbaciones en mi corazón, y a solas conmigo misma, encomendé todas mis esperanzas a Dios. En aquel momento vino a mi pensamiento considerar el gran poder de Dios, cómo los ángeles y todas las criaturas le sirven y cómo es su gloria indescriptible y eterna. Mientras me preguntaba todo esto, tuve tres visiones maravillosas. Vi una estrella, pero no como las que brillan en el Cielo. Vi una luz, pero no como las que alumbran el mundo. Percibí un aroma, pero no de hierbas ni de nada de eso, sino indescriptiblemente suave, que me llenó tanto que sentí como si saltara de gozo. En ese momento, oí una voz, pero no de hablar humano.

Tuve mucho miedo cuando la oí y me pregunté si sería una ilusión. Entonces, apareció ante mí un ángel de Dios en una bellísima forma humana, pero no revestido de carne, y me dijo: 'Ave, llena gracia…' Al oírlo, me pregunté qué significaba aquello o por qué me había saludado de esa forma, pues sabía y creía que yo era indigna de algo semejante, o de algo tan bueno, pero también sabía que para Dios no era imposible hacer todo lo que quisiese. Acto seguido, el ángel añadió: 'El hijo que ha de nacer en ti es santo y se llamará Hijo de Dios. Se hará como a Dios le place'. Aún no me creí digna ni le pregunté al ángel '¿Por qué?' o '¿Cuándo se hará?', pero le pregunté: '¿Cómo es que yo, tan indigna, he de ser la madre de Dios, si ni siquiera conozco varón?'

El ángel me respondió, como dije, que nada es imposible para Dios, pero 'Todo lo que él quiera se hará'. Cuando oí las palabras del ángel, sentí el más ferviente deseo de convertirme en la Madre de Dios, y mi alma dijo con amor: '¡Aquí estoy, hágase tu voluntad en mí!' Al decir aquello, en ese momento y lugar, fue concebido mi Hijo en mi vientre con una inefable exultación de mi alma y de los miembros de mi cuerpo. Cuando Él estaba en mi vientre, lo engendré sin dolor alguno, sin pesadez ni cansancio en mi cuerpo. Me humillé en todo, sabiendo que portaba en mí al Todopoderoso. Cuando lo alumbré, lo hice sin dolor ni pecado, igual que cuando lo concebí, con tal exultación de alma y cuerpo que sentí como si caminara sobre el aire, gozando de todo. Él entró en mis miembros, con gozo de toda mi alma, y de esa forma, con gozo de todos mis miembros, salió de mí, dejando mi alma exultante y mi virginidad intacta.

Cuando lo miré y contemplé su belleza, la alegría desbordó mi alma, sabiéndome indigna de un Hijo así. Cuando consideré los lugares en los que, como sabía a través de los profetas, sus manos y pies serían perforados en la crucifixión, mis ojos se llenaron de lágrimas y se me partió el corazón de tristeza. Mi hijo miró a mis ojos llorosos y se entristeció casi hasta morir. Pero al contemplar su divino poder, me consolé de nuevo, dándome cuenta de que esto era lo que él quería y, por ello, como era lo correcto, conformé toda mi voluntad a la suya. Así, mi alegría siempre se mezclaba con el dolor.

Cuando llegó el momento de la pasión de mi Hijo, sus enemigos lo arrestaron. Lo golpearon en la mejilla y en el cuello, y lo escupieron mofándose de él. Cuando fue llevado a la columna, él mismo se desnudó y colocó sus manos sobre el pilar, y sus enemigos se las ataron sin misericordia. Atado a la columna, sin ningún tipo de ropa, como cuando vino al mundo, se mantuvo allí sufriendo la vergüenza de su desnudez. Sus enemigos lo cercaron y, estando huidos todos sus amigos, flagelaron su purísimo cuerpo, limpio de toda mancha y pecado. Al primer latigazo yo, que estaba en las cercanías, caí casi muerta y, al volver en mí, vi en mi espíritu su cuerpo azotado y llagado hasta las costillas.

Lo más horrible fue que, cuando le retiraron el látigo, las correas engrosadas habían surcado su carne. Estando ahí mi Hijo, tan ensangrentado y lacerado que no le quedó ni una sola zona sana en la que azotar, alguien apareció en espíritu y preguntó: '¿Lo vais a matar sin estar sentenciado?' Y directamente le cortó las amarras. Entonces, mi Hijo se puso sus ropas y vi cómo quedó lleno de sangre el lugar donde había estado y, por sus huellas, pude ver por dónde anduvo, pues el suelo quedaba empapado de sangre allá donde Él iba. No tuvieron paciencia cuando se vestía, lo empujaron y lo arrastraron a empellones y con prisa. Siendo tratado como un ladrón, mi Hijo se secó la sangre de sus ojos. Nada más ser sentenciado, le impusieron la cruz para que la cargara. La llevó un rato, pero después vino uno que la cogió y la cargó por Él. Mientras mi Hijo iba hacia el lugar de su pasión, algunos le golpearon el cuello y otros le abofetearon la cara. Le daban con tanta fuerza que, aunque yo no veía quién le pegaba, oía claramente el sonido de la bofetada.

Cuando llegué con Él al lugar de la pasión, vi todos los instrumentos de su muerte allí preparados. Al llegar allí, Él solo se desnudó mientras que los verdugos se decían entre sí: 'Estas ropas son nuestras y Él no las recuperará porque está condenado a muerte'. Mi Hijo estaba allí, desnudo como cuando nació y, en esto, alguien vino corriendo y le ofreció un velo con el cuál el, contento, pudo cubrir su intimidad. Después, sus crueles ejecutores lo agarraron y lo extendieron en la cruz, clavando primero su mano derecha en el extremo de la cruz que tenía hecho el agujero para el clavo. Perforaron su mano en el punto en el que el hueso era más sólido. Con una cuerda, le estiraron la otra mano y se la clavaron en el otro extremo de la cruz de igual manera.

A continuación, cruzaron su pie derecho con el izquierdo por encima usando dos clavos de forma que sus nervios y venas se le extendieron y desgarraron. Después le pusieron la corona de espinas[1] y se la apretaron tanto que la sangre que salía de su reverenda cabeza le tapaba los ojos, le obstruía los oídos y le empapaba la barba al caer. Estando así en la cruz, herido y sangriento, sintió compasión de mí, que estaba allí sollozando, y, mirando con sus ojos ensangrentados en dirección a Juan, mi sobrino, me encomendó a él. Al tiempo, pude oír a algunos diciendo que mi Hijo era un ladrón, otros que era un mentiroso, y aún otros diciendo que nadie merecía la muerte más que Él.

Al oír todo esto se renovaba mi dolor. Como dije antes, cuando le hincaron el primer clavo, esa primera sangre me impresionó tanto que caí como muerta, mis ojos cegados en la oscuridad, mis manos temblando, mis pies inestables. En el impacto de tanto dolor no pude mirarlo hasta que lo terminaron de clavar. Cuando pude levantarme, vi a mi Hijo colgando allí miserablemente y, consternada de dolor, yo Madre suya y triste, apenas me podía mantener en pie.

Viéndome a mí y a sus amigos llorando desconsoladamente, mi Hijo gritó en voz alta y desgarrada diciendo: '¿Padre por qué me has abandonado?' Era como decir: 'Nadie se compadece de mí sino tú, Padre'. Entonces sus ojos parecían medio muertos, sus mejillas estaban hundidas, su rostro lúgubre, su boca abierta y su lengua ensangrentada. Su vientre se había absorbido hacia la espalda, todos sus fluidos quedaron consumidos como si no tuviera órganos. Todo su cuerpo estaba pálido y lánguido debido a la pérdida de sangre. Sus manos y pies estaban muy rígidos y estirados al haber sido forzados para adaptarlos a la cruz. Su barba y su cabello estaban completamente empapados en sangre.

Estando así, lacerado y lívido, tan sólo su corazón se mantenía vigoroso, pues tenía una buena y fuerte constitución. De mi carne, Él recibió un cuerpo purísimo y bien proporcionado. Su cutis era tan fino y tierno que al menor arañazo inmediatamente le salía sangre, que resaltaba sobre su piel tan pura. Precisamente por su buena constitución, la vida luchó contra la muerte en su llagado cuerpo. En ciertos momentos, el dolor en las extremidades y fibras de su lacerado cuerpo le subía hasta el corazón, aún vigoroso y entero, y esto le suponía un sufrimiento increíble. En otros momentos, el dolor bajaba desde su corazón hasta sus miembros heridos y, al suceder esto, se prolongaba la amargura de su muerte.

Sumergido en la agonía, mi Hijo miró en derredor y vio a sus amigos que lloraban, y que hubieran preferido soportar ellos mismos el dolor con su auxilio, o haber ardido para siempre en el infierno, antes que verlo tan torturado. Su dolor por el dolor de sus amigos excedía toda la amargura y tribulaciones que había soportado en su cuerpo y en su corazón, por el amor que les tenía. Entonces, en la excesiva angustia corporal de su naturaleza humana, clamó a su Padre: 'Padre, en tus manos encomiendo mi Espíritu'.

Cuando yo, Madre suya y triste, oí esas palabras, todo mi cuerpo se conmovió con el dolor amargo de mi corazón, y todas las veces que las recuerdo lloro desde entonces, pues han permanecido presentes y recientes en mis oídos. Cuando se le acercaba la muerte, y su corazón se reventó con la violencia de los dolores, todo su cuerpo se convulsionó y su cabeza se levantó un poco para después caérsele otra vez. Su boca quedó abierta y su lengua podía ser vista toda sangrante. Sus manos se retrajeron un poco del lugar de la perforación y sus pies cargaron más con el peso de su cuerpo. Sus dedos y brazos parecieron extenderse y su espalda quedó rígida contra la cruz.

Entonces, algunos me decían: 'María, tu Hijo ha muerto'. Otros decían: 'Ha muerto pero resucitará'. A medida que todos se iban marchando, vino un hombre, y le clavó una lanza en el costado con tanta fuerza que casi se le salió por el otro lado. Cuando le sacaron la espada, su punta estaba teñida de sangre roja y me pareció como si me hubieran perforado mi propio corazón cuando vi a mi querido hijo traspasado. Después lo descolgaron de la cruz y yo tomé su cuerpo sobre mi regazo. Parecía un leproso, completamente lívido. Sus ojos estaban muertos y llenos de sangre, su boca tan fría como el hielo, su barba erizada y su cara contraída.

Sus manos estaban tan descoyuntadas que no se sostenían siquiera encima de su vientre. Le tuve sobre mis rodillas como había estado en la cruz, como un hombre contraído en todos sus miembros. Tras esto le tendieron sobre una sábana limpia y, con mi pañuelo, le sequé las heridas y sus miembros y cerré sus ojos y su boca, que había estado abierta cuando murió. Así lo colocaron en el sepulcro. ¡De buena gana me hubiera colocado allí, viva con mi Hijo, si esa hubiera sido su voluntad! Terminado todo esto, vino el bondadoso Juan y me llevó a su casa. ¡Mira, hija mía, cuánto ha soportado mi Hijo por ti!

[1] Explicación del Libro 7 - Capítulo 15 (from the english translation): "Entonces la corona de espinas, que habían removido de Su cabeza cuando estaba siendo crucificado, ahora la ponen de vuelta, colocándola sobre su santísima cabeza. Punzó y agujereó su imponente cabeza con tal fuerza que allí mismo sus ojos se llenaron de sangre que brotaba y se obstruyeron sus oídos."

Palabras de Cristo a su esposa sobre cómo Él mismo se entregó, por su propia y libre voluntad, para ser crucificado por sus enemigos, y sobre cómo controlar el cuerpo de movimientos ilícitos ante la consideración de su pasión.

Capítulo 11

El Hijo de Dios se dirigió a su esposa, diciendo: "Yo soy el Creador del Cielo y la tierra, y el que se consagra en el altar es mi verdadero cuerpo. Ámame con todo tu corazón, porque yo te amé y me entregué a mis enemigos por mi propia y libre voluntad, mientras que mis amigos y mi Madre se quedaron en amargo dolor y llanto. Cuando vi la lanza, los clavos, las correas y todos los demás instrumentos de mi pasión allí preparados, aún así acudí a sufrir con alegría. Cuando mi cabeza sangraba por todas las partes desde la corona de espinas, aún entonces, y aunque mis enemigos se apoderasen de mi corazón, también, antes que perderte, dejaría que lo hiriesen y lo despedazasen.

Por ello serías muy ingrata si, en correspondencia a tanta caridad, no me amases. Si mi cabeza fue perforada y se inclinó en la cruz por ti, también tu cabeza debería inclinarse hacia la humildad. Dado que mis ojos estaban ensangrentados y llenos de lágrimas, tus ojos deberían apartarse de visiones placenteras. Si mis oídos se obstruyeron de sangre y oí palabras de burla contra mí, tus oídos tendrían que apartarse de las conversaciones frívolas e inoportunas.

Al habérsele dado a mi boca una bebida amarga y negársele una dulce, guarda tu propia boca del mal y deja que se abra para el bien. Puesto que mis manos fueron estiradas y clavadas, que las obras simbolizadas en tus manos se extiendan a los pobres y a mis mandamientos. Que tus pies, o sea, tus afectos, con los que debes caminar hacia mí, sean crucificados a los deleites de manera que, igual que Yo sufrí en todos mis miembros, también todos tus miembros estén dispuestos a obedecerme. Demando más servicios de ti que de otros porque te he dado una mayor gracia".

Acerca de cómo un ángel reza por la esposa y cómo Cristo le pregunta al ángel qué es lo que pide para la esposa y qué es bueno para ella.

Capítulo 12

Un ángel bueno, el guardián de la esposa, apareció rogando a Cristo por ella. El Señor le respondió y dijo: "Una persona que reza por otra debe rogar por la salvación de la otra. Tú eres como un fuego que nunca se extingue, incesantemente ardiendo con mi amor. Tú ves y conoces todo cuando me ves y no quieres nada más que lo que yo quiero. Por ello, dime ¿qué es lo que conviene a esta esposa mía? Él contestó: "Señor, tú lo sabes todo". El Señor le dijo: "Todo lo que se ha creado o se creará existe eternamente en mí. Entiendo y conozco todo en el Cielo y en la tierra, y no hay cambio en mí.

Pero, para que la esposa pueda reconocer mi voluntad, dime qué es bueno para ella, ahora que está escuchando". Y el ángel dijo: "Ella tiene un corazón altanero y grande. Por ello, necesita palos para hacerse dócil". Entonces, el Señor dijo: "¿Qué pides para ella, mi amigo?" El ángel dijo: "Señor, te pido que le garantices la misericordia junto con los palos". Y el Señor agregó: "Por tu bien, lo haré, pues nunca empleo la justicia sin misericordia. Es por esto que la novia debe amarme con todo su corazón".

Acerca de cómo un enemigo de Dios tenía tres demonios dentro de él y acerca de la sentencia que Cristo le aplicó.

Capítulo 13

Mi enemigo tiene tres demonios en su interior. El primero reside en sus genitales, el segundo en su corazón, el tercero en su boca. El primero es como un barquero, que deja que el agua le llegue a las rodillas, y el agua, al aumentar gradualmente, termina llenando el barco. Entonces se produce una inundación y el barco se hunde. Este barco representa a su cuerpo, que es asaltado por las tentaciones de demonios, y por sus propias concupiscencias, como si fueran tormentas. La lujuria entró primero hasta la rodilla, es decir, a través de su deleite en pensamientos impuros. Al no resistir con la penitencia, ni tapar los agujeros mediante los parches de la abstinencia, el agua de la lujuria creció día a día por su consentimiento.

Entonces, el barco repleto, o sea, lleno por la concupiscencia del vientre, se inundó y hundió el barco en lujuria, de forma que no pudo llegar al puerto de la salvación. El segundo demonio, que residía en su corazón, es como un gusano dentro de una manzana, que primero come la piel de la manzana y después, tras dejar ahí sus excrementos, merodea por el interior de la manzana hasta que todo el fruto se descompone. Esto es lo que hace el demonio. Primero debilita la voluntad de la persona y sus buenos deseos, que son como la cáscara, donde se encuentra toda la fuerza y bondad de la mente y, cuando el corazón se vacía de estos bienes, pone en su lugar, dentro del corazón, los pensamientos mundanos y las afecciones hacia los que la persona se haya inclinado más. Así, impele al cuerpo hacia su propio placer y, por esta razón, el valor y entendimiento del hombre disminuyen y su vida se vuelve aburrida.

Es, de hecho, una manzana sin piel, o sea, un hombre sin corazón, pues entra en mi Iglesia sin corazón, porque no tiene caridad. El tercer demonio es como un arquero que, mirando por la ventana, dispara a los incautos. ¿Cómo no va a estar el demonio dentro de un hombre que siempre lo incluye en su conversación? Aquél que amamos es a quien más mencionamos. Las duras palabras con las que él hiere a otros son como flechas disparadas por tantas ventanas como veces mencione al demonio o sus palabras hieran a personas inocentes y escandalicen a la gente sencilla.

Yo, que soy la verdad, juro por mi verdad que lo condenaré como a una ramera, a fuego y azufre; como a un traidor insidioso, a la mutilación de sus miembros; como a un bufón del Señor, a la vergüenza eterna. Sin embargo, mientras su alma y su cuerpo permanezcan unidos, mi misericordia está aún abierta para él. Lo que exijo de él es que atienda con mayor frecuencia los divinos servicios, que no tenga miedo de ningún reproche ni desee ningún honor y que nunca vuelva a tener ese siniestro nombre en sus labios.

Explicación

Este hombre, un abad de la orden cisterciense, ha enterrado a una persona que había estado excomulgada. Cuando estaba rezando la oración correspondiente sobre él, Doña Brígida, en rapto espiritual, escuchó esto: “Él utilizó su poder y lo enterró. Puedes estar segura de que el próximo entierro después de éste será el suyo, pues pecó contra el Padre, quien nos ha dicho que no mostremos parcialidad ni honremos injustamente a los ricos. Por un favor propio, perecedero, este hombre honró a una persona indigna y lo situó entre los dignos, cosa que no debió hacer. Ha pecado contra mí también, el Hijo, porque Yo he dicho: “Aquél que me rechace será rechazado”. Este hombre honró y exaltó a alguien que mi Iglesia y mi vicario habían rechazado”. El abad se arrepintió cuando oyó estas palabras y murió al cuarto día.

Palabras de Cristo a su esposa sobre la manera y respeto con que se debe conducir en la oración, y sobre tres clases de personas que sirven a Dios en este mundo.

Capítulo 14

Yo soy tu Dios, el que fue crucificado en la cruz, verdadero Dios y hombre en una persona, y el que está presente todos los días en las manos del sacerdote. Cuando me ofrezcas una oración, termínala siempre con el deseo de que se haga mi voluntad y no la tuya. Cuando rezas por alguien que ya está condenado no te escucho. A veces tampoco te oigo si deseas algo que pueda ir contra tu salvación. Es, por ello, necesario que sometas tu voluntad a la mía, porque como Yo sé todas las cosas, no te proveo de nada más que de lo que es beneficioso. Hay muchos que no rezan con la intención correcta y es por esto que no merecen ser atendidos. Hay tres tipos de personas que me sirven en este mundo.

Los primeros son los que creen que soy Dios y el proveedor de todas las cosas, que tiene poder sobre todo. Estos me sirven con la intención de conseguir bienes y honores temporales, pero las cosas del Cielo no les importan y están hasta dispuestos a perderlas con tal de obtener bienes presentes. El éxito mundano se ajusta completamente a su medida, según sus deseos. Puesto que han perdido los bienes eternos, Yo les compenso con consuelos temporales por cualquier buen servicio que me hagan, pagándoles hasta el último cuadrante y hasta el último punto.

Los segundos son los que creen que soy Dios omnipotente y Juez estricto, pero me sirven por miedo al castigo y no por amor a la gloria celestial. Si no me temieran no me servirían. Los terceros son los que creen que soy el Creador de todas las cosas y Dios verdadero y los que me creen justo y misericordioso. Estos no me sirven por miedo al castigo sino por divino amor y caridad. Preferirían soportar cualquier castigo, por duro que fuese, antes que provocar mi enfado. Éstos merecen verdaderamente ser escuchados cuando rezan, pues su voluntad

coincide con mi voluntad. El primer tipo de sirvientes nunca saldrá del castigo ni llegará a ver mi rostro. El segundo, no será tan castigado, pero tampoco alcanzará a ver mi rostro, a menos que corrija su temor mediante la penitencia.

Palabras de Cristo a la esposa describiéndose a sí mismo como un gran Rey; sobre dos tesoros que simbolizan el amor de Dios y el amor del mundo, y una lección sobre cómo mejorar en esta vida.

Capítulo 15

Yo soy como un gran Rey magno y potente. Cuatro cosas corresponden a un rey. Primero, tiene que ser rico; segundo, generoso; tercero, sabio; y cuarto, caritativo. Yo tengo esas cuatro cualidades que he mencionado. En primer lugar, Yo soy el más rico de todos, pues abastezco las necesidades de todos y no tengo menos después de haber dado. Segundo, soy el más generoso, pues estoy preparado para dar a cualquiera que lo pida. Tercero, soy el más sabio, pues conozco las deudas y las necesidades de cada persona. Cuarto, soy caritativo, pues estoy más dispuesto a dar de lo que está cualquiera para pedir. Yo tengo, digamos, dos tesoros.

En el primer tesoro guardo materiales pesados como el plomo y los compartimentos donde se encuentran están cubiertos por afiladísimos clavos. Pero estas cosas pesadas llegan a parecer tan ligeras como plumas para la persona que empieza a cambiarlas y revolverlas y que, después, aprende a cargar con ellas. Lo que antes parecía tan pesado se convierte en luz y las cosas que antes se veían afiladas y cortantes se vuelven suaves. En el segundo tesoro, se ve oro resplandeciente, piedras preciosas, y aromáticas y deliciosas bebidas. Pero el oro es realmente barro y las bebidas son veneno.

Hay dos caminos hacia el interior de estos tesoros, pese a que antes solo había uno. En el cruce, o sea, a la entrada de los dos caminos, hay un hombre que, gritando a tres hombres que toman el segundo camino, les dice: '¡Escuchad, escuchad lo que tengo que deciros! Si no queréis escuchar, al menos emplead vuestros ojos para ver que lo que digo es cierto. Si no queréis usar ni vuestros oídos ni vuestros ojos, al menos usad vuestras manos para tocar y daros cuenta de que no hablo en falso'. Entonces, el primero de ellos dice: 'Vamos a atender y ver si lo que dice es cierto'. El segundo hombre dice: 'Todo lo que dice es falso'. El tercero dice: 'Sé que todo lo que dice es cierto, pero no me importa'.

¿Qué son estos dos tesoros sino amor por mí y amor por el mundo? Hay dos senderos hacia estos dos tesoros. El rebajarse uno mismo y la completa autonegación conduce a mi amor, mientras que el deseo carnal conduce al amor del mundo. Para algunas personas, la carga que soportan en mi amor parece hecha de plomo, porque cuando tienen que ayunar o mantener la vigilia, o practicar la restricción, piensan que están acarreando una carga de plomo. Si tienen que oír burlas e insultos porque emplean tiempo en la oración y en la práctica de la religión, es como si se sentaran sobre clavos, siempre es una tortura para ellos.

La persona que desea estar en mi amor, primero tiene que revertir el plomo, o sea, hacer un esfuerzo para hacer el bien anhelándolo con un deseo constante. Entonces levantará un poquito, paulatinamente, o sea, hará lo que pueda, pensando: 'Esto lo puedo hacer bien si Dios me ayuda'. Entonces, perseverando en la tarea que ha asumido, comenzará a cargar con todo lo que antes le parecía plomo, con una disposición tan alegre que todos los trabajos o ayunos y vigilias, o cualquier otro trabajo, será para él tan ligero como una pluma.

Mis amigos descansan en un lugar que, para los malvados y desidiosos, parece estar cubierto de espinas y clavos, pero que a mis amigos les ofrece el mejor reposo, suave como las rosas. El camino directo hacia este tesoro es desdeñar tu propia voluntad. Esto sucede cuando un hombre, pensando en mi pasión y muerte, no se preocupa de su voluntad sino que resiste y lucha constantemente para mejorarse. Pese a que este camino es algo difícil al principio, aún hay un montón de placer en este proceso, tanto que todo lo que en un principio parecía imposible de cargar se llega a volver muy ligero, de forma que uno puede decirse con toda razón a sí mismo: 'Leve es el yugo de Dios'.

El segundo tesoro es el mundo. Ahí hay oro, piedras preciosas y bebidas que parecen deliciosas, pero que son amargas como veneno cuando se prueban. Lo que ocurre a todos los que llevan el oro es que, cuando su cuerpo se debilita y sus miembros fallan, cuando su médula se desgasta y su cuerpo cae en tierra debido a la muerte, entonces dejan el oro y las joyas y no merecen más que barro. Las bebidas del mundo, es decir, sus placeres, parecen deliciosos, pero cuando llegan al estómago debilitan la cabeza y hacen pesado al corazón, arruinan el cuerpo y la persona entonces se marchita como el heno. A medida que se aproxima el dolor de la muerte, todas estas delicias se hacen tan amargas como el veneno. La propia voluntad conduce a este deseo, cuando una persona no se preocupa de resistir sus apetitos y no medita sobre lo que Yo he ordenado y sobre lo que he hecho, sino que en todo momento hace lo que se le antoja, sea lícito o no lo sea.

Tres hombres caminan por este sendero. Me refiero a todos los réprobos, todos aquellos que aman al mundo y a su propio deseo. Yo les grito desde el cruce de caminos, a la entrada de los dos, porque al haber venido en carne humana he mostrado dos caminos a la humanidad, en concreto uno para ser seguido y el otro para ser evitado, o sea, un camino que lleva a la vida y otro que conduce a la muerte. Antes de mi venida en carne tan sólo había un camino.

En él todas las personas, buenos y malos, iban al infierno. Yo soy el que clamé y mi clamor fue este: 'Gentes, escuchad mis palabras, que conducen al camino de la vida, emplead vuestros sentidos para comprender que lo que digo es verdad. Si no las escucháis o no podéis

escucharlas, entonces al menos mirad –o sea, emplead la fe y la razón—y ved que mis palabras son ciertas. De la misma forma que una cosa visible puede ser percibida por los ojos del cuerpo, así también lo invisible se puede percibir y creer mediante los ojos de la fe.

Hay muchas almas simples en la Iglesia que hacen pocos trabajos, pero que se salvan gracias a su fe, por creer que soy el Creador y redentor del universo. Nadie hay que no pueda comprender o llegar a la creencia de que Yo soy Dios, tan sólo si considera cómo la tierra contiene frutos y los Cielos producen la lluvia; cómo se hacen verdes los árboles; cómo subsisten los animales, cada uno en su especie; cómo los astros son útiles al ser humano, y cómo ocurren cosas contrarias a la voluntad del hombre.

Partiendo de todo esto, una persona puede ver que es mortal y que es Dios quien dispone todas estas cosas. Si Dios no existiera todo estaría en desorden. Por consiguiente, todo ha sido creado y dispuesto por Dios, todo se ha ordenado racionalmente para la propia instrucción del ser humano. Ni siquiera la más mínima cosa existe ni subsiste en el mundo sin razón. Por tanto, si una persona no puede entender o comprender mis poderes debido a su debilidad, al menos puede ver y creer por medio de la fe.

Pero si aún --¡oh hombres!—no queréis emplear vuestro intelecto para considerar mi poder, podéis usar vuestras manos para tocar las obras que Yo y mis santos hemos realizado. Son tan patentes que nadie puede dudar de que se trata de obras de Dios ¿Quién, sino Dios, puede resucitar a los muertos o devolverle la vista a un ciego? ¿Quién sino Dios expulsa a los demonios? ¿Qué he enseñado que no sirva para la salvación del alma y del cuerpo, y sea fácil de llevar?

Sin embargo, el primer hombre o, más bien, algunas personas dicen: '¡Escuchemos y comprobemos si esto es cierto!' Estas personas están algún tiempo a mi servicio, pero no por amor sino como experimentación y a imitación de otros, sin renunciar a su propia voluntad sino tratando de conjugar su propia voluntad junto con la mía. Éstos se encuentran en una peligrosa posición porque quieren servir a dos maestros, aunque no pueden servir bien a ninguno de los dos. Cuando se les llame, serán recompensados por el maestro que más amaron.

El segundo hombre, es decir algunas personas, dicen: 'Lo que dice es falso y la Escritura es falsa'. Yo soy Dios, el Creador de todas las cosas, nada se ha creado sin mí. Yo establecí los testamentos nuevo y antiguo, ambos salieron de mi boca y no hay falsedad en ellos porque Yo soy la verdad. Por ello, aquellos que digan que Yo soy falso y que las Sagradas Escrituras son falsas, nunca verán mi rostro porque su conciencia les dice que Yo soy Dios, pues todo ocurre según mi deseo y disposición.

El Cielo les da luz, ellos no se pueden alumbrar a sí mismos; la tierra da frutos, el aire hace que fecunde la tierra, todos los animales tienen ciertas disposiciones, los demonios me confiesan, los justos sufren de manera increíble por su amor a mí. Ellos ven todo esto y aún no me ven. Podrían verme en mi justicia, si considerasen cómo la tierra se traga a los impíos o cómo el fuego consume a los malvados. Igualmente, también podrían verme en mi misericordia, cuando el agua fluyó de la roca para los rectos o las aguas se abrieron para que pasaran ellos; cuando el fuego no les quemó, o los Cielos les dieron alimento como la tierra. Pues por ver todo esto y aún decir que miento, éstos nunca verán mi rostro.

El tercer hombre, o sea, ciertas personas, dicen: 'Sabemos muy bien que Él es Dios en verdad, pero no nos importa'. Estas personas serán atormentadas eternamente, porque me desprecian a mí, que soy su Señor y su Dios. ¿No es un grandísimo desprecio por su parte usar mis regalos y rehusar a servirme? Si al menos hubieran adquirido todo eso por su cuenta y no enteramente por mí, su desdén no sería tan grande. Pero Yo daré mi gracia a aquellos que comiencen voluntariamente a revertir mi carga y luchen con un deseo ferviente de hacer lo que puedan.

Yo trabajaré junto a esos que porten mi carga, o sea, los que progresen cada día por amor a mí. Seré su fuerza y los inflamaré tanto que estarán deseosos de hacer más. Los que perseveran en el lugar que parece pincharles –pero que en verdad es pacífico—son quienes se afanan día y noche sin descanso, haciéndose incluso más ardientes, pensando que lo que hacen es poco. Estos son mis amigos más queridos y son muy pocos, pues los demás encuentran más placenteras las bebidas del segundo tesoro.

Cómo la esposa vio a un santo hablando a Dios acerca de una mujer que había sido terriblemente afligida por el demonio y que después se convirtió gracias a las oraciones de la gloriosa Virgen.

Capítulo 16

La esposa vio que uno de los santos le decía a Dios: "¿Por qué está el demonio afligiendo el alma de esta mujer que tú redimiste con tu sangre?". El demonio contestó de inmediato diciendo: "Porque es mía por derecho". Y el Señor dijo: "¿Con qué derecho es tuya?". El demonio le contestó: "Hay –dijo—dos caminos. Uno que conduce al Cielo y otro al infierno. Cuando ella se topó con estos dos caminos, su conciencia y razón le dijeron que eligiera mi camino. Y como tenía libre voluntad para elegir el camino de su agrado, pensó que sería más ventajoso dirigir su voluntad hacia el pecado, y así comenzó a caminar por mi sendero. Después, la engañé con tres vicios: la gula, la codicia de dinero y la lujuria.

Ahora habito en su vientre y en su naturaleza. La tengo asida por cinco manos. Con una mano le cierro los ojos para que no vea cosas

espirituales. Con la segunda, sujeto sus manos, de forma que no pueda hacer ninguna obra buena. Con la tercera le sostengo los pies, de manera que no camine hacia la bondad. Con la cuarta, sujeto su intelecto para que no se avergüence de pecar y, con la quinta, le sostengo el corazón para que no sienta contrición".

La bendita Virgen María le dijo entonces a su Hijo: "Hijo mío, haz que diga la verdad sobre lo que quiero preguntarle". El Hijo contestó: "Tú eres mi Madre, eres la Reina del Cielo, eres la Madre de la misericordia, el consuelo de las almas del purgatorio, la alegría de los que peregrinan por el mundo. Eres la Soberana de los ángeles, la criatura más excelente ante Dios. También eres Soberana sobre el demonio Ordénale tú misma a este demonio, Madre, y él te dirá lo que quieras". La bendita Virgen preguntó entonces al demonio: "Dime, Satanás, ¿qué intención tenía esta mujer antes de entrar en la Iglesia?". Satanás le contestó: "Tomó la resolución de no volver a pecar".

Y la Virgen María le dijo: "Aunque su intención anterior le conducía al infierno, dime, ¿en qué dirección apunta su actual intención de alejarse del pecado?" El demonio le respondió con desgana: "La intención de abstenerse de pecar la conduce hacia el Cielo". La Virgen María dijo: "Como tú aceptaste que era tu derecho alejarla del camino de la Santa Iglesia debido a su anterior intención, ahora es cuestión de justicia que debe ser conducida de vuelta a la Iglesia, dada su presente intención. Ahora, demonio, te voy a hacer otra pregunta: Dime ¿qué intención tiene en su actual estado de conciencia?". El demonio le contestó: "En su mente está terriblemente contrita y arrepentida, llora por todo lo que ha hecho. Ha decidido no cometer semejantes pecados nunca más y enmendarse en todo lo que pueda".

La Virgen, entonces, preguntó a demonio: ¿Podrías decirme si los tres pecados de lujuria, gula y codicia pueden existir en un corazón junto a sus tres buenas resoluciones de contrición, arrepentimiento y propósito de enmienda?". El demonio contestó: "No". Y la bendita Virgen dijo: "¿Me dirás, entonces, cuáles tienen que retroceder y huir de su corazón, las tres virtudes o los tres vicios que, según tú, no pueden ocupar el mismo lugar al mismo tiempo?". El demonio replicó: "Digo que los pecados". Y la Virgen agregó: "El camino al infierno está entonces cerrado para ella y el camino del Cielo le queda abierto".

De nuevo, la bendita Virgen María inquirió al demonio: "Dime, si un ladrón acechara a las puertas de la esposa y quisiera violarla ¿qué tendría que hacer el Esposo?" Satanás contestó: "Si el Esposo es bueno y valiente, debe defenderla arriesgando su vida por el bien de ella". Entonces, la Virgen dijo: "Tú eres el ladrón malvado. Esta alma es la esposa de mi Hijo, quien la redimió con su propia sangre. Tú la corrompiste y la atacaste a la fuerza. Por lo tanto, y puesto que mi Hijo es el Esposo de su alma y Señor sobre ti, retírate de su presencia".

Explicación

Esta mujer era una prostituta, que después de arrepentirse quiso volver al mundo porque el demonio la molestaba día y noche, tanto que visiblemente presionaba sus ojos y, delante de muchos, la arrastraba fuera de la cama. Entonces, en la presencia de testigos fiables, la santa doña Brígida dijo abiertamente: "Márchate, demonio, has vejado ya bastante a esta criatura de Dios". Después de dicho esto, la mujer se quedó quieta por media hora, con los ojos fijos en el suelo y, después, se levantó y dijo: "En verdad he visto al demonio en una forma abominable saliendo por la ventana y oí su voz que me decía: 'Mujer, verdaderamente has quedado liberada". Desde ese momento, esta mujer, ha vencido toda impaciencia, cesaron sus sórdidos pensamientos y ha venido a descansar en una buena muerte.

Palabras de Cristo a su esposa, comparando a un pecador con tres cosas: un águila, un cazador y un luchador.

Capítulo 17

Yo soy Jesucristo, que está hablando contigo. Soy el que estuvo en el vientre de la Virgen, verdadero Dios y hombre. Pese a que estuve en la Virgen, aún regía todo junto con el Padre. Ese hombre, que es un perverso enemigo mío, se parece a tres cosas. Primero, es como un águila que vuela por los aires mientras que otras aves vuelan por debajo; segundo, es como un cazador volatero que entona dulces melodías con una fístula embadurnada de goma pegajosa, cuyos tonos deleitan a las aves, de forma que vuelan hasta la fístula y se quedan pegadas en la goma; tercero, es como un luchador que gana todos los combates.

Es como un águila porque, en su orgullo, no puede tolerar que haya nadie por encima de él y hiere a cualquiera que esté a su alcance con las uñas de su malicia. Cortaré las alas de su poder y de su orgullo y eliminaré su maldad de la tierra. Le meteré en una olla inextinguible donde será eternamente atormentado, si no enmienda su camino. Es también como un cazador que atrae a todos hacia sí con la dulzura de sus palabras y promesas, pero quien se acerca a él queda atrapado en la perdición sin poder escapar. Por esta razón, las aves del infierno le picotearán los ojos para que nunca pueda ver mi gloria sino tan solo la oscuridad perpetua del infierno. Le cortarán las orejas, para que no oiga las palabras de mi boca.

A cambio de sus dulces palabras, le darán amargos tormentos, desde la planta de sus pies hasta la coronilla de su cabeza y resistirá tantas torturas cuantos fueron los hombres que condujo a la perdición. Es también como un luchador pendenciero, quien gusta de ser el primero en maldad, no queriendo ceder ante nadie y siempre determinado a derrotar a cualquiera. Como luchador, pues, tendrá el primer lugar en cada castigo; sus tormentos se renovarán constantemente y nunca terminarán. Aún así, mientras su alma esté unida a su cuerpo, mi misericordia

permanece quieta, esperándole.

Explicación

Este fue un poderosísimo caballero que odiaba mucho al clero y acostumbraba a lanzarle insultos. La precedente revelación es sobre él, igual que la que sigue: El Hijo de Dios dice: “¡Oh, mundano caballero, pregunta a la sabiduría qué le ocurrió al soberbio Amán, que despreciaba a mi gente! ¿No fue la suya una muerte ignominiosa y una gran degradación? De igual forma, este hombre se burla de mí y de mis amigos. Por esto, lo mismo que Israel no lloró por la muerte de Amán, a mis amigos no les dolerá la muerte de este hombre. Tendrá una muerte muy amarga, si no enmienda su camino”. Y eso fue lo que pasó.

Palabras de Cristo a su esposa sobre cómo tiene que haber humildad en la casa de Dios; sobre cómo dicha casa denota la vida religiosa; sobre cómo los edificios, las limosnas y demás deben ser donados por los bienes rectamente adquiridos y sobre cómo hacer la restitución.

Capítulo 18

En mi casa tiene que haber tanta humildad como esa que ahora sólo recibe desprecio. Tiene que haber una fuerte pared divisoria entre los hombres y las mujeres, porque aunque Yo soy capaz de defender a cada uno y de apoyarlo, sin necesidad de pared, por precaución, y debido al merodeo del demonio, quiero un muro que separe las dos residencias. Tiene que ser una pared fuerte, pero modesta y no demasiado alta. Las ventanas tienen que ser muy sencillas y transparentes, el tejado moderadamente alto, de forma que no se vea allí nada que no indique humildad.

Los hombres que, hoy día, edifican casas para mí son como constructores magistrales que llevan por los pelos al Señor de la casa y, cuando entra, le pisotean los pies. Elevan el barro muy alto y colocan el oro por debajo. Eso es lo que hacen conmigo. Construyen barro, o sea, acumulan bienes temporales y perecederos hasta el Cielo mientras que descuidan a las almas, que para mí son más preciadas que el oro. Cuando intento ir hacia ellos a través de mis prédicas o mediante buenos pensamientos, me agarran por los pelos y me pisotean, o sea, me atacan con blasfemias y consideran mis trabajos y palabras tan despreciables como el barro. Se creen así mucho más sabios.

Si quisieran construir algo para mí y para mi gloria, lo primero que harían sería construir sus propias almas. Quien construya mi casa ha de tener máximo cuidado de no dejar que entre un solo céntimo que no haya sido recta y justamente adquirido para destinarlo al edificio. Hay muchas personas que saben que poseen bienes conseguidos ilícitamente y no se apenan por ello, ni tienen intención de restituir y satisfacer sus robos y estafas, pese a que podrían hacerlo si quisieran. Sin embargo, como saben que no pueden mantener estas cosas para siempre, le dan una parte de sus bienes mal adquiridos a las Iglesias, como si me pudieran aplacar por su donación. Las posesiones legítimas se las reservan a sus descendientes. Esto no me agrada nada.

Una persona que desee complacerme con sus donaciones tiene que tener, ante todo, el deseo de enmendar su camino y después hacer todo el bien que pueda. Debe lamentarse y llorar por el mal que haya hecho y restituirlo, si puede. Si no puede, debe tener la intención de hacer restitución de sus bienes fraudulentamente adquiridos. Entonces, tiene que cuidarse de no volver a cometer dichos pecados. Si la persona a la que tiene que restituir sus bienes mal adquiridos ya no está viva, entonces me puede hacer a mí la donación, que a todos puedo devolverles el pago. Si no puede restituirlos, siempre que se humille ante mí con un propósito de enmienda y un corazón contrito, tengo los medios de hacer la restitución y, bien ahora o en el futuro, restaurar su propiedad a todos aquellos que hubieren sido estafados.

Te explicaré el significado de la casa que quiero construir. La casa es la vida religiosa. Yo soy el Creador de todas las cosas, a través de quien todo se ha hecho y existe, soy su fundamento. Hay cuatro paredes en esta casa. La primera es la justicia por la cual juzgo a los que son hostiles a esta casa. La segunda pared es la sabiduría, por la cual ilumino a sus habitantes con mi conocimiento y comprensión. La tercera es el poder mediante el cual los fortalezco contra las maquinaciones del demonio. La cuarta pared es mi misericordia, que acoge a cualquiera que la pida. En esta pared está la puerta de la gracia, a través de la cual, todos los buscadores son bienvenidos. El tejado de la casa es la caridad, mediante la cual cubro los pecados de aquellos que me aman, de forma que no sean sentenciados por sus faltas. El tragaluz del techo, por el que entra el sol, es la consideración de mi gracia.

A través de él se introduce en los habitantes el candor de mi divinidad. Que la pared sea grande y fuerte significa que nadie puede debilitar mis palabras ni destruirlas. Que debería ser moderadamente alta significa que mi sabiduría puede ser entendida y comprendida en parte, pero nunca completamente. Las ventanas sencillas y transparentes refieren que mis palabras son simples y, aún así, llega al mundo, a través de ellas, la luz del conocimiento divino. El tejado moderadamente alto significa que mis palabras no deben manifestarse de manera incomprensible o inalcanzable, sino en forma comprensible e inteligible.

Palabras del Creador a la esposa acerca del esplendor de su poder, la sabiduría y la virtud, y sobre cómo aquellos que ahora se dicen que son

sabios son los que más pecan contra Él.

Capítulo 19

Yo soy el Creador del Cielo y la tierra. Tengo tres cualidades. Soy el más poderoso, el más sabio y el más virtuoso. Soy tan poderoso que los ángeles me honran en el Cielo, y en el infierno los demonios no se atreven a mirarme. Todos los elementos responden a mis órdenes y llamada. Soy tan sabio que nadie consigue alcanzar mi conocimiento. Mi sabiduría es tal que sé todo lo que ha sido y lo que será. Soy tan racional que ni siquiera la más mínima cosa, ni un gusano ni ningún otro animal, por deforme que parezca, se ha hecho sin causa. También soy tan virtuoso que todo el bien emana de mí como de un manantial abundante, y toda la dulzura viene de mí como de una buena viña.

Sin mí, nadie puede ser poderoso, nadie es sabio, nadie es virtuoso. Por esto, los hombres poderosos del mundo pecan contra mí en exceso. Les he dado fuerza y poder para que puedan honrarme, pero se atribuyen el honor a sí mismos, como si lo hubieran obtenido por sí mismos. Los desgraciados no consideran su imbecilidad. Si les enviara la más mínima enfermedad, ellos inmediatamente se derrumbarían y todo para ellos perdería su valor. ¿Cómo, pues, van a ser capaces de soportar mi poder y los castigos de la eternidad? Pero aquellos que ahora se dicen sabios, pecan aún más contra mí. Porque les di el sentido, el entendimiento y la sabiduría, para que me amaran, pero lo único que entienden es su propio provecho temporal. Tienen ojos en su cara, pero tan sólo miran a sus propios placeres.

Están ciegos hasta para darme las gracias a mí, que les he dado todo, pues nadie, ni bueno ni malo, puede percibir o comprender nada sin mí, aún cuando permita a los malvados inclinar su voluntad hacia lo que desean. Tampoco nadie puede ser virtuoso sin mí. Ahora podría usar un proverbio común: 'Todos desprecian al hombre paciente'. Debido a mi paciencia, todos creen que soy un pobre fatuo y es por esto que me miran con desprecio. ¡Pero pobre de ellos cuando, después de tanta paciencia, les haga su sentencia! Ante mí serán como fango que se desliza hacia las profundidades sin parar, hasta llegar a la parte más baja del infierno.

Grato diálogo entre la Virgen Madre y el Hijo y entre ellos con la esposa, y acerca de cómo la novia se tiene que preparar para la boda.

Capítulo 20

Apareció la Madre diciéndole al Hijo: "Eres el Rey de la gloria, Hijo mío, eres el Señor de todos los señores, tú creaste el Cielo y la tierra y todo lo que hay en ellos. ¡Sean cumplidos todos tus deseos, hágase toda tu voluntad!". El Hijo respondió: "Hay un antiguo proverbio que dice: 'lo que se aprende en la juventud se retiene hasta la vejez'. Madre, desde tu juventud aprendiste a seguir mi voluntad y a someter todos tus deseos a mí. Tú has dicho correctamente: '¡Hágase tu voluntad!'. Eres como oro precioso que se extiende y machaca sobre el duro yunque, porque tú has sido golpeada por todo tipo de tribulación y has sufrido en mi pasión más que todos los demás.

Cuando, por la vehemencia de mi dolor en la cruz, mi corazón se partió, esto hirió tu corazón como afiladísimo acero. Hubieras deseado ser cortada en dos, de haber sido esa mi voluntad. Aún, si hubieras tenido la capacidad de oponerte a mi pasión y hubieras demandado que me fuera permitido vivir, no habrías querido obtener esto de ninguna manera que no fuera acorde con mi voluntad. Por esta razón, has hecho bien al decir: '¡Hágase tu voluntad!'".

Entonces María le dijo a la esposa: "Esposa de mi Hijo, ámalo, porque Él te ama. Honra a sus santos, que están en su presencia. Son como estrellas incontables, cuya luz y esplendor no se puede comparar con ninguna luz temporal. Así como la luz del mundo es distinta de la oscuridad, igual –pero mucho más—ocurre con la luz de los santos, que difiere de la luz de este mundo. Te diré ciertamente que, si los santos fueran vistos claramente, como son, ningún ojo humano lo podría soportar sin verse privado de su vista corporal".

Entonces, el Hijo de la Virgen habló con su esposa diciendo: "Esposa mía, debes tener cuatro cualidades. Primero, tienes que estar preparada para la boda de mi divinidad, donde no hay deseo carnal sino solo el más suave placer espiritual, de la clase que es propio que Dios tenga con un alma casta. De esta forma, ni el amor por tus hijos, ni los bienes temporales, ni el afecto de tus parientes te debe separar de mi amor. No dejes que te pase lo que a aquellas vírgenes fatuas que no estaban preparadas cuando el Señor quiso invitarlas a la boda y se quedaron fuera. Segundo, has de tener fe en mis palabras.

Como soy la verdad, nada sino la verdad sale de mis labios, y nadie puede encontrar en mis palabras otra cosa que la verdad. A veces lo que digo tiene un sentido espiritual y otras veces se ajusta a la letra de la palabra, en cuyo caso mis palabras tienen que entenderse según su sentido literal. Por lo tanto, nadie me puede acusar de mentir. En tercer lugar, has de ser obediente para que no haya ni un solo miembro de tu cuerpo por el que hagas el mal, y para que no se someta a la correspondiente penitencia y reparación. Aunque soy misericordioso, no dejo de lado la justicia.

Por ello, obedece humildemente y con agrado a aquellos a los que estás sujeta a obedecer, de forma que no hagas ni lo que te parecería útil y razonable, si es que esto va contra la obediencia. Es mejor renunciar a tu propia voluntad por la obediencia, aún si su objetivo es bueno, y ajustarte a la obediencia de tu director, siempre y cuando no vaya contra la salvación de tu alma ni sea irracional. En cuarto lugar, debes ser

humilde porque estás unida en un matrimonio espiritual. Por ello, tienes que ser humilde y modesta cuando llegue tu marido. Que tu sirviente sea moderado y refrenado, o sea, que tu cuerpo practique la abstinencia y esté bien disciplinado, porque vas a portar la semilla de un retoño espiritual para el bien de muchos. De la misma forma que al insertar un brote en un tallo árido el tallo comienza a florecer, tú debes portar frutos y florecer por mi gracia. Y mi gracia te embriagará, y toda la corte celestial se regocijará por el dulce vino que te he de dar.

No desconfíes de mi bondad. Te aseguro que, al igual que Zacarías e Isabel se regocijaron en sus corazones con un gozo indescriptible por la promesa de un futuro hijo, tú también te regocijarás por la gracia que te quiero dar y, a la vez, otros se alegrarán a través de ti. Fue un ángel quien habló con los dos, Zacarías e Isabel, pero soy Yo, Dios Creador de los ángeles y de ti, quien te habla ahora. Por mi bien, aquellos dieron nacimiento a mi más querido amigo, Juan. A través de ti, quiero que me nazcan muchos niños, no de carne sino de espíritu. En verdad, Juan fue como una caña llena de dulzura y miel, pues nada impuro entró jamás en su boca ni jamás traspasó los límites de la necesidad para obtener lo que necesitaba para vivir. Nunca salió semen de su cuerpo, por lo que bien se puede llamar ángel y virgen".

Palabras del Esposo a su esposa recurriendo a una alegoría sobre un hechicero, para ilustrar y explicar lo que es el demonio.

Capítulo 21

El Esposo, Jesús, habló a su esposa en alegorías, empleando el ejemplo de un sapo. Dijo: "Cierto hechicero tenía un oro finísimo y reluciente. Un hombre sencillo y de modestos modales vino a él y le quiso comprar el oro. El hechicero le dijo 'No conseguirás este oro a menos que me des un oro mejor y en mayor cantidad'. El hombre contestó: 'Deseo tanto tu oro que te daré lo que quieras antes que quedarme sin él'. Después de darle al hechicero un oro mejor y en mayor cantidad, se llevó el oro reluciente que éste tenía y lo guardó en una maleta, planeando hacerse un anillo para el dedo. Al poco tiempo, el hechicero fue a ver al hombre y le dijo: 'El oro que compraste y guardaste en tu maleta no es oro, como crees, sino un sapo feo, que se ha alimentado a mis pechos y comido de mi alimento.

Y, para testar la verdad de la cuestión, abre la maleta y verás cómo el sapo saltará a mi pecho, del que se alimentó'. Cuando el hombre trataba de abrir la maleta para averiguar, pudo ver a un sapo dentro de ésta, que ya tenía cuatro goznes a punto de romperse. Al abrir la cerradura de la maleta, el sapo vio al hechicero y saltó a su pecho. Los sirvientes y amigos del hombre vieron esto y le dijeron: 'Maestro, su oro está dentro del sapo y, si lo desea, fácilmente puede conseguir el oro'. '¿Cómo?' –`preguntó-- ¿Cómo podré? Ellos dijeron: 'Si alguien tomara un bisturí afilado y calentado y lo insertara en el lomo del sapo, enseguida saldría el oro de esa parte del lomo en la que hay un agujero. Si no pudiera encontrar el agujero, entonces, tendrá que hacer todo lo posible para insertar el bisturí firmemente en esa parte y así es como conseguirá recuperar lo que compró'.

¿Quién es el hechicero sino el demonio, persuadiendo a las personas hacia los fatuos placeres y glorias? Él asegura que lo que es falso es verdad y hace que lo verdadero parezca falso. Él posee ese oro precioso, es decir el alma, que –mediante mi divino poder—hice más preciosa que todas las estrellas y planetas. Yo la hice inmortal y estable y más deliciosa para mí que todo el resto de la creación. Preparé para ella un eterno lugar de descanso y morada junto a mí. La arrebaté del poder del demonio con un oro mejor y más caro, al darle mi propia carne inmune a todo pecado, resistiendo una pasión tan amarga que ninguno de los miembros de mi cuerpo quedó ileso.

Puse al alma redimida en una maleta hasta el momento en el que le diera un lugar en la corte de mi divina presencia. Ahora, sin embargo, el alma humana redimida se ha convertido en un sapo torpe y feo, brincando en su soberbia y viviendo en el fango de su lujuria. El oro, es decir, mi propiedad por derecho, me ha sido arrebatado. Por ello el demonio aún me puede decir: 'El oro que compraste no es oro sino un sapo, alimentado a los pechos de mis placeres. Separa el cuerpo del alma y verás como éste vuela derecho al pecho de mi deleite, donde se alimentó'.

Mi respuesta a él es esta: 'Puesto que el sapo el horrible para ser mirado, horrible para ser oído, venenoso para ser tocado y en nada me agrada pero a ti sí, a cuyos pechos se alimentó, entonces puedes quedártelo, pues tienes derecho a ello. Así, cuando se abre la cerradura, o sea, cuando el alma se separa del cuerpo, ésta volará directamente a ti, para quedarse contigo eternamente'. Tal es el alma de la persona que te estoy describiendo. Es como un sapo maligno, lleno de inmundicia y lujuria, alimentado a los pechos del demonio.

Ahora hablaré de la maleta, es decir, del cuerpo de esa alma, por la muerte que le sobreviene. La maleta se sujeta por cuatro goznes que están a punto de romperse, en el sentido de que su cuerpo se mantiene por las cuatro cosas que son: fuerza, belleza, sabiduría y visión, las cuales están ahora empezando a fallarle. Cuando el alma se separe del cuerpo, volará derecha al demonio de cuya leche se alimentó, porque se ha olvidado de mi amor al haber cargado yo, por su bien, con el castigo que mereció. No repone mi amor con amor sino que, en su lugar, me arrebata la posesión que me corresponde. Me debe más a mí que a nadie, pero encuentra mayor placer en el demonio.

El sonido de su oración es, para mí, como la voz de un sapo, su aspecto me resulta detestable. Sus oídos no escuchan mi gozo, su corrompido sentido del tacto nunca sentirá mi divinidad. Sin embargo, como soy misericordioso, si alguien quisiera tocar su alma, aunque sea impura, y examinarla para ver si hay alguna contrición o algún bien en su voluntad, si alguien quisiera introducir en su mente un bisturí afilado y caliente, es decir, el temor de mi estricto juicio, aún podría esta alma obtener mi gracia, siempre y cuando él consintiera. Si no hubiera

contrición ni caridad en él, aún podría haber alguna esperanza, en el caso de que alguien lo perforara con una afilada corrección y lo castigara fuertemente, porque, mientras el alma vive en el cuerpo, mi misericordia está abierta a todos.

Date cuenta de que Yo morí por amor y nadie me compensa con amor, sino que se apoderan de lo que, en justicia, es mío. Sería justo que la persona mejorase su vida en proporción al esfuerzo que costó redimirla. Sin embargo, ahora la gente quiere vivir lo peor, en proporción al dolor que sufrí redimiéndoles. Cuanto más les muestro lo abominable de su pecado, más osadamente le lanzan a pecar. Mira, pues, y considera que no sin motivo estoy enojado. Se las arreglan para cambiar por sí mismos mi buena voluntad en enfado. Los redimí del pecado y ellos se enredan cada vez más en el pecado. Por ello, esposa mía, dame lo que estás obligada a darme, es decir, mantén tu alma limpia para mí porque yo morí por ella para que tú pudieras mantenerte pura para mí".

La amable pregunta de la Madre a la esposa, humilde respuesta de la esposa a la Madre, la útil réplica de la madre a la esposa y sobre el progreso de las buenas personas entre los malvados.

Capítulo 22

La madre habló a la esposa de su Hijo diciéndole: "Tú eres la esposa de mi Hijo. Dime, ¿qué es lo que hay en tu mente y qué es lo que desearías?" La esposa respondió: "Señora mía, tú lo sabes, porque tú lo sabes todo". La bendita Virgen agregó: "Aunque yo lo sepa todo, me gustaría que me lo dijeras en presencia de estas personas que te escuchan". La novia dijo: "Señora mía, temo dos cosas. Primero –dijo— temo no lamentarme ni enmendarme por mis pecados tanto como desearía. Segundo, estoy triste porque tu Hijo tiene muchos enemigos".

La Virgen María contestó: "Te daré tres remedios para la primera preocupación. En primer lugar, piensa en cómo todos los seres que tienen espíritu, como las ranas o cualquier otro animal, de vez en cuando tienen problemas, incluso cuando sus espíritus no son eternos sino que mueren con sus cuerpos. Sin embargo, tu espíritu y toda alma humana vive para siempre. Segundo, piensa en la misericordia de Dios, porque no hay nadie que, por muchos pecados que tenga, no sea perdonado si tan sólo reza con contrición y con la intención de mejorar. Tercero, piensa cuánta gloria consigue el alma cuando vive con Dios y en Dios eternamente.

Te voy a dar también tres remedios para tu segunda preocupación sobre lo abundantes que son los enemigos de Dios. Primero, considera que tu Dios y Creador y el de ellos es también su Juez, y que ellos nunca le volverán a sentenciar, aunque soportó pacientemente su maldad durante un tiempo. Segundo, recuerda que ellos son los hijos de la infamia, y piensa en lo duro e insoportable que será para ellos arder eternamente. Son siervos tan pésimos que se quedarán sin herencia, mientras que los buenos hijos sí la recibirán. Pero tal vez te preguntes: '¿Nadie, entonces, ha de predicar para ellos?' ¡Claro que sí!

Recuerda que, muy a menudo, las buenas personas se mezclan con los perversos y que los hijos adoptivos a veces se alejan de los buenos, como el hijo pródigo que se marchó a una tierra lejana y llevó una vida de perdición. Pero, a veces lo predicado revierte su conciencia y ellos vuelven al Padre, y yo les acepto como antes de pecar. Así que se debe predicar especialmente para ellos porque, aunque un predicador pueda encontrar sólo gente perversa a su alrededor, debe pensar en sus adentros: 'Tal vez haya algunos entre ellos que se volverán hijos de mi Señor. Por ello, predicaré para ellos'. Ese predicador será muy premiado.

En tercer lugar, considera que a los malvados se les permite continuar viviendo como prueba para los malos, para que ellos, exasperados por lo hábitos de los perversos, puedan conseguir su remuneración como fruto de su paciencia. Esto lo podrás entender mejor por medio de un ejemplo. Una rosa desprende un agradable aroma, es bella para la vista y suave para el tacto, pero crece entre espinas que pinchan si las tocas, son feas a la vista y no desprenden ningún buen olor. Igualmente, las personas buenas y rectas, pese a que pueden ser agradables por su paciencia, bellas por su carácter y suaves por su buen ejemplo, aún no pueden progresar ni ser puestas a prueba a menos que estén entre los malvados.

La espina es, a veces, la protección de la rosa, de forma que nadie la arranque en plena floración. Igualmente, los malvados ofrecen a los buenos la ocasión de no seguirles en el pecado cuando, debido a la maldad de otros, los justos se reprimen ante la ruina a que les llevaría una inmoderada alegría o cualquier otro pecado. El vino no mantiene su calidad excepto entre excrementos y tampoco las personas buenas y Justas pueden mantenerse firmes en el avance hacia la virtud sin ser puestas a prueba mediante tribulaciones y siendo perseguidas por los injustos. Por ello, soporta con alegría a los enemigos de mi Hijo. Recuerda que Él es su Juez y, si la justicia demandara que Él los destruyera por completo, acabaría con ellos en un instante. ¡Toléralos, pues, tanto como Él los toleró!".

Palabras de Cristo a su esposa describiendo a un hombre que no es sincero, sino enemigo de Dios, y especialmente sobre su hipocresía y sus características.

Capítulo 23

La gente lo ve como a un hombre bien vestido, fuerte y digno, activo en la batalla del Señor. Sin embargo, cuando se quita el casco, es repugnante de mirar e inútil para cualquier trabajo. Aparece su cerebro desnudo, tiene las orejas en la frente y los ojos en la parte trasera de su cabeza. Su nariz está cortada. Sus mejillas están hundidas, como las de un hombre muerto. En su lado derecho, su pómulo y la mitad de sus labios han caído por completo, o sea, que no queda nada en la derecha excepto su garganta descubierta. Su pecho está plagado de gusanos; sus brazos son como un par de serpientes.

Un maligno escorpión se sienta en su corazón; su espalda parece carbón quemado. Sus intestinos apestan a podrido, como la carne llena de pus, sus pies están muertos y son inútiles para caminar. Ahora te diré lo que todo esto significa. Por fuera es el tipo de hombre que parece ataviado de buenos hábitos y de sabiduría, y activo en mi servicio, pero no es así realmente. Porque si se le quita el casco de la cabeza, es decir, si la gente lo viera como es, sería el hombre más feo de todos. Su cerebro está desnudo, tanto que la fatuidad y frivolidad de sus maneras son signos suficientemente evidentes, para los hombres buenos, de que éste es indigno de tanto honor.

Si se conociera mi sabiduría, se darían cuenta de que cuanto más se eleva él en su honor sobre los demás, mucho más que los demás debiera él cubrirse de austeros modales. Sus orejas están en su frente porque, en lugar de la humildad que debiera tener por su alto rango y que debiera dejar brillar para otros, él tan solo quiere recibir halagos y gloria. En su lugar, él pone el orgullo y es por esto que quiere que todos le llamen grande y bueno. Tiene ojos en el cogote, porque todo su pensamiento está en el presente, y no en la eternidad. Él piensa en cómo complacer a los hombres y en sobre lo que se requiere para las necesidades del cuerpo, pero no en cómo complacerme a mí, ni en lo que es bueno para las almas.

Su nariz está cortada, tanto que ha perdido la discreción mediante la cuál podría distinguir entre pecado y virtud, entre la gloria temporal y eterna, entre las riquezas mundanas y eternas, entre los placeres breves y los eternos. Sus mejillas están hundidas, o sea, todo su sentido de vergüenza en mi presencia, junto con la belleza de las virtudes por las cuales podría complacerme, han muerto por completo al menos en lo que a mí respecta. Tiene miedo de pecar por miedo de la vergüenza humana, pero no por miedo de mí. Parte de su pómulo y labios han caído, sin que le quede nada salvo la garganta, porque la imitación de mis trabajos y la predicación de mis palabras, junto con la oración sentida desde el corazón, se han derrumbado en él, por lo que no le queda nada salvo su garganta glotona. Pero él encuentra, en la imitación de lo depravado y en el involucrarse en asuntos mundanos, algo a la vez saludable y atractivo.

Su pecho está plagado de gusanos porque, en él, donde debiera estar el recuerdo de mi pasión y la memoria de mis obras y mandamientos, tan solo hay preocupación por asuntos temporales y deseos mundanos. Los gusanos han corroído su conciencia, de forma que ya no piensa en cosas espirituales. En su corazón, donde a mí me gustaría morar y donde debería residir mi amor, reside un maligno escorpión de cola venenosa y rostro insinuante. Esto es porque de su boca salen palabras seductoras y aparentemente sensibles, pero su corazón está lleno de injusticia y falsedad, porque no le importa si la Iglesia a la que representa se destruye, mientras él pueda seguir adelante con su voluntad egoísta.

Sus brazos son como serpientes porque, en su perversidad, alcanza a los simples y los atrae hacia sí con simplicidad, pero, cuando se acomodan a sus propósitos, los desahucia como a pobres desgraciados. Lo mismo que una serpiente, se enrosca sobre sí escondiendo su malicia e iniquidad, de tal forma que difícilmente se pueda detectar su artificio. A mi vista él es como una vil serpiente porque, igual que la serpiente es más odiosa que cualquier otro animal, él también es para mí el más deforme de todos, en la medida en que reduce a nada mi justicia y me considera como alguien reacio a infligir castigos.

Su espalda es como el carbón negro, aunque debiera ser como el marfil, pues sus obras deberían ser más valientes y puras que las de otros, para apoyar a los débiles con su paciencia y ejemplo de buena vida. Sin embargo, es como el carbón porque, también él, es débil para resistir una sola palabra que me glorifique, a menos que le beneficie a él. Aún así se cree valiente con respecto al mundo. En consecuencia, aunque él crea que se mantiene recto caerá en la misma medida de su deformidad y privado de vida, como el carbón, ante mí y mis santos.

Sus intestinos apestan porque, ante mí, sus pensamientos y afectos huelen a carne podrida, cuyo hedor nadie puede soportar. Ninguno de los santos lo puede soportar. Al contrario, todos alejan su cara de él y exigen que se le aplique una sentencia. Sus pies están muertos, porque sus dos pies son sus dos disposiciones en relación conmigo, o sea, el deseo de enmienda por sus pecados y el deseo de hacer el bien. Sin embargo, estos pies están muertos en él porque la médula del amor se ha consumido en él y no le queda nada más que los huesos endurecidos. Es en esta condición que está ante mí. Sin embargo, mientras su alma permanezca en su cuerpo podrá obtener mi misericordia.

Explicación

San Lorenzo se apareció diciendo: “Cuando yo estuve en el mundo tenía tres cosas: continencia conmigo mismo, misericordia con mi prójimo, caridad con Dios. Por esto, prediqué la palabra de Dios celosamente, distribuí los bienes de la Iglesia con prudencia, y soporté azotes, fuego y muerte con alegría. Pero este obispo resiste y camufla la incontinencia del clero, gasta liberalmente los bienes de la Iglesia en los ricos, y muestra la caridad hacia sí y hacia lo suyo. Por lo tanto, declaro para él que una nube luminosa ha ascendido al Cielo, ensombrecida por llamas oscuras, de tal forma que muchos no la pueden ver.

Esta nube es el ruego de la Madre de Dios para la Iglesia. Las llamas de la avaricia y de la ausencia de piedad y de justicia la ensombrecen, de tal manera que la amable misericordia de la Madre de Dios no puede entrar en los corazones de los oprimidos. Por ello, que el arzobispo vuelva rápidamente a la caridad divina corrigiéndose, aconsejando a sus subordinados de palabra y de obra, y animándolos a mejorar. Si no lo hace sentirá la mano del Juez, y su Iglesia diocesana será purgada a fuego y espada, y afligida por la rapiña y la tribulación, tanto que pasará mucho tiempo sin que nadie la pueda consolar".

Palabras de Dios Padre a la Corte Celestial, y la respuesta del Hijo y la Madre al Padre, solicitando gracia para su Hija, la Iglesia.

Capítulo 24

Habló el Padre, mientras atendía toda la Corte Celestial, y dijo: "Ante vosotros expongo mi queja porque he desposado a mi Hija con un hombre que la atormenta terriblemente, ha atado sus pies a una estaca de madera y toda la médula se le sale por abajo". El Hijo le respondió: "Padre, Yo la redimí con mi sangre y la acepté por Esposa, pero ahora me ha sido arrebatada a la fuerza". Entonces habló la Madre, diciendo: "Eres mi Dios y Señor. Mi cuerpo portó los miembros de tu bendito Hijo, que es el verdadero Hijo tuyo y el verdadero Hijo mío. No le negué nada en la tierra. Por mis súplicas, ¡ten misericordia de tu Hija!". Después de esto, hablaron los ángeles, diciendo: "Tú eres nuestro Señor.

En ti poseemos todo lo bueno y no necesitamos nada más que tú. Cuando tu Esposa salió de ti, todos nos alegramos. Pero ahora tenemos razones para estar tristes, porque ha sido arrojada en manos del peor de los hombres, quien la ofende con todo tipo de insultos y abusos. Por ello, apiádate de ella por tu gran misericordia, pues se encuentra en una extrema miseria, y no hay nadie que pueda consolarla ni liberarla excepto tú, Señor, Dios todopoderoso". Entonces, el Padre respondió al Hijo, diciendo: "Hijo, tu angustia es la mía, tu palabra es la mía y tus obras son las mías. Tú estás en mí y Yo estoy en ti, inseparablemente. ¡Hágase tu voluntad!". Después, le dijo a la Madre del Hijo: "Por no haberme negado nada en la tierra, tampoco yo te niego nada en el Cielo. Tu deseo debe ser satisfecho". A los ángeles les dijo: "Sois mis amigos y la llama de vuestro amor arde en mi corazón. Por vuestras plegarias, tendré misericordia de mi Hija".

Palabras del Creador a la esposa sobre cómo su justicia mantiene a los malvados en la existencia por una triple razón.

Capítulo 25

Yo soy el Creador del Cielo y la tierra. Te preguntabas, esposa mía, por qué soy tan paciente con los malvados. Esto se debe a que soy misericordioso. Mi justicia los aguanta por una razón triple y también por una razón triple mi misericordia los mantiene. En primer lugar, mi justicia los aguanta de forma que su tiempo se complete hasta el final. Podrías preguntar a un rey justo por qué tiene a algunos prisioneros a quienes no condena a muerte, y su respuesta sería: 'Porque aún no ha llegado el tiempo de la asamblea general de la corte, en la que pueden ser oídos, y donde aquellos que los oyen pueden tomar mayor conciencia'.

De forma parecida, Yo tolero a los malvados hasta que llega su tiempo, de manera que su maldad pueda ser conocida por otros también ¿No previne ya la condena de Saúl mucho antes de que se diera a conocer a los hombres? Lo toleré durante largo tiempo para que su maldad pudiera ser mostrada a otros. La segunda razón es que los malvados hacen algunos buenos trabajos, por los cuales han de ser compensados hasta el último céntimo. De esta forma, ni el mínimo bien que hayan hecho por mí quedará sin recompensa y, consiguientemente, recibirán su salario en la tierra. En tercer lugar, los aguanto para que se manifieste así la gloria y la paciencia de Dios. Es por esto que toleré a Pilatos, Herodes y Judas, pese a que iban a ser condenados. Y si alguien preguntara por qué tolero a tal o cual persona, que se acuerde de Judas y de Pilatos.

Mi misericordia mantiene a los malvados también por una triple razón. Primero, porque mi amor es enorme y el castigo es eterno y muy largo. Por eso, debido a mi gran amor, los tolero hasta el último momento para que se retrase su castigo lo más posible en la extensa prolongación del tiempo. En segundo lugar, es para permitir que su naturaleza sea consumida por los vicios, pues experimentarían una muerte temporal más amarga si tuvieran una constitución joven. La juventud padece una mayor y más amarga agonía en la hora de la muerte. En tercer lugar, por la mejora de las buenas personas y la conversión de algunos de los malvados. Cuando las personas buenas y rectas son atormentadas por los perversos, esto beneficia a los buenos y justos, pues les permite resistirse a pecar o conseguir un mayor mérito.

Igualmente, los malvados a veces tienen un efecto positivo en otras personas perversas. Cuando éstos últimos reflexionan sobre la caída y maldad de los primeros, se dicen a sí mismos: '¿De qué nos sirve seguir sus pasos?' Y: 'Si el Señor es tan paciente será mejor que nos arrepintamos'. De esta forma, a veces vuelven a mí porque se atemorizan de hacer lo que hacen los otros y, además, su conciencia les dice que no deben hacer ese tipo de cosas. Se dice que, si una persona ha sido picada por un escorpión, se puede curar cuando se le unte aceite en el que haya muerto otro alacrán. De forma parecida, a veces una persona malvada que ve a otro caer puede verse aguijoneado por el remordimiento, y curado, al reflexionar sobre la maldad y vanidad del otro.

Palabras de alabanza a Dios de la Corte Celestial; sobre cómo habrían nacido los niños si nuestros primeros padres no hubieran pecado; sobre cómo Dios mostró sus milagros a través de Moisés y, después, por sí mismo a nosotros con su propia venida; sobre la perversión del matrimonio corporal en estos tiempos y sobre las condiciones del matrimonio espiritual.

Capítulo 26

La Corte Celestial fue vista ante Dios. Toda la Corte dijo: "¡Alabado y honrado seas, Señor Dios, tú que eres, eras y serás sin fin! Somos tus servidores y te ofrecemos una triple alabanza y honor. Primero, porque nos creaste para que gozásemos contigo y nos diste una luz indescriptible en la que regocijarnos eternamente. Segundo, porque todas las cosas han sido creadas y son mantenidas en tu bondad y constancia, y todas las cosas permanecen a tu conveniencia y se someten a su palabra. Tercero, porque creaste a la humanidad y adoptaste una naturaleza humana por su bien.

Nos regocijamos grandemente por esa razón, y también por tu castísima Madre, que fue hallada digna de engendrarte a ti, a quien los Cielos no pueden contener ni limitar. Por ello, por medio del rango angélico que tú has exaltado en honor, ¡que tu gloria y bendiciones se viertan sobre todas las cosas! ¡Que tu inagotable eternidad y constancia sea sobre todo lo que pueda ser y permanecer constante! Sólo tú, Señor, has de ser temido por tu gran poder, sólo tú has de ser deseado por tu gran caridad, sólo tú has de ser amado por tu constancia. ¡Alabado seas sin fin, incesantemente y para siempre!". Amén.

El Señor respondió: "Me honráis dignamente por toda la creación. Pero, decidme, ¿por qué me alabáis por la raza humana, que me ha provocado más indignación que ninguna criatura? La hice superior a las criaturas menores y por ninguna he sufrido tanta indignidad como por la humanidad, ni he redimido a ninguna a tan alto precio. ¿Qué criatura, aparte del ser humano, no se conduce por su orden natural? Me causa más problemas que las demás criaturas. Igual que os creé a vosotros, para alabarme y glorificarme, hice a Adán para que me honrara. Le di un cuerpo para que fuera su templo espiritual, y coloqué en él un alma como la de un bello ángel, porque el alma humana es de virtud y fuerza angélica. En ese templo, Yo, su Dios y Creador, era el tercer acompañante, para que él disfrutara y se deleitara en mí. Después le hice un templo similar de su costilla.

Ahora, esposa mía, para quien hemos ordenado todo esto, puedes preguntar: '¿Cómo hubieran tenido hijos si no hubieran pecado?' Te diré: La sangre del amor hubiera sembrado su semilla en el cuerpo de la mujer sin ninguna lujuria vergonzosa, mediante el amor divino, el afecto mutuo y el intercambio sexual, en el que ambos habrían ardido, uno por el otro, y así la mujer fecundaría. Una vez concebido el hijo, sin pecado ni placer lujurioso, Yo habría enviado un alma de mi divinidad dentro de él y ella habría engendrado al hijo y lo habría parido sin dolor. El niño habría nacido inmediatamente perfecto, como Adán. Pero él despreció este privilegio al consentir al demonio y codiciar una mayor gloria de la que yo le hubiera proporcionado.

Tras su acto de desobediencia, mi ángel vino a ellos y ellos se avergonzaron de su desnudez. En ese momento, experimentaron la concupiscencia de la carne y sufrieron hambre y sed. También me perdieron. Antes me tenían, no sentían hambre, ni deseo carnal, ni vergüenza, y sólo Yo era todo su bien, su placer y perfecto deleite. Cuando el demonio se alegró por su perdición y caída, me conmoví de ellos con dolor y no los abandoné sino que les mostré una triple misericordia. Vestí su desnudez, les di pan de la tierra y, a cambio de la sensualidad que el demonio generó en ellos tras su acto de desobediencia, infundí almas en su semilla a través de mi divino poder.

También convertí todo lo que el demonio les sugirió en algo para su bien. Después les mostré cómo vivir y cómo hacerse dignos de mí. Les di permiso para tener relaciones lícitas y lo hubiera hecho antes, pero ellos estaban paralizados de miedo y temerosos de unirse sexualmente. Igualmente, cuando Abel fue muerto, y estuvieron condolidos largo tiempo manteniendo abstinencia, fui movido a compasión y los conforté. Cuando se les hizo saber mi voluntad, comenzaron de nuevo a tener relaciones y a procrear hijos. Les prometí que Yo, el Creador, nacería de entre su descendencia.

A medida que creció la maldad de los hijos de Adán, mostré la justicia a los pecadores y la misericordia a mis elegidos. Así me complací, los preservé de la perdición y los crié, porque mantuvieron mis mandamientos y creyeron en mis promesas. Cuando se acercó el momento de mi misericordia, permití que mis poderosas obras fueran conocidas a través de Moisés y salvé a mi pueblo, según mi promesa. Los alimenté con maná y caminé frente a ellos en una columna de nube y fuego. Les di mi Ley y les revelé mis misterios y el futuro mediante mis profetas.

Después de esto, Yo, Creador de todas las cosas, elegí para mí a una Virgen nacida de un padre y una madre. Con ella tomé carne humana y acepté nacer de ella sin coito ni pecado. Lo mismo que aquellos primeros hijos habrían nacido en el paraíso a través del misterio del amor divino y del amor y afecto mutuo de sus padres, sin ninguna lujuria vergonzosa, así mi divinidad adoptó una naturaleza humana de una Virgen, engendrado sin coito ni daño a su virginidad. Al venir en carne Yo, verdadero Dios y hombre, cumplí la Ley y todas las escrituras, tal como antes se había profetizado sobre mí.

Introduje una nueva Ley, porque la antigua había sido estricta y difícil de cumplir, y no fue más que un molde de lo que había de hacerse en el futuro. En la vieja Ley había sido lícito para un hombre el tener varias mujeres, de forma que las generaciones venideras no se quedaran sin

niños o tuvieran que unirse a los gentiles. En mi nueva Ley se ordena al marido que tan sólo tenga una esposa y se le prohíbe, durante el tiempo que ella viva, el tener varias mujeres. Aquellos que se unen sexualmente mediante el amor y temor divino, por el bien de la procreación, son un templo espiritual donde deseo morar como tercer compañero.

Sin embargo, la gente de estos tiempos se une en matrimonio por siete razones. Primero, por la belleza facial; segundo por la riqueza; tercero, por el placer grosero y gozo indecente que experimenta en el coito; cuarto, por las festividades y glotonería descontrolada; quinto, por que aflora el orgullo en el vestir, en el comer, en las distracciones y en otras vanidades; sexto, para tener retoños, pero no para Dios ni para las buenas obras sino para el enriquecimiento y el honor; séptimo, se une por la lujuria y el lujurioso apetito de las bestias.[1]

Estas personas se unen ante la puerta de mi Iglesia con acuerdo y armonía, pero sus sentimientos y pensamientos internos son completamente opuestos a mí. En lugar de mi voluntad, prefieren su propia voluntad, que se inclina por complacer al mundo. Si todos sus pensamientos se dirigiesen a mí, y si confiaran su voluntad en mis manos y se casaran en temor divino, entonces les daría mi aprobación y Yo sería un tercer compañero con ellos. Pero ahora, pese a que Yo debería de estar a su cabeza, no consiguen mi aprobación porque tienen más lujuria que amor por mí en su corazón. Suben al altar y allí oyen que deberían ser un solo corazón y una sola mente, pero mi corazón se aparta de ellos porque ellos no poseen el calor de mi corazón y no conocen el sabor de mi cuerpo.

Ellos buscan un calor perecedero y una carne que será roída por los gusanos. Así, estas personas se unen en matrimonio sin el lazo y unión de Dios Padre, sin el amor del Hijo y sin el consuelo del Espíritu Santo. Cuando la pareja llega a la cama, mi Espíritu les abandona, al tiempo que se les acerca el espíritu de la impureza, porque tan sólo se unen en la lujuria y no argumentan ni piensan en nada más. Pero aún mi misericordia puede estar con ellos, si se convierten, porque Yo amorosamente coloco un alma viviente, creada por mi poder, en su semilla. A veces, permito que los malos padres tengan buenos hijos, pero es más frecuente que nazcan malos hijos de los malos padres, pues estos hijos imitan la iniquidad de sus padres tanto como pueden, y les imitarían aún más si mi paciencia se lo permitiera. Una pareja así nunca verá mi rostro, a menos que se arrepientan, porque no hay pecado tan grave que no pueda ser limpiado por la penitencia.

Hablaré ahora del matrimonio espiritual, del que es apropiado que contraiga Dios con un cuerpo casto y un alma casta. En él hay siete beneficios, que son los opuestos de los males mencionados arriba. En él no hay deseo de belleza de formas o hermosura corporal ni de vistas placenteras, sino tan solo de la vista y el amor de Dios. Tampoco hay –en segundo lugar—ningún deseo de poseer nada ni por encima ni más allá de lo necesario que se requiere para vivir sin exceso. Tercero, los esposos evitan las conversaciones frívolas y ociosas. Cuarto, no les preocupa el reunirse con amigos o parientes sino que Yo soy lo único que ellos aman y desean.

Quinto, mantienen una humildad interior en su conciencia y también externamente en su forma de vestir. Sexto, nunca tienen voluntad alguna de conducirse por la lujuria. Séptimo, engendran hijos e hijas para Dios, por medio de su buen comportamiento y buen ejemplo, y mediante la prédica de palabras espirituales. Así, al preservar su fe intacta, se unen ante la puerta de mi Iglesia, donde me dan su aprobación y Yo les doy la mía. Suben a mi altar y disfrutan del deleite espiritual de mi cuerpo y de mi sangre. Deleitándose en ello, desean ser un corazón, un cuerpo y una voluntad y Yo, verdadero Dios y hombre, poderoso sobre el Cielo y la tierra, seré su tercer compañero y llenaré su corazón.

Aquellas parejas mundanas dejan que su apetito por el matrimonio se base en la lujuria de las bestias, ¡y peor que las bestias! Estos esposos espirituales fundamentan su unión en el amor y temor de Dios, y no desean complacer a nadie más que a mí. El espíritu del mal llena a los primeros y les incita al deleite carnal, donde no hay nada más que podredumbre apestosa. Los últimos se llenan de mi Espíritu y se inflaman con el fuego de mi Espíritu que nunca les fallará. Yo soy un Dios en tres personas. Yo soy una sustancia con el Padre y el Espíritu Santo.

Así como es imposible para el Padre estar separado del Hijo, y para el Espíritu Santo estar separado de ambos, así como es imposible que el calor esté separado del fuego, igual de imposible es para estos esposos espirituales estar separados de mí. Yo estoy con ellos como su tercer compañero. Mi cuerpo fue herido una vez y murió en la pasión, pero nunca más será herido ni morirá. De igual forma, aquellos que se incorporen a mí a través de una fe recta y una voluntad perfecta, nunca morirán a mí. Donde quiera que estén, se sienten o caminen, estaré con ellos como su tercer compañero".

[1] La Planificación Familiar Natural es una forma pecaminosa para el control de la natalidad (PFN)

San César de Arles: "TANTAS VECES COMO CONOZCA A SU ESPOSA SIN EL DESEO DE TENER HIJOS... SIN DUDA ALGUNA COMETE PECADO". (W.A. Jurgens, La Fe de los Primeros Padres, Vol. 3:2233)

El Papa Pío XI, en su Casti Connubii (#'s 53-56), del 31 de diciembre, 1930: "Pero ninguna razón sin importar cuán grave sea, pueda anteponerse para que cualquier cosa intrínsicamente en contra de la naturaleza se vuelva acorde a la naturaleza y sea moralmente buena. Debido a que el acto conyugal, por lo tanto, está destinado por la naturaleza principalmente para engendrar hijos, aquellos que ejerciéndolo deliberadamente frustran sus poderes y propósito naturales pecan en contra de la naturaleza y cometen un acto que es vergonzoso e intrínsicamente vicioso. "No es de extrañarse, por lo tanto, que la Sagrada Escritura atestigüe que la Majestad Divina considera con el mayor aborrecimiento este crimen horrible y, a veces, lo ha castigado con la muerte. Tal como lo denota San Agustín, 'El acto conyugal, aún con la legítima esposa de uno, es ilegal y malvado cuando se previene la concepción de la progenie.' Onán, el hijo de Judá, hizo esto y el Señor lo

mató por lo mismo (Génesis 38:8-10)."

En la realidad, el argumento en contra de la Planificación Familiar Natural puede resumirse muy sencillamente. El dogma católico nos enseña que el propósito principal del matrimonio (y del acto conyugal) es la procreación y la educación de los hijos.

El Papa Pío XI en su Casti Connubii (#17), del 31 de diciembre, 1930: "El fin principal del matrimonio es la procreación y la educación de los hijos."

El Papa Pío XI en su Casti Connubii (#54) del 31 de diciembre, 1930: "Debido a que el acto conyugal, por lo tanto, está destinado por la naturaleza principalmente para engendrar hijos, aquellos que ejerciéndolo deliberadamente frustran sus poderes y propósito naturales pecan en contra de la naturaleza y cometen un acto que es vergonzoso e intrínsicamente vicioso."

"Debido a que, por lo tanto, el apartarse abiertamente de la tradición cristiana no interrumpida, algunos recientemente han juzgado que es posible declarar solemnemente a otra doctrina en relación a este asunto, la Iglesia Católica, a quien Dios le ha confiado la defensa de la integridad y la pureza de la moral, manteniéndose erguida en medio de la ruina moral que la rodea, para que ella puede evitar que la castidad de la unión nupcial sea mancillada por esta mancha inmunda, eleva su voz a favor de su divino embajador y a través de Nuestra boca proclama nuevamente: cualquier uso del matrimonio ejercido de tal manera que el acto sea frustrado deliberadamente en su poder natural para generar la vida es una ofensa en contra de la ley de Dios y de la naturaleza y quienes se complacen en eso quedan marcados con la culpa de un pecado grave."

Por lo tanto, a pesar que la PFN no interfiere directamente con el acto del matrimonio en sí, tal como sus defensores gustan enfatizar, no hay diferencia alguna. La PFN está condenada porque subordina el fin primordial (o propósito) del matrimonio y del acto matrimonial (la procreación y educación de los hijos) a los fines secundarios.

La PFN subordina el fin primordial del matrimonio a otras cosas, intentando deliberadamente evitar hijos (es decir, evitar el fin principal) mientras se tienen relaciones maritales. Por lo tanto, la PFN invierte el orden establecido por el mismo Dios. Hace lo mismísimo que el Papa Pío XI solemnemente enseña que no puede hacerse lícitamente. Y este punto destruye todos los argumentos hechos por aquellos que defienden la PFN; ya que todos los argumentos dados por aquellos que defienden la PFN están enfocados en el acto marital en sí, mientras que ignoran ciegamente el hecho de que no hay diferencia alguna si una pareja no interfiere con el acto en sí, si subordinan y desbaratan el PROPÓSITO principal del matrimonio.

A pesar que esta enseñanza Magisterial condena la Planificación Familiar Natural, la lógica sencilla le dirá a los católicos que es malo. Si la Iglesia ha condenado la contracepción artificial porque previene la concepción de la progenie, ¿por qué sería permisible hacer lo mismo por medio de un método diferente? Es como si el deseo o pensamiento de asesinar a alguien no fuese pecaminoso, de acuerdo a los defensores de la PFN, sino únicamente el acto del asesinato en sí.

En las publicaciones que promueven la PFN, el período fértil de la esposa está clasificado a veces como "no seguro" y "peligroso", ¡como si el generar una nueva vida fuese considerado una seria violación de la seguridad nacional y un infante pequeño un criminal traidor! Esto es realmente abominable.

¿Podría ser más claro que aquellos que se suscriben a este tipo de comportamiento y a este método echan fuera a Dios y a los hijos y los reemplazan con su propia agenda egoísta?

Tobías 6:17 – "El santo joven Tobías se acerca a su novia Sara después de tres días de oración, no por lujuria carnal sino solo por el amor a la posteridad. Habiendo sido instruido por el Arcángel San Rafael que para comprometerse en el acto marital debe de estar movido por el amor a los hijos en vez de la lujuria. Porque aquellos que de tal manera reciben el matrimonio, como para echar fuera a Dios de ellos mismos, y de sus mentes, y entregarse a su lujuria, como el caballo y la mula que no tienen comprensión alguna, sobre ellos tiene su poder el Demonio."

La palabra matrimonio significa "el oficio de la maternidad." Aquellos que usan la PFN intentan evitar el matrimonio (el oficio de la maternidad) y echan fuera a Dios de sí mismos.

La Planificación Familiar Natural también involucra una falta de fe por parte de aquellos que la usan y la promueven. ¿Poseen las parejas que usan la PFN, o los sacerdotes que la promueven, la fe natural en la providencia de Dios? ¿Creen que Dios es quien envía la vida? ¿Tiene cualquiera el derecho de tener tres hijos cuando Dios les ha mandado tener diez? Dios está perfectamente conciente de las necesidades de cada pareja y él sabe precisamente lo que pueden manejar. Aquellos que tienen la verdadera Fe católica deberían estar totalmente despreocupados de los calendarios y los cuadros. Todos ellos son instrumentos no naturales que frustran la voluntad de Dios. Hacer caso omiso de esta tontera y aceptar el hecho de que Dios no les enviará hijos que no pueden manejar. Él no los agobiará con algo demasiado pesado, porque Su yugo siempre es fácil y Su carga siempre es liviana. Si los que usan la Planificación Familiar Natural se saliesen con la suya no habría familias con más de 10 niños, ni santos que provinieran de estas familias (por ejemplo, Santa Caterina de Siena, la hija 23 de 25). Los sacerdotes que promueven la Limitación Familiar "Natural", así como las parejas que la usan, son culpables de un serio pecado. Es

contrario a las enseñanzas de la Iglesia y es contrario a la ley natural. Es un insulto a la providencia de Dios y es una absoluta falta de fe. Por qué no practican la castidad en vez de cometer el pecado mortal de la Planificación Familiar Natural. ¡La verdadera santificación proviene a través de la virtud de la castidad!

Tal como lo pueden leer, ninguna razón sin importar cuán grave sea, puede aceptarse si subordina el fin (o propósito) principal del matrimonio y el acto del matrimonio (la procreación y la educación de los hijos) a los fines secundarios.

El Papa Pío XI en su Casti Connubii (#'s 53-56), del 31 de diciembre, 1930: "Pero ninguna razón sin importar cuán grave sea..."

El infierno será largo para aquellos que practican la Planificación Familiar Natural en contra de la ley natural. Nosotros le imploramos a todos los sacerdotes y laicos que acepten la enseñanza de la Iglesia sobre este tema, y recobren la fe en la providencia de Dios. Si usted ha sido convencido en creer en esta herejía abominable que contradice a la ley natural, arrepiéntase y confiese su pecado inmediatamente.

Acá hay un artículo más detallado sobre la Planificación Familiar Natural (PFN). ¡Haga clic aquí!

Palabras de la Madre a la esposa sobre cómo hay tres cosas en una danza, sobre cómo esta danza simboliza al mundo y sobre el sufrimiento de la Madre en la muerte de Cristo.

Capítulo 27

La Madre de Dios habló a la esposa, diciendo: "Hija mía, quiero que sepas que donde hay danza hay tres cosas: alegría vacía, voces confusas y trabajo sin sentido. Si alguien entra en la danza angustiado y triste, entonces su amigo, que se encuentra en pleno disfrute de la danza pero que ve a un amigo suyo entrando triste y melancólico, deja inmediatamente su diversión, abandona la danza y se conduele con su angustiado amigo. Esta danza es el mundo, que siempre se encuentra atrapado por una ansiedad que a los vacuos les parece gozo. En este mundo hay tres cosas: alegría vacía, palabrería frívola y trabajo sin sentido, porque un hombre ha de dejar tras de sí todo aquello en lo que se afana.

¡Quién, en la plenitud de esta danza mundana, va a considerar mis fatigas y angustias y se va a condoler conmigo –que abandoné todo gozo mundano—y va a apartarse del mundo! Cuando mi Hijo murió yo era como una mujer con el corazón traspasado por cinco espadas. La primera fue su vergonzosa y afrentosa desnudez. La segunda espada fue la acusación contra Él, pues le acusaron de traición, de falsedad y de perfidia. Él, quien yo sabía que era justo y honesto y que nunca ofendió ni quiso ofender a nadie. La tercera espada fue su corona de espinas, que perforó su sagrada cabeza tan salvajemente que la sangre saltó hasta su boca, su barba y sus oídos. La cuarta espada fue su voz mortecina en la cruz, con la que gritó al Padre diciéndole: 'Padre ¿por qué me has abandonado? Era como si dijera: 'Padre, nadie se apiada de mí, sólo tú'. La quinta lanza que cortó mi corazón fue su amarguísima muerte.

Su preciosísima sangre se le derramaba por tantas venas como espadas traspasaron mi corazón. Las venas de sus manos y pies fueron horadadas, y el dolor de sus nervios perforados le llegaba hasta el corazón y desde su corazón volvía de nuevo a recorrer sus terminaciones nerviosas. Su corazón era fuerte y vigoroso, al haber sido dotado de una buena constitución, esto hacía que su vida resistiera luchando contra la muerte y que su amargura se prolongara aún más en el colmo de su dolor. A medida que su muerte se aproximaba y su corazón reventaba ante tan insoportable dolor, de repente todo su cuerpo se convulsionó y su cabeza, que se le iba hacia atrás, pareció erguirse de alguna manera.

Abrió levemente sus ojos semicerrados y a la vez abrió su boca, de forma que pudo verse su lengua ensangrentada. Sus dedos y brazos, que habían estado muy contraídos, se le estiraron. Nada más entregar su espíritu, su cabeza se abatió sobre su pecho. Sus manos se corrieron un poco desde el lugar de las heridas y sus pies tuvieron que soportar la mayor parte del peso. Entonces, mis manos se resecaron, mis ojos se nublaron en oscuridad y mi rostro se quedó lívido como la muerte. Mis oídos no oían nada, mis labios no podían articular palabra, mis pies no me sostenían y mi cuerpo cayó al suelo.

Cuando me levanté y vi a mi hijo, con un aspecto peor que un leproso, le entregué toda mi voluntad, sabiendo que todo había ocurrido según su voluntad y no habría sucedido si él no lo hubiese permitido. Le di las gracias por todo y cierto júbilo se entremezcló con mi tristeza, porque vi que Él, quien nunca había pecado, por su grandísimo amor, quiso sufrirlo todo por los pecadores. ¡Que esos que están en el mundo contemplen lo que pasé cuando murió mi Hijo, y que siempre lo tengan en su memoria!".

Palabras del Señor a la esposa describiendo cómo fue juzgado un hombre ante el tribunal de Dios, y sobre la horrible y terrible sentencia dictada sobre él por Dios y por todos los santos.

Capítulo 28

La esposa vio que Dios estaba enojado y dijo: “Yo soy sin principio ni fin. No hay cambio en mí ni de años ni de días. Todo el tiempo del mundo es como una sola hora o momento para mí. Todo el que me ve, contempla y entiende todo lo que hay en mí en un instante. Sin embargo, esposa mía, al estar tú en un cuerpo material no puedes percibir ni conocer igual que un espíritu. Por ello, por tu bien, te explicaré lo que ha sucedido. Yo estaba, por así decirlo, sentado en el tribunal para juzgar, porque todo juicio me ha sido dado, y cierta persona vino a ser juzgada ante el tribunal.

La voz del Padre resonó y le dijo: ‘Más te valiera no haber nacido’. No era porque Dios se arrepintiese de crearlo, sino como cualquiera que sintiera preocupación por otra persona y se compadeciese de él. La voz del Hijo intervino: ‘Yo derramé mi sangre por ti y acepté una durísima penitencia, pero tú te has enajenado completamente y eso ya no tiene nada que ver contigo’. La voz del Espíritu dijo: ‘Yo busqué por todos los rincones de su corazón para ver si podía encontrar algo de ternura y caridad, pero es tan frío como el hielo y tan duro como una piedra. Este hombre no me concierne’.

Estas tres voces no se oyeron como si fueran tres dioses, sino que han sido hechas audibles para ti, esposa mía, porque de otra forma no habrías podido comprender este misterio. Las tres voces del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se transformaron inmediatamente en una sola voz que retumbó y dijo: “¡De ninguna manera merece el reino de los Cielos! La Madre de la misericordia permaneció en silencio y no desplegó su merced pues el defendido no era digno de ello. Todos los santos clamaron a una voz diciendo: ‘Es justicia divina para él el ser perpetuamente exiliado de tu reino y de tu gozo’. Todos en el purgatorio dijeron: “No tenemos una penitencia suficientemente dura para castigar tus pecados. Habrás de soportar mayores tormentos y, por lo tanto, tienes que ser apartado de nosotros’.

Entonces, el mismo defendido exclamó con una horrenda voz: ‘¡Ay, ay de la semilla que fecundó en el vientre de mi madre y de la que yo me formé!’. Por segunda vez exclamó: ‘¡Maldita la hora en la que mi alma se unió a mi cuerpo y maldito aquél que me dio un cuerpo y un alma!’. Volvió a clamar una tercera vez: ‘¡Maldita la hora en la que salí a vivir del vientre de mi madre!’ Entonces llegaron tres voces horribles del infierno, que le decían: ‘¡Ven con nosotros, alma maldita, como el líquido que se derrama hasta la muerte perpetua y vive sin fin!’ Por segunda vez, las voces lo volvieron a llamar: ‘¡Ven, alma maldita, vaciada por tu maldad! ¡Ninguno de nosotros dejará de llenarte de su propio mal y dolor!’. Por tercera vez, agregaron: ‘¡Ven, alma maldita, pesada como una piedra que se hunde y se hunde y nunca alcanza fondo en el que descansar! Descenderás más bajo que nosotros y no pararás hasta que no hayas llegado a lo más profundo del abismo’.

Entonces, el Señor dijo: ‘Como un hombre con varias esposas, que ve caer a una y se aparta de ella y se vuelve hacia las otras, que permanecen firmes, y se alegra con ellas, así Yo he apartado de él mi rostro y mi merced y me he vuelto a los que me sirven y me obedecen y me alegro con ellos. Por tanto, ahora que has sabido de su caída y desdicha, ¡sírveme con mayor sinceridad que él, en proporción a la mayor misericordia que te he dispensado! ¡Apártate del mundo y de sus deseos! ¿Acaso acepté yo tan acerba pasión por la gloria del mundo, o por que no podía consumarla en menos tiempo y con más facilidad? ¡Claro que podía! Sin embargo, la justicia exigía eso. Como la humanidad pecó en todos y cada uno de sus miembros, se tuvo que hacer cumplida justicia en todos y cada uno de los miembros.

Por esto, Dios, en su compasión por la humanidad y en su ardiente amor hacia la Virgen, recibió de ella una naturaleza humana a través de la cual pudo soportar todo el castigo al que estaba abocada la humanidad. Al haber tomado Yo vuestro castigo sobre mí, por amor, permanece firme en la verdadera humildad, como mis siervos ¡Así no tendrás nada de que avergonzarte ni nada que temer más que a mí! Guarda tus palabras de tal forma que, si esa fuera mi voluntad, tú no hablarías. No te entristezcas por las cosas temporales, que tan sólo son pasajeras. Yo puedo hacer a quien yo quiera rico o pobre. ¡Así pues, esposa mía, deposita toda tu esperanza en mí!”.

Explicación

Este hombre era un canónico de noble reputación y subdiácono, quien, habiendo obtenido una falsa dispensación, se quiso casar con una rica doncella. Sin embargo, fue sorprendido por una muerte repentina y no consiguió su objetivo.

Palabras de la Virgen a la hija, sobre dos señoras, una que se llama “soberbia” y la otra “humildad”, simbolizando esta última a la más dulce de las Vírgenes, y sobre cómo la Virgen acude a reunirse con aquellos que la aman a la hora de su muerte.

Capítulo 29

La Madre de Dios se dirigió a la esposa de su Hijo diciéndole: “Hay dos señoras. Una de ellas no tiene un nombre especial, pero no merece nombre; la otra es la humildad, y se llama María. El demonio es el maestro de la primera señora, porque tiene dominio sobre ella. Uno de sus caballeros le dijo a esta dama: ‘Señora mía, estoy dispuesto a hacer lo que pueda por ti, si pudiera copular contigo al menos una vez. Al fin y al cabo, soy poderoso, fuerte y tengo un corazón valiente, no temo nada y estoy hasta dispuesto a morir por ti’. Ella le contestó: ‘Sirviente mío, tu amor es grande. Sin embargo, yo estoy sentada en un trono muy alto, tan sólo tengo un asiento y hay tres puertas entre nosotros.

La primera puerta es tan estrecha que cualquier prenda que un hombre lleve sobre su cuerpo se engancha y queda rota y arrancada. La

segunda puerta es tan aguda que corta hasta las fibras nerviosas. La tercera, arde con un fuego tal que nadie escapa a su ardor sin quedar derretido como el cobre. Además, estoy sentada tan en lo alto que cualquiera que quiera sentarse conmigo –al tener yo un solo trono— caería en las grandes profundidades del caos debajo de mí'. El demonio le respondió: 'Daré mi vida por ti, pues una caída no representa nada para mí'.

Esta señora es la soberbia y cualquiera que quiera llegar a ella pasará como por tres puertas. Por la primera puerta entran aquellos que dan todo lo que tienen para recibir honores humanos, por su soberbia, y si no tienen nada vuelcan toda su voluntad en vivir con orgullo y cosechar alabanzas. Por la segunda puerta entra la persona que dedica todo su trabajo y todo lo que hace, todo su tiempo, todos sus pensamientos y toda su fuerza para satisfacer su soberbia. Y aún así, si tuviera que dejar que hirieran su cuerpo, por conseguir honores y riquezas, lo haría gustosa. Por la tercera puerta entra la persona que nunca se calla ni se aquieta sino que arde como el fuego con el pensamiento de cómo conseguir algún honor mundano o posición de soberbia, pero cuando obtiene lo que desea no puede permanecer mucho tiempo en el mismo estado sino que termina cayendo miserablemente. Pese a todo esto, la soberbia aún permanece en el mundo.

"Yo soy –dijo María—la más humilde. Estoy sentada en un trono espacioso. Sobre mí no hay sol, ni luna ni estrellas, ni siquiera nubes, sino un brillo inconcebible y una calma maravillosa de la clara belleza de la majestad de Dios. Por debajo de mí no hay ni tierra ni piedra sino un incomparable descanso en la bondad de Dios. Cerca de mí no hay ni barreras ni paredes sino la gloriosa corte de los ángeles y de las almas santas. Aunque estoy sentada en un trono sublime, oigo a mis amigos que viven en la tierra, entregándome diariamente sus suspiros y sus lágrimas. Veo sus luchas y su eficacia, que es mayor que la de aquellos que luchan por su dama, la soberbia. Por ello, los visitaré y los reuniré conmigo en mi trono, porque éste es espacioso y hay sitio para todos.

Sin embargo, aún no pueden venir y sentarse conmigo porque hay aún dos muros entre ellos y yo, mediante los cuales los conduciré confiadamente para que puedan llegar hasta mi trono. El primer muro es el mundo, y es estrecho. Así, mis servidores en el mundo recibirán consolación de mi parte. El segundo muro es la muerte. Por eso, yo, su más querida Señora y Madre, acudiré a reunirme con ellos en la muerte, de manera que aún en la misma muerte puedan sentir mi refrigerio y consuelo. Los reuniré conmigo en el trono del gozo celestial de manera que, en la alegría sin fin, puedan descansar eternamente en brazos del amor perpetuo y de la gloria eterna".

Amorosas palabras del Señor a la esposa sobre cómo se multiplica el número de falsos cristianos hasta el punto de que están volviendo a crucificar a Cristo, y sobre cómo aún Él está dispuesto a aceptar la muerte una vez más por la salvación de los pecadores, si fuera posible.

Capítulo 30

Yo soy Dios. Yo creé todas las cosas para beneficio de la humanidad, para que todo le sirviera e instruyera. Pero, hasta su propia condenación, los seres humanos abusan de todo lo que hice para su beneficio. Les importa menos Dios y le aman menos que a las cosas creadas. Los judíos prepararon tres tipos de castigo para mí, en mi pasión: primero, la madera en la que, después de haber sido azotado y coronado de espinas, fui colgado; segundo, el hierro, con el cual clavaron mis manos y mis pies; tercero, la hiel que me dieron a beber. Además me lanzaron blasfemias, como si Yo fuera un fatuo debido a la muerte que libremente soporté, y me llamaron falso debido a mis enseñanzas.

El número de personas así se ha multiplicado ahora en el mundo y hay muy pocos que me consuelen. Me cuelgan en el madero por su deseo de pecar; me azotan con su impaciencia, pues nadie soporta ni una palabra por mí, y me coronan con las espinas de su soberbia, que hace que quieran llegar más alto que Yo. Clavan mis manos y pies con el hierro de sus corazones endurecidos, puesto que se glorían de pecar, y se endurecen tanto que no me temen. Por hiel me ofrecen tribulaciones y, por haber sufrido mi pasión con alegría, me llaman falso y vanidoso.

Soy lo suficientemente poderoso como para hundirlos, y también al mundo entero, si quisiera, por causa de sus pecados. Sin embargo, si les hundiese, los que quedasen me servirían por temor y eso no sería correcto, porque las personas deben servirme por amor. Si viniese personalmente y me mezclase con ellos en una forma visible, sus ojos no soportarían el verme ni sus oídos escucharme ¿Cómo podría un ser mortal mirar a otro inmortal? Aún así, volvería a morir por la humanidad, si fuera posible".

Entonces apareció la bendita Virgen María y su Hijo le preguntó: '¿Qué deseas, Madre mía, mi elegida?' Y ella contestó: '¡Ten misericordia de tu creación, Hijo mío, por tu amor!' Él agregó: 'Seré misericordioso una vez más, por ti'. Entonces, el Señor hablo a su esposa, diciéndole: 'Yo soy tu Dios, el Señor de los ángeles. Soy Señor de la vida y de la muerte. Yo mismo deseo habitar en tu corazón ¡Te amo tanto! Los Cielos, la tierra y todo lo que hay en ella no me pueden contener, pero aún así deseo habitar en tu corazón, que no es más que un pedazo de carne. ¿Qué has de temer o qué te ha de faltar cuando tengas dentro de ti a Dios todopoderoso, en quien se encuentra toda la bondad?

Tiene que haber tres cosas en un corazón para que me sirva de morada: una cama en la que podamos descansar, un asiento donde nos podamos sentar y una lámpara que nos dé luz. Haya, pues, en tu corazón una cama para un sereno reposo, donde puedas descansar de los bajos pensamientos y deseos del mundo ¡Acuérdate siempre del gozo eterno! El asiento ha de ser tu intención de permanecer conmigo, aún cuando a veces tengas que salir. Iría contra la naturaleza que permanecieras continuamente en pie. La persona que está siempre de pie es la que siempre desea estar en el mundo y nunca viene a sentarse conmigo. La luz de la lámpara ha de ser la fe, mediante la cual crees que Yo

puedo hacer cualquier cosa, que soy todopoderoso sobre todas las cosas".

Sobre cómo la esposa vio a la dulcísima Virgen María engalanada con una corona y otros adornos de extraordinaria belleza, y sobre cómo San Juan Bautista explicó a la esposa el significado de la corona y de las demás cosas.

Capítulo 31

La esposa vio a la Reina de los Cielos, la Madre de Dios, luciendo una preciosa y radiante corona sobre su cabeza, con su cabello extraordinariamente bello suelto sobre sus hombros, una túnica dorada con destellos de un brillo indescriptible y un manto del azul de un cielo claro y calmo. Estando la esposa colmada de maravilla ante esta amorosa visión y manteniéndose en su encantamiento como sobrecogida de gozo interior, se le apareció el bendito San Juan Bautista y le dijo: "Presta mucha atención a lo que todo esto significa. La corona representa que ella es la Reina, Señora y Madre del Rey de los ángeles. Su cabello suelto indica que ella es una virgen pura e inmaculada. El manto del color del cielo quiere decir que ella está muerta a todo lo temporal. La túnica dorada significa que ella estuvo ardiente e inflamada en el amor a Dios, tanto internamente como en el exterior.

Su Hijo le colocó siete lirios en su corona y, entre los lirios, siete piedras preciosas. El primer lirio es su humildad; el segundo, el temor; el tercero, la obediencia; el cuarto, la paciencia; el quinto, la firmeza; el sexto, la mansedumbre, pues Ella amablemente da a todo el que le pide; el séptimo es su misericordia en las necesidades, pues en cualquier necesidad que se encuentre un ser humano, si la invoca con todo su corazón, será rescatado. Entre estos lirios resplandecientes, su Hijo colocó siete piedras preciosas. La primera es su extraordinaria virtud, pues no existe virtud en ningún otro espíritu ni en ningún otro cuerpo que ella no posea con mayor excelencia.

La segunda piedra preciosa es su perfecta pureza, pues la Reina de los Cielos es tan pura que ni una sola mancha o pecado se ha encontrado nunca en ella desde el principio, cuando vino al mundo por primera vez, hasta el día final de su muerte. Todos los demonios no podrían encontrar en ella ni la mínima impureza que cupiese en la cabeza de un alfiler. Ella fue verdaderamente pura, pues El Rey de la gloria no podía haber estado sino en la más pura y limpia, en el vaso más selecto entre los seres humanos. La tercera piedra preciosa fue su hermosura, para que Dios sea constantemente alabado por la belleza de su Madre. Su hermosura llena de gozo a los santos ángeles y a todas las almas santas.

La cuarta piedra preciosa de la corona de la Virgen Madre es su sabiduría, pues Ella fue colmada con toda la divina sabiduría en Dios y, gracias a ella, toda la sabiduría se completa y perfecciona. La quinta piedra es su poder, pues Ella es tan poderosa ante Dios que puede aplastar cualquier cosa que haya sido hecha o creada. La sexta piedra preciosa es su radiante claridad, pues ella resplandece tan clara que aún arroja luz sobre los ángeles, cuyos ojos brillan más claros que la luz, y los demonios no se atreven ni a mirar el brillo de su claridad.

La séptima piedra preciosa es la plenitud de todo deleite y dulzura espiritual, porque su plenitud es tal que no hay gozo que ella no incremente ni deleite que no se haga más pleno y perfecto por ella y por la bendita visión de ella, pues está llena y repleta de gracia, más que todos los santos. Ella es el vaso puro en el que descansa el pan de los ángeles y en el que se encuentra toda dulzura y belleza. Estas son las siete piedras preciosas que colocó su Hijo entre los siete lirios de su corona. Por ello, como esposa de su Hijo, dale honra y alábala con todo tu corazón ¡Ella es verdaderamente digna de todo honor y alabanza!"

Sobre cómo, tras el consejo de Dios, la esposa elige la pobreza para ella y renuncia a las riquezas y deseos carnales; sobre la verdad de las cosas a ella reveladas y sobre tres personas notables mostradas a ella por Cristo.

Capítulo 32

Has de ser como alguien que se desprende y, a la vez, cosecha. Tienes que desprenderte de las riquezas y cosechar virtudes, deja estar aquello que pasará y acumula bienes eternos, abandona las cosas visibles y hazte con lo invisible. A cambio del placer del cuerpo, te daré la exultación de tu alma; a cambio de las alegrías del mundo te daré las del Cielo; a cambio del honor mundano, el honor de los ángeles; a cambio de la presencia de la familia, la presencia de Dios; a cambio de la posesión de bienes, te me daré a mí mismo, dador y Creador de todas las cosas. Responde, por favor, a las tres preguntas que te voy a formular: Primero dime si quieres ser rica o pobre en este mundo".

Ella respondió: "Señor, prefiero ser pobre, pues las riquezas me crean ansiedad y me distraen de servirte". "Dime –en segundo lugar—si has encontrado algo reprensible para tu mente o falso en las palabras que oyes de mi boca". Y ella dijo: "No Señor, todo es razonable". "Tercero, dime si el placer de los sentidos que tú has experimentado antes te agrada más que los gozos espirituales que ahora tienes". Y ella respondió: "Me avergüenzo en mi corazón de pensar en mis deleites anteriores y ahora me parecen como veneno, más amargo cuanto mayor era mi deseo de ellos. Prefiero morir antes que volver a ellos; no se pueden comparar con el deleite espiritual".

“Por lo tanto –dijo Él— “puedes comprobar que todas las cosas que te he dicho son ciertas ¿Por qué, entonces, tienes miedo o estás preocupada de que yo retrase todo lo que he dicho que se hará? ¡Ten en cuenta a los profetas, considera a los apóstoles y a los santos doctores de la Iglesia! ¿Descubrieron ellos algo en mí que no fuera la verdad? Es por esto que a ellos no les importó ni el mundo ni sus deseos ¿O por qué crees que los profetas predijeron acontecimientos futuros con tanta antelación si no hubiera sido porque Dios quiso que ellos dieran a conocer las palabras antes que los hechos para que los ignorantes fueran instruidos en la fe?

Todos los misterios de mi encarnación fueron dados a conocer con antelación a los profetas, incluso la estrella que guió a los magos. Ellos creyeron en las palabras del profeta y merecieron ver aquello en lo que habían creído, y se les dio certeza en el momento en el que vieron la estrella. De la misma forma, ahora mis palabras han de ser anunciadas, después vendrán los hechos y se creerá en ellos con mayor evidencia.

Te mostraré tres personas. Primero, la conciencia de un hombre cuyo pecado hice manifiesto y demostré por signos evidentes ¿Por qué? ¿No podría haberlo destruido personalmente? ¿No podría haberlo arrojado a las profundidades en un segundo, si Yo hubiera querido? Claro que hubiera podido. Sin embargo, lo soporto aún para la instrucción de otros y en prueba de mis palabras, mostrando lo justo y paciente que soy y lo infeliz que es este hombre, a quien gobierna el demonio.

El poder del demonio sobre él ha aumentado por su intención de permanecer en pecado y por su deleite en él, con el resultado de que ni las palabras amables ni las duras amenazas o el miedo del Gehenna (el infierno) lo pueden recuperar. Y también en justicia, porque en tanto que él ha tenido una constante intención de pecar, aún si no lo ha puesto en práctica, merece ser enviado al demonio por toda la eternidad. El mínimo pecado es suficiente para condenar a quien se deleite en él y no se arrepienta.

Te mostraré a otros dos. El demonio atormentó el cuerpo de uno de ellos, pero no llegó a entrar en su alma. Ensombreció su conciencia mediante sus maquinaciones, pero no pudo entrar en su alma ni adquirir poder sobre él. Tú puedes preguntar: ‘¿Acaso no es la conciencia lo mismo que el alma? ¿No está él en el alma cuando está en la conciencia?’ Por supuesto que no. El cuerpo posee dos ojos para ver, pero aún perdiendo el poder de la vista el cuerpo puede mantenerse sano. Pasa igual con el alma. Aunque el intelecto y la conciencia a veces se turban en la confusión como medio de penitencia, aún así, el alma no siempre queda dañada de manera que incurra en la culpa. Así pues, el demonio dominó la conciencia de un hombre, pero no su alma.

Te mostraré a un tercer hombre cuyo cuerpo y alma están completamente sujetos al demonio. A menos que lo coaccione con mi poder y gracia especial, nunca podrá ser expulsado ni salir de él. El demonio sale de algunas personas por propia voluntad y disposición, pero de otros tan sólo sale resistiéndose y bajo coacción. Aunque entra en algunas personas, bien debido al pecado de sus padres o a algún oculto designio de Dios –como, por ejemplo, en niños o en los que carecen de inteligencia—en otros entra por su infidelidad o por el pecado de otro.

De estos últimos, el demonio sale voluntariamente cuando es expelido por personas que conocen conjuros o el arte de expulsar demonios, siempre que no lo hagan por vanagloria o por algún tipo de beneficio temporal, pues el demonio tiene poder para entrar en uno que lo expulsa o para volver de nuevo a la misma persona de la que ha sido sacado, si no hay amor de Dios en ninguno de ellos. Nunca sale del cuerpo o el alma de los que posee completamente, excepto mediante mi poder.

Como el vinagre, cuando se mezcla con el vino dulce, infecta la dulzura del vino y ya no puede ser sacado de él, igualmente el demonio no sale del alma de ninguno a quien posea, excepto mediante mi poder. ¿Qué es este vino sino el alma humana, que fue más dulce para mí que ningún otro ser creado, y tan querida por mí que incluso dejé que mis fibras fueran cortadas y mi cuerpo magullado hasta las costillas por su salvación? Antes que perderla, acepté morir por ella.

Este vino fue conservado entre residuos, igual que coloqué al alma en un cuerpo donde fue custodiado por mi voluntad como en una urna sellada. Sin embargo, el peor vinagre se mezcló con este vino dulce, me refiero al demonio, cuya maldad es más agria y abominable para mí que el vinagre. Por mi poder, este vinagre será eliminado de la persona cuyo nombre te diré, de manera que pueda Yo revelar así mi merced y sabiduría a través de él, pero mostraré mi juicio y mi justicia a través del hombre anterior.

Explicación

El primer hombre fue un noble y soberbio cantante, quien acudió a Jerusalén sin el permiso del Papa y fue atacado por el demonio (Se habla también algo de este endemoniado en el Libro III revelación 31 y en el Libro IV, revelación 115). El segundo endemoniado fue un monje cisterciense. El demonio lo atormentó tanto que apenas podían sujetarlo entre cuatro hombres. Su lengua agrandada se parecía a la de una vaca. Los grilletes de sus manos fueron hechos pedazos de forma invisible.

Este hombre fue salvado por las palabras del Espíritu Santo a través de Doña Brígida al cabo de un mes y dos días. El tercer endemoniado era un concejal de Östergötland (Suecia). Cuando se le recomendó que hiciera penitencia, le dijo al que le aconsejó: “¿No puede el dueño de una casa sentarse donde quiera? Si el demonio posee mi corazón y mi lengua ¿cómo puedo hacer penitencia?” Maldiciendo a los santos de Dios, murió esa misma noche sin los sacramentos ni la confesión.

Advertencias del Señor a la esposa en relación con la verdadera y la falsa sabiduría, y sobre cómo los buenos ángeles asisten a los buenos aprendices, mientras que los demonios asisten a los malos aprendices.

Capítulo 33

Algunos de mis amigos son como estudiantes con tres características: una inteligencia para discernir mayor de lo que es natural al cerebro; segunda, sabiduría sin ayuda humana, tanta como yo les enseño interiormente; tercera, están llenos de dulzura y amor divino, con los cuales derrotan al demonio. Pero hoy en día la gente aborda sus estudios de otra manera. Primero, buscan el conocimiento con arrogancia, para ser considerados buenos alumnos. Segundo, buscan el conocimiento para mantener y obtener riquezas. Tercero, buscan el conocimiento para alcanzar honores y privilegios. Por ello, cuando acudan a sus escuelas y entren allí, me apartaré de ellos, pues estudian por orgullo, aunque Yo les enseñé humildad.

Entran por codicia, cuando Yo no tuve ni donde reposar la cabeza. Entran para obtener privilegios, envidiosos de que otros estén situados en lugares más altos que ellos, mientras que Yo fui sentenciado por Pilatos y burlado por Herodes. Es por eso que los abandono, porque no estudian mis enseñanzas. Sin embargo, como soy bondadoso y amable, le doy a cada uno lo que pide. El que me pide pan, lo consigue, pero al que me pide paja le doy paja.

Mis amigos piden pan, porque buscan y estudian la divina sabiduría, donde mi amor se puede encontrar. Otros, en cambio, piden paja, es decir, sabiduría mundana. Igual que la paja no sirve para nada y es el alimento de los animales irracionales, igualmente no hay ningún uso en la sabiduría del mundo que persiga el alimento del alma. No hay nada más que una pequeña reputación y esfuerzo sin sentido, pues cuando un hombre muere, todo su conocimiento se borra de la existencia y aquellos que la emplearon para ensalzarlo ya no lo pueden ver. Yo soy como un gran señor con muchos sirvientes que, por mediación de su señor, distribuyen a las personas lo que necesitan.

De esta forma, los ángeles buenos y los malos permanecen bajo mi autoridad. Los ángeles buenos ayudan a las personas que estudian mi conocimiento, o sea, a aquellos que me sirven, nutriéndoles de consolaciones y de disfrute en su trabajo. Los ángeles malos asisten a los sabios del mundo. Les inspiran lo que ellos quieren y les forman según sus deseos, inspirándoles especulaciones junto con gran cantidad de trabajo. Aún así, si vuelven sus ojos hacia mí, podría darles el pan que no tuvieron por su trabajo y bastante del mundo como para saciarles de lo que nunca se pueden saciar, pues ellos mismos convierten lo dulce en amargo.

Pero tú, esposa mía, has de ser como un queso y tu cuerpo como el molde en donde el queso se moldea hasta que adopta la forma del molde. De esta forma, tu alma, que es para mí tan deliciosa y sabrosa como el queso, debe ser probada y purificada en el cuerpo el tiempo suficiente para que el cuerpo y el alma se pongan de acuerdo y para que ambos mantengan la misma forma de continencia, de manera que la carne obedezca al espíritu y el espíritu guíe a la carne hacia la virtud.

Instrucciones de Cristo a la esposa sobre la forma de vivir. También sobre cómo el demonio admite ante Cristo que la esposa ama a Cristo sobre todas las cosas; sobre la pregunta que el demonio le hace a Cristo de por qué la ama tanto y sobre la caridad que Cristo tiene hacia la esposa, como descubre el demonio.

Capítulo 34

Soy el Creador del Cielo y la tierra y, en las entrañas de la Virgen María, fui verdadero Dios y hombre, que morí, resucité y ascendí a los cielos. Tú, mi nueva esposa, has llegado a un lugar desconocido y, por ello, has de aprender cuatro cosas: Primera, el idioma del lugar; segunda, cómo vestirte adecuadamente; tercera, cómo organizar tus días y tu tiempo según los usos del lugar; cuarto, acostumbrarte a una nueva alimentación. Igual que has venido de la inestabilidad del mundo hasta la estabilidad, debes aprender un nuevo idioma, o sea, cómo abstenerte de palabras inútiles y aún de las más legítimas, debido a la importancia del silencio y la quietud.

Has de vestirte de humildad interior y exterior, de forma que ni te ensalces a ti misma interiormente por creerte más santa que otros, ni externamente te sientas avergonzada de actuar públicamente con humildad. Tercero, tu tiempo ha de ser regulado de manera que, igual que a menudo acostumbrabas a dedicarle tiempo a las necesidades del cuerpo, ahora sólo tengas tiempo para el alma y nunca quieras pecar contra mí. Cuarto, tu nueva alimentación es la prudente abstinencia de la glotonería y los manjares, tanto como lo puede soportar tu natural constitución. Los actos de abstinencia que exceden la capacidad de la naturaleza no me agradan, pues Yo exijo racionalidad y sumisión de los deseos".

En ese momento, apareció el demonio. El Señor le dijo: "Tú fuiste creado por mí y viste en mí toda justicia. ¡Dime si esta nueva esposa es legítimamente mía por derecho demostrado! Te permito que veas y entiendas su corazón para que sepas cómo contestarme. ¿Ama ella algo más que a mí o me cambiaría por algo?" El demonio le contestó: "Ella no ama nada como a ti. Antes que perderte se sometería a cualquier tormento, siempre que tú le dieras la virtud de la paciencia. Veo como un vínculo de fuego descendiendo de ti hasta ella, que amarra tanto su

corazón a ti que ella no piensa ni ama nada más que a ti".

Entonces, el Señor le dijo al demonio: "Dime qué siente tu corazón y si te gusta el gran amor que siento hacia ella". El demonio respondió: "Tengo dos ojos, uno corporal –aunque no soy corpóreo—por medio del cual percibo las cosas temporales tan claramente que no hay nada escondido ni tan oscuro que se pueda esconder de mi. El segundo ojo es espiritual, y con él veo todo el dolor, aunque sea muy leve, y puedo entender a qué pecado pertenece. No hay pecado, por tenue y leve que sea, que yo no pueda ver, a menos que haya sido purgado por la penitencia. Sin embargo, pese a que no hay órganos más sensibles que los ojos, dejaría que dos antorchas ardientes penetraran mis ojos a cambio de que ella no viera con los ojos del espíritu.

También tengo dos oídos. Uno de ellos es corporal, y nadie habla tan privadamente que yo no lo pueda oír y saber gracias a este oído. El segundo es el oído espiritual y, ni los pensamientos ni los deseos de pecar se me pueden ocultar, a menos que hayan sido borrados con la penitencia. Hay cierto castigo en el infierno que es como un torrente hirviendo que chorrea de un terrible fuego. Lo sufriría dentro y fuera de mis oídos sin cesar si, a cambio, ella dejara de oír con los oídos de su espíritu. También tengo un corazón espiritual. Dejaría que lo cortaran interminablemente en trozos, y que se renovara continuamente para ser cortado de nuevo, si así su corazón se enfriase en su amor hacia ti. Pero, ahora, como tú eres justo, te quiero hacer una pregunta para que me la respondas: Dime ¿por qué la amas tanto y por qué no has elegido a alguien de mayor santidad, riqueza y belleza para ti?".

El Señor respondió: "Porque esto es lo que la justicia demanda. Tú fuiste creado por mí y viste en mí toda justicia. Ahora que ella escucha ¡dime por qué fue justo que tú cayeras tan bajo y en qué pensabas cuando caíste!". El demonio contestó: "Yo vi tres cosas en ti: Vi tu gloria y honor sobre todas las cosas y pensé en mi propia gloria. En mi soberbia, estaba dispuesto no sólo a igualarte sino a ser aún más que tú. Segundo, vi que eras el más poderoso de todos y yo quise ser más poderoso que tú. Tercero, vi lo que había de ser en el futuro y, como tu gloria y honor no tienen ni principio ni fin, te envidié, y pensé que con gusto sería torturado eternamente con toda suerte de castigos si así te hacía morir. Con tales pensamientos caí y así se creó el infierno".

El Señor agregó: "Me has preguntado por qué amo tanto a esta mujer. Te aseguro que es porque Yo cambio en bondad toda tu maldad. Al volverte tan soberbio y no querer tenerme a mí, tu Creador, como a un igual, humillándome yo de todas las maneras reúno a los pecadores conmigo y me hago su igual compartiendo mi gloria con ellos. Segundo, por ese deseo tan bajo de querer ser más poderoso que Yo, hago a los pecadores más poderosos que tú y comparto con ellos mi poder. Tercero, por la envidia que me tienes, estoy tan lleno de amor que me ofrezco a todos. Ahora, pues, demonio –continuó el Señor—tu corazón de oscuridad ha salido a la luz. Dime, mientras ella escucha, cuánto la amo".

Y el demonio dijo: "Si fuera posible, estarías dispuesto a sufrir en todos y cada uno de tus miembros el mismo dolor que sufriste en la cruz antes que perderla". Entonces el Señor replicó: "Si soy tan misericordioso que no rehúso perdonar a nadie que me lo pida, humildemente pídeme tú mismo misericordia y Yo te la daré". El demonio le respondió: "¡Eso no lo haré de ninguna manera! En el momento de mi caída se estableció un castigo para cada pecado, para cada pensamiento o palabra indigna. Cada uno de los espíritus que caiga tendrá su castigo. Pero antes que doblar mi rodilla ante ti, me tragaría todos los castigos mientras mi boca se pudiera abrir y cerrar en el castigo y se renovara eternamente para ser castigado de nuevo".

Entonces, el Señor le dijo a su esposa: "¡Mira qué endurecido está el príncipe del mundo y qué poderoso es contra mí gracias a mi oculta justicia! Ten certeza de que podría destruirlo en un segundo por medio de mi poder, pero no le hago más daño que a un buen ángel del cielo. Cuando llegue su tiempo, y ya se está acercando, lo juzgaré a él y a sus seguidores. Por esto, esposa mía, ¡persevera en las buenas obras! ¡Ámame con todo tu corazón! ¡No temas a nada más que a mí! Pues Yo soy el Señor por encima del demonio y de todo lo que existe".

Palabras de la Virgen a la esposa, explicándole su dolor en la pasión de Cristo, y sobre cómo el mundo fue vendido por Adán y Eva y recuperado mediante Cristo y su Madre la Virgen.

Capítulo 35

Habló María: "Considera, hija, la pasión de mi Hijo. Sentí como si los miembros de su cuerpo y su corazón fueran los míos. Lo mismo que los otros niños son normalmente gestados en el útero de su madre, igual ocurrió en mí. Sin embargo, Él fue concebido por la ferviente caridad del amor de Dios, mientras que otros son concebidos por la concupiscencia de la carne. Así, su primo Juan dijo rectamente: 'El Verbo se hizo carne'. Él vino y estuvo en mí por el amor. El verbo y el amor lo crearon en mí. Él fue para mí como mi propio corazón y, por ello, cuando di a luz sentí que la mitad de mi corazón había nacido y salido de mí.

Cuando Él sufría, sentía cómo sufría mi propio corazón. Cuando algo está mitad fuera y mitad dentro, si la parte de fuera es dañada, la parte de adentro siente un dolor parecido. De la misma manera, cuando mi Hijo fue azotado y herido, era como si mi propio corazón estuviera siendo azotado y herido. Yo era la persona más cercana a Él en su pasión, y nunca me separé de Él. Estuve al lado de su cruz y, como quien está más cerca del dolor lo sufre más, así su dolor fue peor para mí que para los demás. Cuando Él me miró desde la cruz y yo lo miré, mis lágrimas brotaron de mis ojos como sangre de las venas.

Cuando Él me vio desbordada de dolor, se sintió tan angustiado por mi dolor que todo el dolor de sus propias heridas se amainó al ver el dolor en mí. Por ello puedo decir que su dolor era mi dolor y que su corazón era mi corazón. Igual que Adán y Eva vendieron el mundo por una sola manzana, puedes decir que mi Hijo y Yo recuperamos el mundo con un solo corazón. Así, hija mía, piensa en cómo estaba yo cuando murió mi Hijo y así no te resultará difícil prescindir del mundo".

Respuesta del Señor a un ángel que estaba rezando, de que a la esposa se le darían padecimientos en el cuerpo y en el alma, y sobre cómo a las almas más perfectas se les dan mayores molestias.

Capítulo 36

El Señor dijo a un ángel que rezaba por la esposa de su Señor: "Eres como un soldado del Señor, que nunca abandona su puesto por causa del tedio y que nunca aparta sus ojos de la batalla por miedo. Eres tan firme como una montaña y ardes como una llama. Eres tan limpio que no hay mancha en ti. Me pides que tenga misericordia de mi esposa. Aunque conoces y ves todo en mí, dime, mientras ella escucha, ¿qué tipo de misericordia estás pidiendo para ella? Al fin y al cabo la misericordia es triple.

Está la misericordia por la cual el cuerpo es castigado y el alma apartada, como ocurrió con mi siervo Job, cuya carne fue sujeta a todo tipo de dolores, pero cuya alma se salvó. El segundo tipo de misericordia es aquella mediante la cual el cuerpo y el alma son apartados, como fue el caso del rey que vivió con todo tipo de lujos, y no sintió dolor ni en su cuerpo ni en su alma mientras estuvo en el mundo. El tercer tipo de misericordia es la que hace que cuerpo y alma sean castigados, con el resultado de que ambos experimentan angustias en su cuerpo y dolor en su corazón, como es el caso de Pedro, Pablo y otros santos.

Hay tres estados para los seres humanos en el mundo. El primer estado es el de aquellos que caen en pecado y se levantan de nuevo. Algunas veces permito que estas personas experimenten angustia en su cuerpo para que se salven. El segundo estado es el de aquellos que viven siempre con el objetivo de pecar siempre. Todos sus deseos se dirigen al mundo. Si hacen algo por mí, muy de cuando en cuando, lo hacen con la esperanza de conseguir beneficios temporales de engrandecimiento y prosperidad.

A estas personas no se les dan muchos dolores de cuerpo ni de corazón. Les dejo que sigan con su poder y deseos, porque ellos recibirán aquí su recompensa hasta por el mínimo bien que hayan hecho por mí, pues les espera un castigo eterno, tanto como eterna es su voluntad de pecar. El tercer estado es el de aquellos que tienen más miedo de pecar contra mí y de contrariar mi voluntad que del castigo en sí. Antes elegirían el insoportable castigo eterno que provocar conscientemente mi enojo. A estas personas se les dan tribulaciones en el cuerpo y en el corazón, como es el caso de Pedro, de Pablo, y de otros santos, de forma que corrijan sus transgresiones en este mundo. También son castigados durante cierto tiempo para merecer una gloria mayor o como ejemplo para otros. He explicado esta triple misericordia a tres personas de este reino cuyos nombres tú conoces.

Así pues, ángel y siervo mío, ¿qué tipo de misericordia pides para mi esposa?" Y él dijo: "Misericordia de cuerpo y alma, para que ella pueda enmendar sus transgresiones en este mundo y ninguno de sus pecados se someta a tu juicio". El Señor respondió: "¡Hágase según tu voluntad!". Entonces, se dirigió a la esposa: "Eres mía y haré contigo lo que yo quiera. ¡No ames a nada más que a mí! Purifícate constantemente del pecado en todo momento, según el consejo de aquellos a quienes te he encomendado. ¡No ocultes ningún pecado!

No dejes que quede nada sin examinar ¡No pienses que ningún pecado es leve o sin importancia! Cualquier cosa que pases por alto Yo te la recordaré y juzgaré. Ningún pecado tuyo será juzgado por mí si ha sido expiado en esta vida mediante tu penitencia. Aquellos pecados por los cuales no se haya hecho penitencia serán purgados, bien en el purgatorio o por medio de alguno de mis juicios secretos, si aún no se ha reparado aquí en la tierra".

Palabras de la Madre a la esposa describiendo la excelencia de su Hijo; sobre cómo Cristo es ahora crucificado más duramente por sus enemigos, los malos cristianos, que por los judíos, y sobre cómo, en consecuencia, esas personas recibirán un castigo más duro y amargo.

Capítulo 37

La Madre dijo: "Mi Hijo tuvo tres bondades. La primera fue que nadie tuvo jamás un cuerpo tan refinado como Él, al tener Él dos naturalezas perfectas, una divina y otra humana. Él fue tan puro que, igual que no se puede encontrar ni una mota en un ojo cristalino, ni una sola deformidad podía hallarse en su cuerpo. La segunda bondad fue que Él nunca pecó. Otros niños, a veces, cargan con los pecados de sus padres, además de los suyos propios. Este niño, que nunca pecó, cargó con los pecados de todos. La tercera bondad fue que, mientras que algunas personas mueren por Dios y por una mayor recompensa, Él murió tanto por sus enemigos como por mí y sus amigos.

Cuando sus enemigos lo crucificaron, le hicieron cuatro cosas. En primer lugar, lo coronaron de espinas. En segundo lugar, clavaron sus manos y pies. Tercero, le dieron hiel para beber y, cuarto, traspasaron su costado. Pero mi dolor es que sus enemigos, que ahora están en el mundo, crucifican a mi Hijo más duramente de lo que lo hicieron los judíos. Aunque podrías decir que Él no puede sufrir y morir ahora, aún lo crucifican a través de sus vicios. Un hombre puede lanzar insultos e injurias sobre la imagen de un enemigo suyo y, aunque la imagen no sintiera el daño, el perpetrador sería acusado y sentenciado por su maliciosa intención de injuriar.

Igualmente, los vicios por los que crucifican a mi Hijo, en un sentido espiritual, son más abominables y más serios para Él que los vicios de quienes lo crucificaron en el cuerpo. Pero puedes preguntar '¿Cómo lo crucifican?' Bien, primero lo colocan sobre la cruz que han preparado para Él. Esto es, cuando no tienen en cuenta los preceptos de su Creador y Señor. Después lo deshonran cuando Él les advierte, a través de sus siervos, que han de servirle, y ellos desoyen las advertencias y hacen lo que les apetece. Crucifican su mano derecha confundiendo justicia e injusticia al decir: 'El pecado no es tan grave ni odioso para Dios como se dice, ni Dios castiga a nadie para siempre sino que sus amenazas son para asustarnos.

¿Por qué habría de redimirnos si quisiera que muriésemos?' Ellos no consideran que hasta el más mínimo pecado, en el que una persona se deleite, es suficiente para entregarle a él o a ella al castigo eterno. Puesto que Dios no deja ni que el más mínimo de los pecados quede sin castigo, ni el mínimo bien sin recompensa, ellos serán castigados siempre que mantengan la intención constante de pecar y mi Hijo, que ve sus corazones, cuenta eso como un acto. Pues si mi Hijo se lo permitiera, ellos obrarían según sus intenciones.

Crucifican su mano izquierda convirtiendo la virtud en vicio. Quieren continuar pecando hasta el fin, diciendo: 'Si, al final, una vez, decimos "¡Dios, ten misericordia de mí!", la misericordia de Dios es tan grande que el nos perdonará'. El querer pecar sin enmendarse, querer la recompensa sin luchar por ella, no es virtud, a menos que haya algo de contrición en su corazón o a menos que la persona desee realmente enmendar su camino, siempre que no se lo impida una enfermedad o cualquier otra condición.

Crucifican sus pies complaciéndose en el pecado, sin pensar ni una sola vez en el amarguísimo castigo de mi Hijo, ni darle las gracias de corazón, diciendo: '¡Señor, qué amargamente has sufrido! ¡Alabado seas por tu muerte!' Tales palabras nunca sale de sus labios. Lo coronan con una corona de irrisión al burlarse de sus siervos y considerar inútil su servicio. Le dan hiel a beber cuando se regodean y complacen en pecar. Nunca sienten en el corazón lo serio y múltiple que es el pecado. Le traspasan el costado cuando tienen la intención de perseverar en el pecado.

Te digo en verdad, y se lo puedes decir a mis amigos, que para mi Hijo esas personas son más injustas que aquellos que lo sentenciaron, peores enemigos que aquellos que lo crucificaron, más faltos de vergüenza que quienes lo vendieron. A ellos les espera mayor castigo que a los otros. De hecho, Pilatos supo muy bien que mi Hijo no había pecado y que no merecía la muerte. Sin embargo, por temor a perder el poder temporalmente y por la insistencia de los judíos, aún reacio, tuvo que sentenciar a muerte a mi Hijo. ¿Qué temerían estas personas si lo sirvieran? ¿O qué honor o privilegio perderían si lo honrasen?

Ellos recibirán, pues, una más dura sentencia, por ser peores que Pilatos en la consideración de mi Hijo. Pilatos lo sentenció por temor, sometiéndose a la petición e intenciones de otros. Estas personas lo sentencian por su propio beneficio y sin temor alguno, deshonrándolo por el pecado del que podrían abstenerse, si así lo quisieran. Pero ellos no se abstienen de pecar ni se avergüenzan de haber cometido pecados, pues no toman en consideración que no merecen ni la mínima consideración de aquél a quien ellos no sirven. Son peores que Judas, pues Judas, después de haber traicionado al Señor, reconoció que Jesús era el mismo Dios y que él había pecado gravemente contra Él.

Se desesperó, sin embargo, y se precipitó hasta el infierno, pensando que ya no merecía vivir. Pero estas personas reconocen su pecado y, aún así, perseveran en él sin arrepentimiento en sus corazones. Más bien, desean arrebatarle a Dios el reino de los cielos por una especie de fuerza y violencia, creyendo que lo pueden conseguir, no por sus hechos sino por una vana esperanza, vana porque no se le dará a nadie más que a los que trabajan y hacen algún sacrificio para el Señor. Son peores que los que lo crucificaron. Cuando vieron las buenas obras de mi Hijo, como la resurrección de la muerte o la curación de leprosos, pensaron en sus adentros: 'Este obra maravillas inauditas e inusitadas, superando a todos a voluntad con sólo una palabra, conociendo nuestros pensamientos, haciendo todo lo que desea.

Si continúa así, tendremos que someternos a su poder y hacernos siervos suyos'. Por ello, en lugar de someterse Él, lo crucifican con su envidia. Pero si supieran que Él es el Rey de la Gloria nunca lo habrían crucificado. Por otro lado, estas personas ven cada día sus grandes obras y milagros y se aprovechan de su bondad. Escuchan cómo tienen que servirlo y se acercan a Él, pero en sus adentros piensan: 'Sería duro e insoportable renunciar a nuestros bienes temporales para hacer su voluntad y no la nuestra' Por ello, desprecian la voluntad de Él, colocan por encima sus deseos egoístas y crucifican a mi Hijo por su terquedad, acumulando pecado sobre pecado contra su propia conciencia.

Son peores que sus verdugos, pues los judíos actuaron por envidia y porque no sabían que Él era Dios. Estos, sin embargo, saben que es Dios y, por maldad, por presunción y codicia, lo crucifican en un sentido espiritual más duramente que los que crucificaron físicamente su cuerpo, pues estas personas ya han sido redimidas y aquellos aún no lo eran. ¡Así pues, esposa, obedece y teme a mi Hijo, pues todo lo que tiene de misericordioso lo tiene también de justo!"

Agradable diálogo de Dios Padre con el Hijo; sobre cómo el Padre le dio al Hijo una nueva esposa; acerca de cómo el Hijo la tomó gustosamente para sí y cómo el Esposo enseña a la esposa sobre la paciencia y la simplicidad mediante una parábola.

Capítulo 38

El Padre le dijo al Hijo: "Acudí con amor a la Virgen y recibí de Ella tu verdadero cuerpo. Tú, por tanto, estás en mí y Yo en ti. Igual que el fuego y el calor nunca están separados, así de imposible es separar tus naturalezas divina y humana". El Hijo respondió: "¡Gloria y honor para ti, Padre! ¡Hágase tu voluntad en mí y la mía en ti!" El Padre, por su parte, agregó: "Mira, Hijo mío, te confío esta nueva esposa como un cordero que ha de ser guiado y alimentado. Como un pastor, entonces, has de procurarle queso para comer, leche para beber y lana para vestir. En cuanto a ti, esposa, tienes que obedecerle. Tienes tres deberes: has de ser paciente, obediente y alegre".

Entonces, el Hijo le dijo el Padre: "Tu voluntad viene con poder, tu poder con humildad, tu humildad con sabiduría, tu sabiduría con misericordia ¡Que tu voluntad, que es y siempre será sin principio ni fin, se haga en mí! A ella le abriré las puertas de mi amor, en tu poder y en la guía del Espíritu Santo, al ser nosotros no tres dioses sino un solo Dios". Entonces, el Hijo le dijo a su esposa: "Has oído cómo el Padre te ha confiado a mí como un cordero. Por ello, has de ser simple y paciente como un cordero y producir alimento y vestido.

Hay tres grupos de personas en el mundo. El primero está completamente desnudo, el segundo sediento y el tercero hambriento. Los primeros equivalen a la fe de mi Iglesia, que está desnuda porque todos se avergüenzan de hablar sobre la fe y mis mandamientos. Y si alguien habla, se le desprecia y se le llama mentiroso. Mis palabras, procedentes de mi boca, han de vestir esta fe como la lana. Igual que la lana crece en el cuerpo de la oveja mediante el calor, así mis palabras han de entrar en tu corazón a través del calor de mis naturalezas divina y humana. Ellas vestirán mi santa fe en, el testimonio de verdad y sabiduría, y demostrarán que lo que ahora se considera insignificante es verdadero. Como resultado, las personas que hasta ahora han sido tibias sobre el vestir su fe en obras de amor se convertirán cuando oigan mis palabras de amor y serán reencendidas para hablar con fe y actuar con coraje.

El segundo grupo equivale a aquellos amigos míos que poseen un sediento deseo de ver mi honor repuesto y se apenan cuando soy deshonrado. La dulzura que sienten con mis palabras los embriagará con un mayor amor por mí y, junto a ellos, otros, que ahora están muertos, se reencenderán en mi amor, cuando oigan sobre la misericordia que he demostrado con los pecadores. El tercer grupo de personas son aquellos que, en su corazón, piensan así: 'Si al menos supiéramos –dicen—la voluntad de Dios y de qué manera hemos de vivir y si al menos se nos enseñara la forma correcta de vivir, con mucho gusto haríamos lo que pudiéramos'. Estas personas están hambrientas de conocer mi camino, pero nadie los satisface, pues nadie les muestra exactamente lo que han de hacer. Aún si alguien se lo muestra, nadie vive de acuerdo a ello. Por tanto, las palabras parecen estar como muertas para ellos, pues nadie vive de acuerdo a ellas. Por eso, Yo directamente les mostraré lo que han de hacer y los colmaré de mi dulzura.

Las cosas temporales, que parecen las más ansiadas por todos ahora, no pueden satisfacer a la naturaleza humana sino más bien avivar el deseo de buscar más y más cosas. Mis palabras y mi amor, sin embargo, satisfacen a los hombres y los colman de abundante consolación. Por eso tú, esposa mía, que eres una de mis ovejas, cuídate de mantener la paciencia y la obediencia. Eres mía por derecho y, por ello, has de seguir mi voluntad. Una persona que desea seguir la voluntad de otro hace tres cosas: primero, tiene el mismo pensamiento que el otro; segundo, actúa de forma similar; tercero, se mantiene alejada de los enemigos del otro. ¿Quiénes son mis enemigos sino el orgullo y cada uno de los pecados? Por ello, mantente alejada de ellos si deseas seguir mi voluntad".

Sobre cómo la fe, la esperanza y la caridad se hallaron perfectamente en Cristo en el momento de su muerte y deficientemente en nosotros.

Capítulo 39

Yo tuve tres virtudes en mi muerte. Primero, fe, cuando doblé mis rodillas y recé, sabiendo que el padre podía librarme de mi sufrimiento. Segundo, esperanza, cuando perseveré resueltamente diciendo: 'No se haga mi voluntad'. Tercero, caridad, cuando dije: '¡Hágase tu voluntad!' También padecí agonía física debido al temor natural a sufrir, y un sudor de sangre emanó de mi cuerpo. Por ello, para que mis amigos no teman ser abandonados cuando les llegue el momento de la prueba, Yo les demostré en mí que la débil carne siempre trata de escapar del dolor. Podrías preguntar, quizá, cómo fue que mi cuerpo segregó un sudor de sangre.

Bien, de la misma forma en que la sangre de una persona enferme se reseca y se consume en sus venas, mi sangre se consumió por la angustia natural de la muerte. Queriendo mostrar la manera en la que el Cielo se abriría y cómo las personas podrían entrar en él después de su exilio, el Padre amorosamente me entregó a mi pasión para que mi cuerpo fuera glorificado una vez que la pasión se hubiera consumado. Porque mi naturaleza humana no podía simplemente entrar en su gloria sin sufrir, pese a que Yo fui capaz de hacerlo mediante el poder de mi naturaleza divina.

¿Por qué, entonces, las personas con poca fe, vanas esperanzas y sin amor merecerían entrar en mi gloria? Si tuvieran fe en el gozo eterno y en el terrible castigo, no desearían nada más que a mí. Si ellos realmente creyeran que yo veo todas las cosas y tengo poder sobre todas las cosas, y que Yo exijo un juicio para cada uno, el mundo les resultaría repugnante, y no osarían pecar en mi presencia, por temor a mí y no a la opinión humana. Si tuvieran una firme esperanza, todo su pensamiento y entendimiento se dirigiría hacia mí. Si tuvieran amor divino, sus mentes pensarían al menos sobre lo que hice por ellos, los esfuerzos que hice al predicar, el dolor que padecí en mi pasión, el gran amor que tuve al morir, tanto que preferí morir antes que perderlos.

Pero su fe es débil y vacilante, apuntando a una caída fulminante, porque están dispuestos a creer cuando están ausentes los impulsos de la tentación, pero pierden confianza cuando se topan con la adversidad. Su esperanza es vana, porque esperan que su pecado sea perdonado sin un juicio y sin una correcta sentencia. Confían en que pueden conseguir el Reino de los Cielos gratuitamente. Desean recibir mi misericordia sin la moderación de la justicia. Su amor hacia mí es frío, pues nunca se ponen a buscarme ardientemente a menos que se sientan forzados por la tribulación.

¿Cómo me voy a compadecer de las personas que ni sostienen una fe recta ni una firme esperanza ni una ferviente caridad hacia mí? Por ello, cuando me imploren y digan '¡Señor, ten piedad de mí!' no merecerán ser oídos ni entrar en mi gloria. Si no quieren acompañar a su Señor en el sufrimiento no lo acompañarán en la gloria. Ningún soldado puede complacer a su señor y ser bien recibido de nuevo después de un desliz, a menos que primero se humille para reparar su ofensa.

Palabras en las que el Creador plantea tres preguntas de Gracia a su esposa: la primera sobre la servidumbre del marido y la dominación de la mujer; la segunda sobre el trabajo del esposo y el gasto de la esposa; la tercera sobre el Señor despreciado y el sirviente ensalzado.

Capítulo 40

Yo soy tu Creador y Señor. Respóndeme a tres preguntas que te voy a plantear. ¿Cuál es la situación en una casa en la que la esposa está vestida como una gran señora y el esposo como un sirviente? ¿Es eso correcto? Ella respondió interiormente en su conciencia: "No, mi Señor, eso no está bien" Y el Señor dijo: "Yo soy el Señor de todas las cosas y el Rey de los ángeles. Yo he vestido a mi servidor, es decir, a mi naturaleza humana, tan solo con vistas a la utilidad y a la necesidad. No he deseado nada del mundo, aparte del somero alimento y vestido. Tú, sin embargo, que eres mi esposa, quieres igualarte a una gran señora, con riquezas y honores, ser ensalzada. ¿Cuál es el beneficio de todo ello? Todas las cosas son vanidad y todas las cosas tienen que ser abandonadas. La humanidad no ha sido creada para esa frivolidad sino para poseer lo que necesita la naturaleza.

El orgullo ha inventado lo superfluo, que ahora se mantiene y se desea como lo normal. En segundo lugar, dime, ¿es correcto que el marido trabaje desde la mañana hasta la noche mientras su mujer se gasta en una hora todo lo que él ha conseguido con su esfuerzo? Ella contestó: "No es correcto. Al contrario, la esposa debe vivir y actuar siguiendo la voluntad de su esposo". Y el Señor dijo: "He obrado como el hombre que trabaja de la mañana a la noche. He trabajado desde mi juventud hasta el momento de mi sufrimiento, mostrando el camino hacia el Cielo, predicando y poniendo en práctica lo que predicaba.

La esposa, o sea, el alma humana, que debería ser como mi mujer, se gasta todo mi salario en vivir lujosamente. Como resultado, de nada de lo que he hecho se puede beneficiar, ni encuentro en ella virtud alguna en la que recrearme. Tercero, dime, ¿no es erróneo y detestable para el señor del hogar ser despreciado y para el sirviente ser ensalzado? Y ella dijo: "Sí, así es, bien cierto". El Señor dijo: "Yo soy el Señor de todas las cosas. Mi hogar es el mundo. Todos los miembros de la humanidad deberían estar a mi servicio. Sin embargo, Yo, el Señor, ahora soy despreciado en el mundo, mientras que la humanidad es ensalzada. Por lo tanto, tú, a quien Yo he elegido, cuídate de cumplir mi voluntad, porque ¡todo en el mundo no es más que una brisa marina y un falso sueño!".

Palabras del Creador, en presencia de la Corte Celestial y de su esposa, en las que se queja de los cinco hombres que representan al papa y a sus clérigos, los laicos corruptos, los judíos y los paganos. También sobre la ayuda enviada a sus amigos, que representan a toda la humanidad y sobre la dura condena de sus enemigos.

Capítulo 41

Yo soy el Creador de todas las cosas. Nací del Padre antes de que existiera Lucifer. Existo inseparablemente en el Padre y el Padre en mí y hay un Espíritu en ambos. Por consiguiente, hay un Dios –Padre, Hijo y Espíritu Santo—y no tres dioses. Yo soy el que le hizo la promesa de la herencia eterna a Abraham y conduje a mi pueblo fuera de Egipto a través de Moisés. Yo soy el que habló a través de los profetas. El padre me puso en el vientre de la Virgen, sin separarse de mí, permaneciendo conmigo inseparablemente para que la humanidad, que ha abandonado a Dios, pueda retornar a Dios a través de mi amor.

Ahora, sin embargo, en vuestra presencia, Corte Celestial, pese a que veis y sabéis todo de mi, por el bien del conocimiento y la instrucción de esta desposada mía, que no puede percibir lo espiritual sino es por medio de lo físico, yo declaro mi pesar ante vosotros en relación de los cinco hombres aquí presentes, por ser ellos ofensivos para mí de muchas maneras.

De la misma forma que yo, en una ocasión, incluí a todo el pueblo israelita en el nombre de Israel en la Ley, ahora mediante estos cinco hombres me refiero a todos en el mundo. El primer hombre representa al líder de la Iglesia y sus sacerdotes; el segundo, a los laicos corruptos, el tercero a los judíos, el cuarto a los paganos y el quinto a mis amigos. En lo que a ti respecta, judío, he hecho una excepción con todos los judíos que son cristianos en secreto y que me sirven en caridad sincera, conforme a la fe y en sus trabajos perfectos en secreto. En relación a ti, pagano, he hecho una excepción con todos aquellos que con gusto caminarían por la senda de mis mandamientos si tan solo supieran cómo y si fueran instruidos, los que tratan de poner en práctica todo lo que pueden y de lo que son capaces. Éstos, no serán de ninguna manera sentenciados con vosotros.

Ahora declaro mi disgusto contigo, cabeza de mi Iglesia, tú que te sientas en mi asiento. Le concedí este asiento a Pedro y a sus sucesores para que se sentaran con una triple dignidad y autoridad: primero, para que pudieran tener el poder de atar y desatar a las almas del pecado; segundo, para que pudieran abrirle el Cielo a los penitentes; tercero, para que cerraran el Cielo a los condenados y a aquellos que me desprecian. Pero tú, que deberías estar absolviendo almas y presentándomelas, eres realmente un asesino de almas. Designé a Pedro como el pastor y el sirviente de mis ovejas, pero tú las disipas y las hieres, eres peor que Lucifer.

Él tenía envidia de mí y no persiguió matar a nadie más que a mí, de forma que pudiera él gobernar en mi lugar. Pero tú eres lo peor en que, no sólo me matas al apartarme de ti por tu mal trabajo sino que, también, matas a las almas debido a tu mal ejemplo. Yo redimí almas con mi sangre y te las encomendé como a un amigo fiable. Pero tú se las devuelvas al enemigo del que yo las redimí. Eres más injusto que Pilatos. Él tan sólo me condenó a muerte. Pero tú no sólo me condenas como si yo fuese un pobre hombre indigno, sino que también condenas a las almas de mis elegidos y dejas libres a los culpables. Mereces menos misericordia que Judas. Él tan solo me vendió. Pero tú, no solo me vendes a mí, sino que también vendes a las almas de mis elegidos en base a tu propio provecho y vana reputación. Tú eres más abominable que los judíos. Ellos tan sólo crucificaron mi cuerpo, pero tú crucificaste y castigaste a las almas de mis elegidos para quienes tu maldad y trasgresión son más afiladas que una espada.

Así, puesto que eres como Lucifer, más injusto que Pilatos, menos digno de misericordia que Judas y más abominable que los judíos, mi enfado contigo está justificado. El Señor dijo al segundo hombre, es decir, al que representa a los laicos: “Yo creé todas las cosas para tu uso. Tú me diste tu consentimiento a mí y Yo a ti. Tú me prometiste tu fe y me juraste que me servirías. Ahora, sin embargo, te has apartado de mí como alguien que no conoce a Dios. Te refieres a mis palabras como mentiras y a mis trabajos como carentes de sentido. Tú dices que mi voluntad y mis mandamientos son muy duros. Has violado la fe que prometiste. Has roto tu juramento y has abandonado mi Nombre.

Te has disociado a ti mismo de la compañía de mis santos y te has integrado en la compañía de los demonios, haciéndote socio suyo. Tú no crees que ninguno merezca alabanza y honor salvo tú mismo. Consideras difícil todo lo que tiene que ver conmigo y lo que estás obligado a hacer por mí, mientras que las cosas que te gusta hacer son fáciles para ti. Es por esto que mi enfado contigo está justificado, porque tú has quebrado la fe que me prometiste en el bautismo y en adelante. Encima, me acusas de mentir sobre el amor que te he mostrado de palabra y de hecho. Dices que yo era un loco por sufrir”.

Al tercer hombre, es decir al representante de los judíos, le dijo: “Yo comencé mi amoroso idilio contigo. Te elegí como mi pueblo, te libré de la esclavitud, te di Mi Ley, te conduje hasta la Tierra que les había prometido a tus padres y te envié profetas que te consolaran. Después, elegí una Virgen de entre vosotros y tomé de ella naturaleza humana. Mi disgusto contigo es que aún rehúsas creer en mí, diciendo: “Cristo no ha venido todavía sino que tiene que venir”.

El Señor dijo al cuarto hombre, es decir a los paganos: “Yo te creé y te redimí para que fueras cristiano. Hice contigo todo el bien. Pero tú eres como alguien que está fuera de sus sentidos, porque no sabes lo que haces. Eres como un ciego, porque no sabes hacia dónde te diriges. Adoras a las criaturas en lugar de al Creador, a la falsedad en lugar de a la verdad. Te arrodillas ante las cosas que son inferiores a ti. Esta es la causa de mi disgusto en relación a ti”. Al quinto hombre le dijo: “¡Acércate más, amigo!” Y se dirigió directamente a la Corte Celestial: “Queridos amigos, este amigo mío representa a mis muchos amigos. Él es como un hombre cercado entre los corruptos y mantenido en un duro cautiverio. Cuando dice la verdad le arrojan piedras en la boca. Cuando hace algo bueno, le clavan una lanza en el pecho. ¡Ay, mis amigos y santos! ¿Cómo puedo soportar a esas personas y cuánto tiempo me mantendré con semejante desprecio?”.

San Juan Bautista respondió: “Eres como un espejo inmaculado. Vemos y sabemos todas las cosas en ti como en un espejo, sin necesidad de palabras. Eres la dulzura incomparable en la que saboreamos todo lo bueno. Eres como la más afilada de las espadas y un Juez justo”. El Señor le respondió: “Amigo mío, lo que has dicho es cierto. Mis elegidos ven toda la bondad y justicia en mí. Aún los espíritus diabólicos lo hacen, aunque no en la luz sino en su propia conciencia. Como un hombre en prisión, que se aprendió las letras y aún las conoce cuando se encuentra en la oscuridad y no las ve, los demonios, pese a que no ven mi justicia a la luz de mi claridad, aún así, conocen y ven en su conciencia. Yo soy como una espada que corta en dos. Le doy a cada persona lo que él o ella merecen. Entonces, el Señor agregó, hablando al Bienaventurado Pedro: “Tú eres el fundador de la fe y de mi Iglesia. Mientras lo escucha mi Ejército, ¡declara la sentencia de estos cinco hombres!”.

Pedro contestó: “¡Gloria y honor para Ti, Señor, por el amor que has demostrado a la tierra! ¡Que toda tu Corte te bendiga, porque Tú nos haces ver y saber en Ti todo lo que es y lo que será! Vemos y sabemos todo en Ti. Es verdaderamente justo que el primer hombre, el que se sienta en tu asiento mientras que realiza los hechos de Lucifer, vergonzosamente deba renunciar a ese asiento en el que presumió sentarse y compartir el castigo de Lucifer. La sentencia del segundo hombre es que aquél que haya abandonado la fe debe descender al infierno con la cabeza abajo y los pies arriba, por haberte despreciado a Ti, que deberías ser su cabeza y por haberse amado a sí mismo.

La sentencia del tercero es que no verá Tu rostro y será condenado por su perversidad y avaricia, puesto que los que no creen no merecen contemplar la visión de Ti. La sentencia del cuarto es que debería ser encerrado y confinado en la oscuridad, como un hombre fuera de sus sentidos. La sentencia del quinto es que deberá serle enviada ayuda” Cuando el Señor oyó esto, respondió: “Prometo por Dios, el Padre, cuya voz oyó Juan el Bautista en el Jordán, que haré justicia a éstos cinco”.

Después, el Señor continuó, diciendo al primero de los cinco hombres: “La espada de mi severidad atravesará tu cuerpo, entrando desde lo alto de tu cabeza y penetrando tan profunda y firmemente que nunca podrá ser sacada. Tu asiento se hundirá como una piedra pesada y no cesará hasta que alcance la parte más baja de las profundidades. Tus dedos, es decir, tus consejeros, arderán en un fuego sulfuroso e inextinguible.

Tus brazos, es decir, tus vicarios, que debieran de haber conseguido el beneficio de las almas, pero que en su lugar consiguieron provechos mundanos y honores, serán sentenciados al castigo del que habla David: ‘Que sus hijos queden huérfanos y su mujer viuda, que los extraños le arrebaten su propiedad’. ¿Qué significa ‘su mujer’ sino el alma que ha sido separada de la gloria del Cielo y que quedará viuda de Dios? ‘Sus hijos’, es decir, las virtudes que aparentaron poseer y mi gente sencilla, aquellos que se les sometieron, serán apartados de ellos. Su rango y propiedad caerá en manos de otros, y ellos heredarán la eterna vergüenza en lugar de su rango privilegiado.

Sus mitras se hundirán en el barro del infierno y ellos mismos nunca se levantarán de él. Por ello, lo mismo que el honor y el orgullo que alcanzaron sobre otros aquí en la tierra, se hundirán en el infierno tan profundamente, más que los demás, que les será imposible levantarse. Sus extremidades, o sea, todos los sacerdotes aduladores que les secunden, serán separados de ellos y aislados, igual que una pared que se derrumba, en la que no quedará piedra sobre piedra y el cemento ya no se adherirá a las piedras. La misericordia nunca les llegará, porque mi amor nunca les calentará ni les repondrá en la eterna Mansión Celestial. En su lugar, despojados de todo bien, serán eternamente atormentados junto a sus líderes.

Al segundo hombre, Yo le digo: Dado que tú no quieres mantenerte en la fe que me prometiste ni manifestar amor hacia mí, te enviaré un animal que procederá del torrente impetuoso para devorarte. Y, lo mismo que un torrente siempre corre hacia abajo, así el animal te llevará a las partes más bajas del infierno. Tan imposible como es para ti viajar corriente arriba contra un torrente impetuoso, igual de difícil será para ti ascender desde el infierno.

Al tercer hombre, le digo: ‘Ya que tú, judío, no quieres creer que Yo ya he venido, por ello, cuando vuelva para el segundo juicio, no me verás en mi gloria sino en tu conciencia, y comprobarás que todo lo que te dije era verdad. Entonces ahí quedará que seas castigado como mereces’. Al cuarto hombre, le digo: ‘Como no te has ocupado de creer ni has querido saber, tu propia oscuridad será tu luz y tu corazón será iluminado para que comprendas que mis juicios son verdaderos pero, sin embargo, tú no alcanzarás la luz’.

Al quinto hombre, le digo: ‘Haré tres cosas por ti. Primero, te llenaré internamente de mi calor. Segundo, haré que tu boca sea más fuerte y más firme que cualquier piedra, de modo que las piedras que te arrojen serán rebotadas. Tercero, te armaré con mis armas, de forma que ninguna lanza te dañará sino que todo cederá ante ti como la cera frente al fuego.

Por tanto, ¡hazte fuerte y resiste como un hombre! Como un soldado que, en la guerra, espera la ayuda de su Señor y lucha mientras le quedan fluidos de vida, así también tú, ¡mantente firme y lucha! El Señor, tu Dios, aquél a quien nadie puede resistir, te ayudará. Y, como vosotros sois pocos en número, os daré honor y os convertiré en muchos. Mirad, amigos míos, veis estas cosas y las reconocéis en Mí y, por ello, se mantienen ante mí’. Las palabras que ahora he pronunciado se cumplirán. Aquellos hombres nunca entrarán en mi Reino mientras yo sea el Rey, a menos que enmienden sus caminos. Porque el Cielo no será sino para aquellos que se humillan a sí mismos y hacen penitencia”. Entonces, toda la corte respondió: “¡Gloria a Ti, Señor Dios, que no tienes principio ni fin!”.

Palabras de la Virgen aconsejando a la esposa cómo tiene que amar a su Hijo sobre todas las cosas, y sobre cómo cada virtud y gracia está contenida en la Virgen gloriosa.

Capítulo 42

La Madre habló: “Yo tenía tres virtudes por las cuales agradé a mi Hijo. Tenía tanta humildad que ninguna criatura, ni ángel ni ser humano, era más humilde que yo. En segundo lugar, yo tenía obediencia, por la cual me esforcé en obedecer a mi Hijo en todas las cosas. En tercer

lugar, tenía una gran caridad. Por esta razón he recibido un triple honor de mi Hijo. Primero, se me dio más honor que a los ángeles y los hombres, de forma que no hay virtud en Dios que no irradie de mí, pese a que Él es la fuente y el Creador de todas las cosas. Pero yo soy la criatura a la que Él ha garantizado la Gracia principal en comparación con las demás.

Segundo, en razón de mi obediencia he adquirido tal poder que no hay pecador, por manchado que esté, que no reciba el perdón si se vuelve a mí con propósito de enmienda y corazón contrito. Tercero, en razón de mi caridad, Dios se ha acercado tanto a mí que cualquiera que vea a Dios me ve a mí, y cualquiera que me vea puede ver la naturaleza divina y humana en mí y a mí en Dios, como si fuera un espejo. Porque quien vea a Dios ve tres personas en Él, y quien me vea a mí me ve como si fuera tres personas. Porque Dios me ha asido en alma y cuerpo a Sí Mismo y me ha colmado de toda virtud, de manera que no hay virtud en Dios que no brille en mí, pese a que Dios es el Padre y el dador de todas las virtudes. Como si se tratara de dos cuerpos conjuntados --uno recibe lo que recibe el otro—así ha hecho Dios conmigo. No existe dulzura que no esté en mí.

Es como alguien que tiene una nuez y comparte un trozo con otra persona. Mi alma y cuerpo son más puros que el sol y más limpios que un espejo. Por ello, igual que las Tres Personas se verían en un espejo si se situaran frente a él, así el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo pueden verse en mi pureza. Una vez tuve a mi Hijo en el vientre junto a su Naturaleza Divina. Ahora Él ha de verse en mí con sus dos naturalezas, Divina y Humana, como en un espejo, porque yo he sido glorificada. Por ello, esposa de mi Hijo, procura imitar mi humildad y no ames a nada más que a mi Hijo".

Palabras del Hijo a la esposa sobre cómo las personas se elevan de un pequeño bien al bien perfecto y se hunden de un pequeño mal al mayor castigo.

Capítulo 43

El Hijo dijo: "A veces surge un gran beneficio a partir de un pequeño bien. La palmera posee un olor maravilloso y dentro de su fruto, el dátil, hay como una piedra. Si esta semilla se planta en un suelo fértil, brotará y florecerá, creciendo hasta convertirse en un altísimo árbol. Pero si se planta en suelo estéril, se secará. El suelo que se deleita en el pecado es absolutamente estéril, carente de beneficios. Si se siembra ahí la semilla de las virtudes no podrá brotar. Rico es el suelo de la mente que conoce su pecado y se lamenta de haberlo cometido. Si la 'piedra' del dátil, o sea, el pensamiento de mi severo juicio y poder, se siembra ahí, echará tres raíces en la mente.

La primera raíz es el darse cuenta de que una persona no puede hacer nada sin mi ayuda. Esto le hará abrir la boca en acción de pedirme. La segunda raíz es comenzar a encomendarme a algunas almas pequeñas por el bien de mi Nombre. La tercera raíz es retirarse de los propios asuntos para servirme. La persona, entonces, empieza a practicar la abstinencia, el ayuno y la negación de sí misma: este es el tronco del árbol. Después, van creciendo las ramas de la caridad a medida que uno conduce hacia el bien a todos los que puede. Posteriormente, crece el fruto cuando instruye a otros según su conocimiento y, piadosamente, trata de hallar maneras de darme una mayor gloria. Este tipo de fruto es el más placentero para mí. De esta forma, a partir de un pequeño comienzo uno se eleva hasta la perfección. Mientras que la semilla forma raíz al principio mediante la piedad, el cuerpo crece por medio de la abstinencia, las ramas se multiplican por mediación de la caridad y el fruto crece a través de la predicación.

De igual manera, una persona se hunde a partir de un ligero mal hacia la máxima condena y castigo. ¿Sabes cuál es la carga más pesada que impide que las cosas crezcan? Con certeza es la carga de un niño que está a punto de nacer, pero que no puede salir y muere en el vientre de la madre, y a la madre se le hace una hernia de la que muere, y el padre la lleva a la tumba, con el niño dentro, y la entierra con la materia putrefacta. Esto es lo que hace el demonio con el alma. El alma inmoral es como la esposa del demonio que se somete a su voluntad en todo. Ella concibe al hijo por el demonio, al obtener placer en el pecado y regocijarse en él. Igual que una madre concibe y engendra el fruto mediante una pequeña semilla que es casi insignificante, igualmente, deleitándose en el pecado, el alma da mucho fruto al demonio.

Posteriormente la fuerza y los miembros del cuerpo se van formando a medida que se añade pecado sobre pecado y aumenta cada día. La madre se hincha con el aumento de los pecados. Quiere dar a luz pero no puede porque su naturaleza se ha consumido con el pecado y se ha cansado de la vida. Ella hubiera preferido continuar pecando, pero no puede, y Dios no se lo permite. Entonces el miedo se hace presente porque ella no puede realizar su deseo. La fuerza y la alegría se le acaban y se ve rodeada de preocupaciones y pesares. Entonces su vientre revienta y ella pierde la esperanza de hacer el bien. Muere mientras blasfema y reniega de la justicia divina. Y, así, es conducida por el padre, el demonio hacia el sepulcro del infierno, donde ella queda enterrada para siempre con la podredumbre de su pecado y con el hijo de su depravado deleite. Ves así cómo un pecado, pequeño al principio, llega a aumentar y crecer hasta la condenación".

Palabras del Creador a la esposa sobre cómo Él es ahora despreciado y ultrajado por personas que no prestan atención a lo que hizo por amor, al aconsejarles mediante los profetas y mediante su propio sufrimiento para su salvación. También sobre cómo ignoran el enfado que Él dirigió a los obstinados corrigiéndolos severamente.

Capítulo 44

Yo soy el Creador y Señor de todas las cosas. Yo hice el mundo y el mundo me evita. Oigo en el mundo un ruido parecido al de las abejas que acumulan miel sobre la tierra. Cuando la abeja está volando y comienza a aterrizar emite un zumbido. Ahora oigo como una voz que zumba en el mundo y que dice: 'iNo me importa!'. De hecho, la humanidad no presta atención ni se preocupa de lo que hice por amor, aconsejándoles mediante los profetas, por mi propia predicación y mediante mi sufrimiento por ellos. No les importa lo que hice en mi enojo, al corregir a los malvados y desobedientes. Sólo ven que son mortales y se sienten inseguros sobre la muerte, pero no les preocupa.

Oyen y ven la justicia que infligí al Faraón y a Sodoma, debido al pecado, y la que aplico sobre otros reyes y princesas, permitiéndola diariamente mediante la espada y otras desgracias, pero parece que están ciegos ante todo esto. Igual que las abejas, vuelan por donde quieren. De hecho, a veces vuelan como si se disparasen hacia lo alto, cuando se exaltan a sí mismos por el orgullo, pero enseguida caen de nuevo rápidamente cuando vuelven a su lujuria y a su gula.

Reúnen miel de la tierra para sí mismos, fatigándose y acumulando por si apremia la necesidad del cuerpo, pero no para el alma. Buscan lo terreno más que el honor eterno. Convierten lo pasajero en un auto castigo, lo inútil en tormento eterno. Sin embargo, por los ruegos de mi Madre, enviaré mi voz clara a esas abejas, excepto sobre mis amigos, que se encuentran en el mundo tan sólo en cuerpo, y predicaré misericordia. Si me atienden se salvarán.

Respuesta de la Madre y de los ángeles, los profetas, los apóstoles y los demonios a Dios, en presencia de la esposa, testimoniando su Grandeza en la Creación, Encarnación, Redención y demás; sobre cómo la gente contradice hoy todas estas cosas, y acerca de su severo juicio sobre ellos.

Capítulo 45

La Madre de Dios dijo: "Esposa de mi Hijo, vístete y permanece firme porque mi Hijo se acerca a ti. Has de saber que su carne fue estrujada como la uva en un lagar; pues debido a que el hombre pecó con todos los miembros de su cuerpo, mi Hijo realizó la expiación en todos los miembros de su Cuerpo. Los cabellos de mi Hijo fueron arrancados, sus tendones distendidos, sus articulaciones desencajadas, sus huesos dislocados, sus manos y pies completamente perforados. Su mente fue agitada, su corazón afligido por el dolor, su estómago absorbido hacia su espalda, y todo esto porque la humanidad había pecado con cada miembro de su cuerpo.

Entonces, el Hijo habló en presencia de la Corte Celestial y dijo: "Aunque todo lo sabéis en mí, hablo para esta esposa mía que está aquí. A vosotros me dirijo, ángeles, decidme: ¿Quién es el que no tuvo principio ni tendrá fin? ¿Y quién es el que creó todas las cosas y no fue creado por nadie? Hablad y dad testimonio. Respondieron los ángeles todos a una voz: "Señor, ése eres Tú, y damos testimonio de tres cosas: Primero, de que eres nuestro Creador y de todo lo que hay en el cielo y en la tierra. Segundo, de que eras y serás sin principio, tu dominio es sin fin y tu poder eterno. Nada se ha hecho sin ti y sin ti nada puede existir. En tercer lugar, testimoniamos que vemos en ti toda justicia además de todo lo que ha sido y será. Todas las cosas son presentes para ti, sin principio ni fin".

Después, dijo a los profetas y patriarcas: ¿Quién os condujo de la esclavitud a la libertad? ¿Quién dividió las aguas ante vosotros? ¿Quién os dio la Ley? Profetas, ¿quién os dio inspiración para hablar? Ellos respondieron: "Tú, Señor. Tú nos sacaste de la esclavitud. Tú nos diste le Ley. Tú inspiraste nuestro espíritu para hablar".

Posteriormente, le dijo a su Madre: "¡Da verdadero testimonio de todo lo que sabes de mí! Ella respondió: "Antes de que el ángel que me enviaste viniera a mí, yo estaba sola en cuerpo y alma. Cuando fueron pronunciadas las palabras del ángel, tu Cuerpo estuvo dentro de mí en sus naturalezas divina y humana, y sentí tu Cuerpo en mi cuerpo. Te engendré sin dolor. Te parí sin angustia. Te envolví en pañales y te alimenté con mi leche. Estuve contigo desde tu nacimiento hasta tu muerte.

Entonces, dijo el Señor a los apóstoles: "¡Decid a quién visteis, oísteis y percibisteis con vuestros sentidos! Ellos le respondieron: "Oímos tus palabras y las escribimos. Oímos tus palabras prodigiosas cuando nos diste la Nueva Ley, cuando con una palabra Tú diste la orden a los demonios y ellos salieron, cuando con una palabra resucitaste a los muertos y sanaste a los enfermos. Te vimos en un cuerpo humano. Vimos tus milagros en la gloria divina de tu naturaleza humana. Te vimos apresado por tus enemigos y colgado en una Cruz.

Te vimos sufrir de la manera más amarga y, después, ser enterrado en un sepulcro. Te percibimos con nuestros sentidos cuando resucitaste. Tocamos tu cabello y tu rostro. Tocamos tus miembros y tus partes llagadas. Tú comiste con nosotros y compartiste nuestra conversación. Tú eres verdaderamente el Hijo de Dios y el Hijo de la Virgen. También te percibimos con nuestros sentidos cuando ascendiste, en tu naturaleza humana, a la derecha del Padre, donde estás eternamente".

Después, le dijo Dios a los espíritus inmundos: "Aunque en vuestra conciencia ocultáis la verdad, os ordeno que digáis quién fue el que

menguó vuestro poder". Ellos le respondieron: "Como ladrones que no dicen la verdad, a menos que tengan los pies atrapados en un durísimo madero, nosotros no diríamos la verdad si no fuéramos forzados por tu tremendo y divino poder. Tú eres quien descendió al infierno con toda tu fuerza. Tú menguaste nuestro poder en el mundo. Tú te llevaste del infierno lo que te correspondía por propio derecho. Entonces el Señor dijo: "Date cuenta, todos los que tienen un espíritu y no están arropados por un cuerpo declaran su testimonio de la verdad ante mí. Pero aquellos que tienen un espíritu y un cuerpo, en concreto los seres humanos, me contradicen. Algunos de ellos conocen la Verdad, pero no les importa. Otros no la conocen y por ello dicen que no les importa, pero afirman que todo es falso".

Él le dijo, de nuevo, a los ángeles: "Los seres humanos dicen que vuestro testimonio es falso, que yo no soy el Creador y que no todas las cosas se conocen en mí. Por tanto, aman más a lo creado que a mí". Él dijo a los profetas: "Los hombres os contradicen y dicen que la Ley no tiene sentido, que vosotros os liberasteis gracias a vuestro propio valor y capacidad, que el Espíritu era falso y que vosotros hablasteis por propia voluntad". A su Madre le dijo: "Algunos dicen que tú no eres Virgen, otros que Yo no me encarné de ti, otros conocen la Verdad pero no les importa".

A los apóstoles les dijo: "Os contradicen diciendo que sois mentirosos, que la Nueva Ley es inútil e irracional. Hay otros que creen que es verdadera pero no les importa. Ahora, pues, Yo os pregunto: ¿Quién será su juez? Todos ellos le contestaron: "Tú, Dios, que eres sin principio ni fin. Tú, Jesucristo, que eres uno con el Padre. El Padre te ha otorgado todo el poder de juzgar, Tú eres su Juez". El Señor contestó: "Yo fui su acusador y ahora soy su Juez. Sin embargo, pese a que todo lo sé y todo lo puedo, ¡dadme vuestro veredicto sobre ellos!

Ellos respondieron: "Lo mismo que el mundo entero pereció en sus comienzos por las aguas del diluvio, igual ahora el mundo merece consumirse en fuego, pues la iniquidad y la injusticia son ahora más abundantes que entonces". El Señor respondió: "Como soy justo y misericordioso y no hago juicio sin misericordia ni misericordia sin justicia, una vez más enviaré mi misericordia al mundo por los ruegos de mi Madre y de mis santos. Si los seres humanos no quieren escuchar, les seguirá una justicia que será, con mucho, la más severa".

Mutuas palabras de alabanza que, en presencia de santa Brígida, se dan Jesús y María, y sobre cómo las personas ven ahora a Cristo como innoble, desgraciado e indigno, le dicen que Él es así, y sobre la eterna condena de estas personas.

Capítulo 46

María habló a su hijo, diciendo: "¡Bendito seas tú, que eres sin principio ni fin! Tú tuviste el cuerpo más noble y bello; tú fuiste el más valiente y virtuoso de los hombres. Tú fuiste la más digna de las criaturas". El Hijo respondió: "Las palabras que salen de tus labios me resultan dulces y deleitan lo más profundo de mi corazón como la más dulce de las bebidas. Tú eres para mí la más dulce de las criaturas. De la manera en que una persona puede ver distintos rostros en un espejo pero ninguno le agrada más que el suyo propio, así, aunque Yo ame a mis santos, a ti te amo con un particular amor, porque Yo nací de tu carne.

Tú eres como un incienso selecto, cuyo olor subió hasta la divinidad y la atrajo a tu cuerpo. Esta misma fragancia elevó tu cuerpo y tu alma hasta Dios, donde tú estás ahora en cuerpo y alma. Bendita seas, porque los ángeles se regocijan en tu hermosura y todos los que te invocan con un corazón sincero quedan liberados gracias a tu poder. Todos los demonios tiemblan ante tu luz y no se atreven a permanecer en tu esplendor porque ellos siempre quieren estar en las tinieblas.

Tú me has alabado por tres cualidades. Has dicho que Yo tenía el cuerpo más noble, después has afirmado que Yo era el más valiente de los hombres y, tercero, has dicho que Yo era la más digna de las criaturas. Estas cualidades son contradichas, ahora, tan sólo por aquellos que poseen un cuerpo y un alma. Dicen que Yo poseo un cuerpo innoble, que soy el hombre más desgraciado y la más indigna de las criaturas. ¿Qué es más innoble que arrastrar a otros al pecado? Esto es lo que dicen de mi cuerpo: que conduce al pecado. Dicen, literalmente, que el pecado no es tan repugnante ni disgusta a Dios tanto como lo que Yo he dicho. 'Porque –según ellos—nada existe a menos que Dios quiera y nada ha sido creado sin Él. ¿Por qué, entonces, no podríamos usar todo lo creado como nosotros queramos? Nuestra natural fragilidad así lo exige y esta es la forma en que todos hemos vivido antes y aún vivimos'.

Así es como, ahora, las personas se dirigen a Mí. Mi naturaleza humana, con la que aparecí entre los hombres como Dios verdadero, es efectivamente considerada por ellos como innoble, a pesar de lo mucho que Yo aparté a la humanidad del pecado y les mostré lo grave que esto era, como si Yo les hubiera alentado a hacer algo inútil y torpe. Dicen, literalmente, que nada es noble excepto el pecado y todo aquello que satisfaga sus caprichos. También dicen que Yo soy el más desgraciado de los hombres. ¿Quién es más desgraciado que alguien que, cuando dice la verdad, ve su boca magullada por las piedras que le arrojan y es golpeado en la cara y, encima de todo eso, escucha los reproches de la gente diciéndole: 'si fuera un hombre se vengaría'?. Esto es lo que hacen conmigo.

Hablo con ellos a través de sabios doctores y de la Sagrada Escritura, pero ellos dicen que Yo miento. Hieren mi boca con piedras y con puñetazos cometiendo adulterio, matando y mintiendo. Dicen: 'Si fuera un hombretón, si fuera el más poderoso de Dios, se vengaría de estas transgresiones'. Sin embargo, Yo sufro en mi paciencia. Cada día, les oigo afirmar que el castigo ni es eterno ni tan severo como se ha dicho, y mis palabras se consideran mentiras.

Por último, me ven como la más indigna de las criaturas. ¿Qué es más despreciable en la casa que un perro o un gato que alguno estaría más que contento en cambiar por un caballo, si pudiera? Pero la gente sostiene que Yo soy peor que un perro. No me tomarían si para ello tuvieran que desprenderse del perro, y antes me rechazarían y me negarían que quedarse sin la caseta del perro. ¿Hay algo tan insignificante para la mente que no sea considerado de más valor o más deseado que yo? Si me tuvieran en mayor estima que a las demás criaturas me amarían más que los demás. Pero no poseen nada tan insignificante que no lo amen más que a mí.

Se apenan de cualquier cosa más que de mí. Se disgustan por sus propias pérdidas y por las de sus amigos. Se apenan por una sola palabra ofensiva. Se entristecen por ofender a personas de mayor rango que ellos, pero no les importa ofenderme a Mí, el Creador de todas las cosas. ¿Quién hay que sea tan despreciado que no sea escuchado cuando pide algo o que no sea compensado cuando ha dado algo? Yo soy rematadamente indigno y despreciable a sus ojos, tanto que no me consideran merecedor de ningún bien, pese a que Yo les he dado todo lo bueno.

Madre mía, tú has saboreado más de mi sabiduría que los demás y nada más que la verdad ha salido de tus labios. Tampoco de mis labios puede salir otra cosa más que la verdad. En presencia de todos los santos Yo me exculparé a mí mismo ante el primer hombre, el que dijo que Yo tenía un cuerpo indigno. Demostraré que, de hecho, poseo el cuerpo más noble, sin deformidad ni pecado, y ese hombre caerá en el eterno reproche para que todos lo vean. Al que dijo que mis palabras eran mentira y que no sabía si Yo era o no era Dios, le demostraré que Yo verdaderamente soy Dios y él se deslizará como el barro hasta el infierno. Y al tercero, al que sostuvo que Yo era indigno, lo condenaré al castigo eterno, de manera que nunca vea mi gloria ni mi gozo".

Entonces, le dijo a la esposa: "¡Mantente firme a mi servicio! Tú has resultado verte rodeada por un muro, como si dijéramos, del cual no puedes escapar ni excavar sus fundamentos. ¡Asume voluntariamente esta pequeña tribulación, y llegarás a experimentar el eterno descanso en mis brazos! Tú conoces la voluntad del Padre, escuchas las palabras del Hijo y conoces mi Espíritu. Obtienes deleite y consuelo en conversación con mi Madre y mis santos. Por ello ¡mantente firme! De lo contrario, llegarás a conocer esa justicia mía por la cual te verás forzada a hacer lo que, ahora amablemente, Yo te estoy alentando a que hagas.

Palabras del Señor a la esposa sobre la adhesión a la Nueva Ley; sobre cómo esa misma Ley es ahora rechazada y desestimada por el mundo; sobre cómo los malos sacerdotes no son sacerdotes de Dios sino traidores de Dios, y acerca de su maldición y condena.

Capítulo 47

Yo soy el Dios que, en un tiempo, fui llamado el Dios de Abraham, el Dios de Isaac y el Dios de Jacob. Yo soy el Dios que di la Ley a Moisés. Esta Ley era como una vestidura. Igual que una madre embarazada prepara los vestidos para su niño, así Dios preparó la Ley, que era como la ropa, sombra y señal de los tiempos venideros. Yo me vestí y me envolví a mí mismo con las vestiduras de la nueva Ley. Cuando un niño crece, sus ropas son cambiadas por otras nuevas.

De igual manera, cuando las vestiduras de la Vieja Ley estaban a punto de ser abandonadas, Yo me vestí con la nueva ropa, o sea, con la Nueva Ley, y se la di a todos lo que quisieron tenerme a mí y a mi ropaje. Esta ropa no es ni muy apretada ni difícil de llevar sino que está bien proporcionada por todas partes. No obliga a las personas a ayunar o a trabajar demasiado, ni a matarse, ni a hacer nada que esté más allá de los límites de sus posibilidades, sino que es provechosa para el alma y conducente a la moderación y castigo del cuerpo.

Porque, cuando el cuerpo se adhiere demasiado al pecado, este pecado consume al cuerpo. Dos cosas pueden hallarse en la Nueva Ley. Primera, una prudente templanza y el recto uso de todos los bienes espirituales y físicos. Segunda, una gran facilidad para mantenerse en la Ley por el hecho de que, una persona que no puede mantenerse en un estado, puede quedarse en el otro. Aquí uno puede ver que una persona que no podía vivir celibato, todavía puede vivir en un matrimonio con honor, podía levantar otra vez y seguir. Pero, ahora Mi ley esta rechazada y despreciada.

La gente dice que la Ley es demasiado estrecha, pesada y nada atractiva. La llaman estrecha porque nos obliga a contentarnos con lo que es necesario y a abandonar lo que es superfluo. Pero ellos quieren tener de todo más allá de la razón y más de lo que el cuerpo puede acarrear, como si fueran reses. Es por esto que les parece muy apretada o estricta. En segundo lugar, dicen que es pesada porque la Ley dice que uno debe ser indulgente con los deseos de placer ateniéndose a la razón y en momentos determinados. Pero ellos quieren ser indulgentes con el placer más de lo que les conviene y más allá de lo delimitado. Tercero, dicen que no es atractiva porque la Ley les ordena que amen la humildad y que atribuyan a Dios todo lo bueno. Quieren ser orgullosos y ensalzarse a sí mismos por los buenos regalos que Dios les ha dado, y es por esto que la Ley no es atractiva para ellos.

¡Mira cómo desprecian ellos las vestiduras que Yo les di! Yo terminé con las formas antiguas e introduje las nuevas para que duraran hasta el día en que Yo volviera para el Juicio, porque los viejos caminos eran demasiado difíciles. Pero ellos, afrentosamente, han descartado las ropas con las que Yo cubrí el alma, es decir, una fe ortodoxa. Encima de todo eso, añaden pecado a pecado porque también quieren traicionarme.

¿No dice David en el Salmo 'Aquel que comió de mi pan planeó la traición contra mí'? Yo quiero que anotes dos cosas en estas palabras. Primero, él no dice "planea" sino "planeó", como si fuera algo ya pasado.

Segundo, él apunta sólo a un hombre como el traidor. Sin embargo, Yo digo que son todos aquellos que en el presente me traicionan, no los que han sido ni los que serán, sino aquellos que aún están vivos. Digo también que no es sólo una persona sino mucha gente. Pero tú me puedes preguntar: '¿No hay dos tipos de pan, uno invisible y espiritual en el que viven los ángeles y los santos y otro que pertenece a la tierra, mediante el cual se alimentan los hombres? ¿Pero, si ángeles y santos no desean nada que no esté de acuerdo con tu voluntad, y los hombres no pueden hacer nada que tú no aceptes, cómo pueden traicionarte?'

En presencia de mi Corte Celestial, que sabe y ve todo en mí, respondo por tu bien, de forma que puedas comprender: Hay, de hecho, dos tipos de pan. Uno que es de los ángeles, que comen mi pan en mi Reino y están colmados de mi gloria indescriptible. Ellos no me traicionan porque no quieren nada más que lo que yo quiero. Pero aquellos que toman mi pan en el altar me traicionan. Yo soy verdaderamente ese pan. Tres cosas se pueden percibir en ese pan: la forma, el sabor y la redondez. Yo soy, de hecho, ese pan y –al igual que el pan—tengo tres cosas en mí: sabor, forma y redondez. Sabor, porque todo es insípido, insustancial y carente de sentido sin mí, lo mismo que una comida sin pan no tiene sabor y no es nutritiva. Yo también tengo la forma del pan, en cuanto que Yo soy de la tierra.

Soy de la Madre Virgen, mi Madre es la de Adán, Adán es de la tierra. También tengo redondez en cuanto que no existe principio ni fin, porque yo no tengo ni principio ni fin. Nadie puede encontrarle un fin o un principio a mi sabiduría, a mi poder o caridad. Yo estoy en todas las cosas, sobre todas las cosas y más allá de todas las cosas. Aún si alguien volara perpetuamente como una flecha, sin parar, nunca encontraría un final o un límite a mi poder y a mi fuerza. A través de esas cosas, sabor, forma y redondez, Yo soy el pan que parece y sabe a pan en el altar, pero que se transforma en mi cuerpo que fue crucificado. Igual que cualquier materia fácilmente inflamable es rápidamente consumida cuando se coloca en el fuego, y no queda nada de la forma de la madera sino que todo se convierte en fuego, así también sucede cuando se dicen estas palabras:

'Éste es mi Cuerpo', lo que antes era pan se convierte inmediatamente en mi cuerpo. Se hace una llama, no mediante el fuego como con la madera sino mediante mi divinidad. Por ello, aquellos que comen mi pan me traicionan ¿Qué clase de asesinato puede ser más aborrecible que cuando alguien se mata a sí mismo? ¿O qué traición podría ser peor que cuando, entre dos personas unidas por un vínculo indisoluble, como una pareja de casados, una traiciona a la otra? ¿Qué hace uno de los esposos para traicionar al otro? Él le dice a ella, a modo de engaño: '¡Vamos a tal y tal sitio, de forma que yo pueda hacer mi porvenir contigo!'

Ella va con él en toda la simplicidad, preparada para satisfacer cualquier deseo de su marido. Pero, cuando él encuentra la oportunidad y el lugar, arroja contra ella tres armas traicioneras. O bien emplea algo lo suficientemente pesado como para matarla de un golpe, o lo suficientemente afilado como para rebanar exactamente sus órganos vitales, o algo tan asfixiante que sofoca directamente en ella el espíritu de vida. Entonces, cuando ella ha muerto, el traidor piensa para sus adentros: 'Ahora he obrado mal. Si mi crimen sale a la luz y se hace público, seré condenado a muerte'. Entonces él se lleva el cuerpo de la mujer a algún lugar escondido, de forma que su pecado no sea descubierto.

Esta es la forma en la que soy tratado por los sacerdotes que me traicionan. Porque ellos y yo estamos unidos mediante un solo vínculo cuando ellos toman el pan y, pronunciando las palabras, lo transforman en mi verdadero Cuerpo, que yo recibí de la Virgen. Ninguno de los ángeles puede hacer esto. Yo les he dado sólo a los sacerdotes esa dignidad y les he seleccionado de entre las más altas órdenes. Pero ellos me tratan como traidores. Ponen una cara feliz y complaciente para mí y me llevan a un lugar escondido en el que puedan traicionarme. Estos sacerdotes ponen cara de felicidad, aparentando ser buenos y simples. Me llevan a la cámara escondida cuando se acercan al altar. Allí Yo soy como la novia o la recién casada, dispuesta a complacer todos sus deseos y, en lugar de eso, me traicionan.

Primero me golpean con algo pesado, cuando el Oficio Divino, que ellos recitan para mí, se vuelve pesaroso y cargante para ellos. De buena gana dirían cien palabras para el bien del mundo que una sola en mi honor. Antes darían cien lingotes de oro por el bien del mundo que un solo céntimo en mi honor. Trabajarían cien veces por su propio beneficio antes que una sola vez en mi honor. Ellos me presionan con este pesado fardo, tanto que es como si estuviese muerto en sus corazones. En segundo lugar, me atraviesan como con una afilada cuchilla que penetra mis órganos vitales cada vez que un sacerdote sube al altar, sabiendo que ha pecado y se arrepiente, pero está firmemente decidido a volver a pecar una vez que ha terminado su oficio. Éste dice para sus adentros: 'Yo, de hecho, me arrepiento de mi pecado, pero no pienso dejar a la mujer con la que he pecado hasta que ya no pueda pecar más'. Esto me perfora como la más afilada de las cuchillas.

Tercero, es como si asfixiaran mi Espíritu cuando piensan para sus adentros: 'Es bueno y agradable estar en el mundo, es bueno ser indulgente con los deseos y no me puedo contener. Haré eso mientras sea joven y, cuando me haga mayor ya me abstendré y enmendaré mis caminos. Por este perverso pensamiento ellos sofocan el espíritu de la vida. ¿Pero cómo sucede esto? Pues bien, el corazón de éstos se vuelve tan frío y tibio hacia mí y hacia cada virtud que nunca más puede ser calentado o renacer a mi amor.

Igual que el hielo no coge fuego ni aunque se sostenga encima de una llama sino que tan solo se derrite, de la misma manera, aún si Yo les di mi gracia y ellos escuchan palabras de advertencia, no vuelven a levantarse a la forma de la vida, sino que apenas crecen estériles y flojos respecto de cada una de las virtudes. Y así me traicionan en que aparentan ser simples cuando, en realidad, no lo son, y están deprimidos y

disgustados a la hora de darme la gloria, en lugar de regocijarse en ello, y también en que intentan pecar y continúan pecando hasta el final.

También me ocultan, por decirlo de alguna manera, y me colocan en un lugar escondido, cuando piensan en sus adentros: 'Sé que he pecado, pero si me abstengo de realizar el Oficio, seré avergonzado y todos me van a condenar'. Así que, imprudentemente, suben al altar y me manejan a mí, verdadero Dios y verdadero hombre. Estoy como si me hallara con ellos en un lugar escondido, puesto que nadie sabe ni se da cuenta de lo corruptos y sinvergüenzas que son.

Yo, Dios, estoy ahí tendido frente a ellos como en un encubrimiento, porque, aún cuando el sacerdote es el peor de los pecadores y pronuncia estas palabras "Este es mi Cuerpo", él aún consagra mi Verdadero Cuerpo, y Yo, Verdadero Dios y Hombre, me tiendo ahí ante él. Cuando me pone en su boca, sin embargo, Yo ya no estoy presente para él en la gracia de mis naturalezas divina y humana –sólo queda para él la forma y el sabor del pan—no porque yo no esté realmente presente para los perversos igual que para los buenos, debido a la institución del Sacramento, sino porque los buenos y los perversos no lo reciben con el mismo efecto.

Mira, ¡esos sacerdotes no son mis sacerdotes sino, en realidad, mis traidores! Ellos también me venden y me traicionan, como Judas. Yo miro a los paganos y a los judíos pero no veo a nadie peor que estos sacerdotes, dado que han caído en el pecado de Lucifer. Ahora, déjame decirte su sentencia y a quién se asemejan. Su sentencia es la condena. David condenó a aquellos que desobedecían a Dios, no por ira o por mala voluntad ni por impaciencia sino debido a la divina justicia, porque él era un honrado profeta y rey. Yo, también, que soy mayor que David, condeno a estos sacerdotes, no por la ira ni la mala voluntad sino por la justicia.

Maldito sea todo lo que toman de la tierra para su propio provecho, porque no alaban a su Dios y Creador que les dio esas cosas. Maldito sea el alimento y la bebida que entra por sus bocas y que alimenta sus cuerpos para que se conviertan en alimento de los gusanos y destinen sus almas al infierno. Malditos sean sus cuerpos, que se levantarán de nuevo en el infierno para ser abrasados sin fin. Malditos sean los años de sus vidas inútiles. Maldita sea su primera hora en el infierno, que nunca terminará. Malditos sean por sus ojos, que vieron la luz del Cielo.

Malditos sean por sus oídos que oyeron mis palabras y permanecieron indiferentes. Malditos sean por su sentido del gusto, por el cual paladearon mis manjares. Malditos sean por su sentido del tacto, mediante el cual me manejaron. Malditos sean por su sentido del olfato, por el cual olieron exquisitos aromas y me descuidaron a Mí, que soy el más exquisito de todos.

Ahora, ¿Cómo son exactamente malditos? Pues bien, su visión está maldita porque no disfrutarán de la visión de Dios en sí sino que tan solo verán sombras y castigos del infierno. Sus oídos están malditos porque ellos no oirán mis palabras sino tan sólo el clamor y los horrores del infierno. Su sentido del gusto está maldito, porque no degustarán los bienes y el gozo eternos sino la eterna amargura. Su sentido del tacto está maldito, porque no conseguirán tocarme sino tan sólo al fuego perpetuo.

Su sentido del olfato está maldito, porque no olerán ese dulce aroma de mi Reino, que sobrepasa a todas las esencias, sino que sólo tendrán el hedor del infierno, que es más amargo que la bilis y peor que sulfuro. Sean malditos por la tierra y el cielo y por todas las bestias. Esas criaturas obedecen y glorifican a Dios, mientras que ellos le han rehuido. Por ello, Yo prometo por la verdad, Yo que soy la Verdad, que si ellos mueren así, con esa disposición, ni mi amor ni mi virtud les cubrirá. Por el contrario, serán condenados para siempre.

Sobre cómo, en presencia de la Corte Celestial y de la esposa, la divina naturaleza habla a la naturaleza humana contra los cristianos, igual que Dios habló a Moisés contra el pueblo; sobre los sacerdotes condenables, que aman el mundo y desprecian a Cristo, y sobre su castigo y maldición.

Capítulo 48

La Corte Celestial fue vista en el Cielo y Dios les dijo: "Mirad, por el bien de esta esposa mía, aquí presente, que me dirijo a vosotros, amigos míos que me estáis escuchando, vosotros que sabéis, comprendéis y veis todo en mí. Como si alguien hablase consigo mismo, mi naturaleza humana le va a hablar a mi naturaleza divina. Moisés estuvo con el Señor en la montaña cuarenta días y cuarenta noches. Cuando el pueblo vio que él se había marchado por largo tiempo, tomaron oro, lo fundieron en el fuego y crearon con él un becerro al que llamaron su dios. Entonces, Dios le dijo a Moisés: 'El pueblo ha pecado. Los eliminaré, igual que se borran las letras de un libro'.

Moisés respondió: '¡No lo hagas Señor! Recuerda cómo los guiaste desde el Mar Rojo y obraste maravillas por ellos. ¿Si los eliminas, dónde quedará entonces tu promesa? No lo hagas, te lo ruego, pues tus enemigos dirán: El Dios de Israel es malvado, condujo a la gente desde el mar y los mató en el desierto'. Y Dios se aplacó con estas palabras.

Yo soy Moisés, figuradamente hablando. Mi naturaleza divina habla a mi naturaleza humana, igual que lo hizo con Moisés, diciéndole: '¡Mira lo que ha hecho tu pueblo, mira cómo me han despreciado! Todos los cristianos morirán y su fe quedará borrada'. Mi naturaleza humana responde: 'No, Señor. ¡Recuerda cómo dirigí al pueblo a través del mar por mi sangre, cuando fui apaleado desde la planta de mis pies hasta la coronilla de mi cabeza! Yo les prometí la vida eterna. ¡Ten misericordia de ellos, por mi pasión! Cuando la naturaleza divina oyó esto, se

apiadó de él y le dijo: ‘¡Así sea, pues se te ha dado todo el juicio!’. ¡Fijaos cuánto amor, amigos míos!

Pero ahora, en vuestra presencia, mis amigos espirituales, mis ángeles y santos, y en presencia de mis amigos corpóreos, que están en el mundo aunque sólo lo están en su cuerpo, me lamento de que mi gente esté acumulando leña, encendiendo una hoguera y arrojando oro en ella de la que emerge un becerro para que ellos lo adoren como a un dios. Como un becerro, se sostienen a cuatro patas y tienen una cabeza, una garganta y un rabo.

Cuando Moisés se retrasaba en la montaña, la gente decía: ‘No sabemos qué ha podido ocurrirle’. Se lamentaron de que les hubiese guiado para salir de su cautiverio y dijeron: ‘¡Vamos a hacer otro dios que nos dirija!’. Así es como estos malditos sacerdotes me están tratando ahora. Ellos dicen: ¿Por qué vivimos una vida más austera que los demás? ¿Cuál es nuestra compensación? Estaríamos mejor si viviéramos sin preocupaciones, en la abundancia. ¡Vamos, pues, a amar al mundo del cual tenemos certeza! Al fin y al cabo, no estamos seguros de su promesa’. Así, reúnen leña, o sea, aplican todos sus sentidos a amar al mundo. Encienden una hoguera cuando todo su deseo es para el mundo, y arden a medida que crece su codicia en su mente y termina resultando en obras.

Después, le arrojan oro, que significa que todo el amor y respeto que me deberían profesar lo dedican a obtener el respeto del mundo. Entonces, emerge el becerro, es decir, el amor total del mundo, con sus cuatro patas de indolencia, impaciencia, alegría superflua y avaricia. Estos sacerdotes, que deberían ser míos, sienten pereza a la hora de honrarme, impaciencia ante el sufrimiento, se exceden en vanas alegrías y nunca se conforman con lo que consiguen. Este becerro también tiene una cabeza y una garganta, es decir, un deseo de glotonería que nunca se aplaca, ni aunque se tragara el mar entero.

El rabo del becerro es su malicia, pues no dejan que nadie mantenga su propiedad, extorsionan siempre que pueden. Por su ejemplo inmoral y su desprecio, hieren y pervierten a los que me sirven. Así es el amor al becerro que hay en sus corazones, y en él se regocijan y deleitan. Piensan en mí igual que aquellos hicieron con Moisés: ‘Se ha ido por mucho tiempo –dicen--. Sus palabras parecen sin sentido y trabajar para él es muy pesado. ¡Hagamos lo que nos de la gana, dejemos que nuestras fuerzas y placeres sean nuestro dios! ¡No se contentan, tampoco, quedándose ahí y olvidándome por completo sino que, encima, me tratan como a un ídolo!

Los gentiles acostumbraban a adorar pedazos de madera, piedras y personas muertas. Entre otros, adoraban a un dios cuyo nombre era Belcebú. Sus sacerdotes le ofrecían incienso, genuflexiones y gritos de alabanza. Todo lo que era inútil en su ofrenda de sacrificios se arrojaba al suelo y las aves y moscas se lo comían. Pero los sacerdotes solían quedarse con todo aquello que pudiera resultarles útil. Entonces, echaban un cerrojo a la puerta de su ídolo y guardaban la llave personalmente, de forma que nadie pudiese entrar.

Así es como los sacerdotes me tratan en estos tiempos. Me ofrecen incienso, o sea, hablan y predican bellas palabras a la gente para conseguir respecto hacia sí mismos y provechos temporales, pero no por amor a mí. Y lo mismo que no se puede sujetar el aroma del incienso, aunque lo huelas y lo veas, tampoco sus palabras tienen efecto alguno en las almas como para echar raíces y mantenerse en sus corazones, sino que son palabras que sólo se oyen y complacen pasajeramente.

Ofrecen oraciones, pero no todas son de mi agrado. Como quien grita alabanzas con sus labios pero mantiene su corazón callado, se mantienen cerca de mí rezando con los labios pero en el corazón merodean por el mundo. Sin embargo, cuando hablan con una persona de rango, mantienen su mente en lo que dicen para no cometer errores que podrían ser observados por otros. En mi presencia, sin embargo, los sacerdotes son como hombres atontados que dicen una cosa con la boca y tienen otra en el corazón. La persona que los escuche no puede tener certeza sobre ellos. Doblan sus rodillas ante mí, es decir, me prometen humildad y obediencia, pero en realidad son tan humildes como Lucifer. Obedecen a sus propios deseos, no a mí.

También me encierran y se guardan la llave personalmente. Se abren a mí y me ofrecen alabanzas cuando dicen ‘¡Hágase tu voluntad en la tierra como en el cielo!’ Pero después me vuelven a encerrar al poner en práctica sus propios deseos, mientras que los míos se vuelven como los de un hombre preso e impotente porque no puedo ser visto ni oído. Ellos guardan la llave personalmente en el sentido de que, por su ejemplo, también conducen al extravío a los que quieren seguir mi voluntad y, si pudieran, evitarían que saliera mi voluntad y se cumpliese, excepto cuando ésta se ajustase a su propio deseo.

Se quedan con todo lo que, en las ofrendas de sacrificios, es útil para ellos y exigen todos sus derechos y privilegios. Sin embargo, parecen considerar inútiles los cuerpos de las personas que caen al suelo y mueren. Para ellos están obligados a ofrecer el sacrificio más importante, pero los dejan ahí para las moscas, o sea, para los gusanos. No se preocupan ni se molestan por los derechos de esas personas ni por la salvación de las almas.

¿Qué fue lo que se dijo a Moisés? ‘¡Mata a los que hicieron este ídolo!’ Algunos fueron eliminados, pero no todos. Así pues, mis palabras vendrán ahora y los matarán, a algunos en cuerpo y en alma a través de la condenación eterna; a otros en vida, para que se conviertan y vivan; otros aún mediante una muerte repentina, al tratarse de sacerdotes que me son totalmente odiosos ¿Con qué los voy a comparar? De hecho son como los frutos del brezo, que por fuera son bonitos y rojos pero por dentro están llenos de impurezas y de espinas.

Igualmente, estos hombres acuden a mí como rojos de caridad y a la gente le parecen puros, pero por dentro están llenos de porquería. Si

estos frutos se colocan en el suelo, de ellos salen y crecen más brotes de brezo. Así, estos hombres esconden su pecado y su maldad de corazón como en el suelo, y se vuelven tan arraigados en la maldad que ni siquiera se avergüenzan de mostrarse en público y alardear de su pecado. Por ellos, otras personas no sólo hallan ocasión de pecar sino que quedan seriamente dañadas en su alma, pensando para sus adentros: 'Si los sacerdotes hacen esto, más lícito será que lo hagamos nosotros'.

Ocurre, así, que no sólo se parecen a la fruta del bierzo sino también a sus espinas, en el sentido de que éstos desdeñan ser movidos por la corrección y la advertencia. Piensan que no hay nadie más sabio que ellos y que pueden hacer lo que les parezca. Por lo tanto, juro por mis naturalezas divina y humana, en la audiencia de todos los ángeles, que atravesaré la puerta que ellos han cerrado de mi voluntad. Mi voluntad se cumplirá y la suya será aniquilada y encerrada en un castigo sin fin. Entonces, como se dijo antiguamente, mi juicio comenzará con mi clero y desde mi propio altar".

Palabras de Cristo a la esposa sobre cómo Cristo es figuradamente comparado con Moisés, dirigiendo al pueblo fuera de Egipto, y sobre cómo los condenables sacerdotes, que Él ha elegido en lugar de los profetas como sus mejores amigos, gritan ahora: "¡Aléjate de nosotros!"

Capítulo 49

El Hijo habló: "Antes me he comparado figuradamente con Moisés. Cuando él guiaba al pueblo, el agua se sujetó como una pared, a la izquierda y a la derecha. De hecho Yo soy Moisés, figuradamente hablando. Yo guié al pueblo cristiano, es decir, abrí el Cielo para ellos y les mostré el camino. Pero ahora he elegido a otros amigos para mí, más especiales e íntimos que los profetas, en concreto, mis sacerdotes. Éstos no solo oyen y ven mis palabras, cuando me ven a mí, sino que hasta me tocan con sus manos, cosa que ni los profetas ni los ángeles pudieron hacer.

Estos sacerdotes, que Yo escogí como amigos en lugar de los profetas, me aclaman, pero no con deseo y amor como hicieron los profetas, sino que me aclaman con dos voces opuestas. No me aclaman con hicieron los profetas: '¡Ven, Señor, porque eres bueno!' En lugar de esto, los sacerdotes me gritan: '¡Apártate de nosotros, pues tus palabras son amargas y tus obras son pesadas y nos resultan escandalosas!' ¡Fíjate lo que dicen estos condenables sacerdotes!

Estoy ante ellos como la más mansa de las ovejas, ellos obtienen de mí lana para sus vestidos y leche para su refresco, y aún así me aborrecen por amarles tanto. Estoy ante ellos como un visitante que dice: '¡Amigo, dame lo necesario, que no lo tengo, y recibirás la máxima recompensa de Dios!' Pero, a cambio de mi mansa simplicidad, me arrojan afuera, como si fuera un lobo mentiroso en espera de la oveja principal. En lugar de darme su acogida me tratan como a un traidor indigno de hospitalidad y se niegan a alojarme.

¿Qué hará entonces el visitante rechazado? ¿Se armará contra el anfitrión, que lo echa fuera de su casa? De ninguna manera. Eso no sería justo, pues el propietario puede dar o negar su propiedad a quien él quiera. ¿Qué hará, pues, el visitante? Ciertamente, habrá de decirle a quien lo rechaza: 'Amigo, sí tú no quieres alojarme, me iré a otro que se apiade de mí'. Y, yéndose a otro lugar, podrá oír de un nuevo anfitrión: 'Bienvenido, señor, todo lo que tengo es tuyo. ¡Sé tú ahora el amo! Yo seré tu siervo y tu invitado'.

Esos son los tipos de casa en los que me gusta estar, donde oigo esas palabras. Yo soy como el visitante rechazado por los hombres. Aunque puedo entrar en cualquier lugar, en virtud de mi poder, aún así, bajo el mandato de la justicia, tan sólo entro allí donde las personas me reciben de buena voluntad como a su verdadero Señor, no como a un huésped, y confían su propia voluntad en mis manos".

Palabras de mutua alabanza de la Madre y el Hijo, sobre la gracia concedida por el Hijo a su Madre para las almas del purgatorio y los que aún están en este mundo.

Capítulo 50

María habló a su Hijo diciéndole: "¡Bendito sea tu nombre, Hijo mío, bendita y eterna sea tu divina naturaleza, que no tiene principio ni fin! En tu naturaleza divina hay tres atributos maravillosos de poder, sabiduría y virtud. Tu poder es como la más ardiente de las llamas ante la cual cualquier cosa firme y fuerte, así como la paja seca, pasará por el fuego. Tu sabiduría es como el mar, que nunca se puede vaciar debido a su abundancia, y que cubre valles y montañas cuando aumenta y las inunda. Es igualmente imposible comprender y penetrar tu sabiduría. ¡Qué sabiamente has creado a la humanidad y la has establecido sobre toda tu creación!

¡Qué sabiamente ordenaste a las aves en el aire, a las bestias en la tierra, a los peces en el mar, dando a cada uno su propio tiempo y lugar! ¡Qué maravillosamente a todo das la vida y se la quitas! ¡Qué sabiamente das conocimiento a los incipientes y se lo quitas a los soberbios! Tu virtud es como la luz del sol, que brilla en el cielo y llena la tierra con su resplandor. Tu virtud, de esa manera, satisface lo alto y lo bajo y llena todas las cosas. ¡Por eso, bendito seas Hijo mío, que eres mi Dios y mi Señor!".

El Hijo respondió: “Mi querida Madre, tus palabras me resultan dulces, pues proceden de tu alma. Eres como la aurora que avanza en clima sereno. Tú iluminas los Cielos; tu luz y tu serenidad sobrepasan a todos los ángeles. Por tu serenidad atrajiste a ti al verdadero sol, es decir, a mi naturaleza divina, tanto que el sol de mi divinidad vino hasta ti y se asentó en ti. Por su candor, tú recibiste el candor de mi amor más que todos los demás y, por su esplendor, fuiste iluminada en mi sabiduría más que todos los demás. Las tinieblas fueron arrojadas de la tierra y todos los cielos se alumbraron a través de ti.

En verdad Yo digo que tu pureza, más agradable para mí que todos los ángeles, atrajo tanto a mi divinidad hasta ti que fuiste inflamada por el calor del Espíritu. En Él tú engendraste al verdadero Dios y hombre, resguardado en tu vientre, por el que la humanidad ha sido iluminada y los ángeles colmados de alegría. ¡Así, bendita seas por tu bendito Hijo! Y por ello, ninguna petición tuya llegará a mí sin ser escuchada. Cualquiera que pida misericordia a través de ti y tenga intención de enmendar sus caminos conseguirá gracia. Como el calor viene del sol, igualmente toda la misericordia será dada a través de ti. Eres como un abundante manantial del que mana toda la misericordia para los desdichados”.

A su vez, la Madre respondió al Hijo: “¡Tuyos sean todo el poder y la gloria, Hijo mío! Eres mi Dios y mi merced. Todo lo bueno que tengo viene de ti. Eres como una semilla que, aún sin ser sembrada, creció y dio cientos y miles de frutos. Toda misericordia emana de ti y aún, siendo incontable e indecible, puede simbolizarse por el número cien, que representa la perfección, pues todo lo perfecto y la perfección se deben a ti. El Hijo respondió a la Madre: “Madre, me has comparado correctamente a una semilla que nunca fue sembrada y aún así creció, pues en mi divina naturaleza Yo acudí a ti y mi naturaleza humana no fue sembrada por inseminación alguna y aún así crecí en ti, y la misericordia emanó desde ti para todos. Has hablado correctamente. Ahora, pues, porque extraes de mí misericordia por la dulzura de tus palabras, pídeme lo que desees y se te dará”.

La madre agregó: “Hijo mío, por haber conseguido de ti la misericordia, te pido que tengas misericordia de los desgraciados y los ayudes. Al fin y al cabo hay cuatro lugares. El primero es el cielo, donde los ángeles y las almas de los santos no necesitan nada más que a ti y te tienen, pues ellos poseen todo bien en ti. El segundo lugar es el infierno, y aquellos que viven allí están llenos de maldad, por lo que están excluidos de cualquier piedad. Así, nada bueno puede entrar en ellos nunca más. El tercero es el lugar de los que son purgados. Éstos necesitan una triple merced, pues están triplemente afligidos. Sufren en su audición, pues no oyen nada más que lamentos, dolor y miseria. Son afligidos en su vista, pues no ven más que su propia miseria. Son afligidos en su tacto, pues tan sólo sienten el calor del fuego insoportable de su angustioso sufrimiento ¡Asegúrales tu misericordia, Señor mío, Hijo mío, por mis ruegos!”.

El Hijo contestó: “Con gusto les garantizaré una triple misericordia, por ti. En primer lugar, su audición será aliviada, su vista será mitigada y su castigo será reducido y suavizado. Además, desde este momento, aquellos que se encuentren en el mayor de los castigos del purgatorio pasarán a la fase intermedia, y los que estén en la fase intermedia avanzarán a la condena más leve. Los que estén en la condena más leve cruzarán hacia el descanso”. La madre respondió: “¡Alabanzas y honor a ti, mi Señor!” Y, de inmediato, añadió: “El cuarto lugar es el mundo. Sus habitantes necesitan tres cosas: primera, contrición por sus pecados; segunda, reparación; tercera, fuerza para obrar el bien”.

El Hijo respondió: “A todo el que invoque mi nombre y tenga esperanza en ti junto con el propósito de enmienda por sus pecados, esas tres cosas se les darán, además del Reino de los Cielos. Tus palabras son tan dulces para mí que no puedo negarte nada de lo que me pidas, pues tú no quieres nada más que lo que Yo quiero. Eres como una llama brillante y ardiente por la que las antorchas apagadas se reencienden y, una vez reencendidas, crecen en fuerza. Gracias a tu amor, que subió hasta mi corazón y me atrajo a ti, aquellos que han muerto por el pecado revivirán y los que estén tibios, y oscuros como el humo negro, se fortalecerán en mi amor”.

Palabras de la Madre de alabanza al Hijo y sobre cómo el Hijo glorioso compara a su dulce Madre con un lirio del campo.

Capítulo 51

La Madre habló a su Hijo diciéndole: “¡Bendito sea tu nombre, Hijo mío, Jesucristo! ¡Alabada sea tu naturaleza humana que sobrepasa a toda la creación! ¡Gloria a tu naturaleza divina sobre todas las bondades! Tus naturalezas divina y humana son un solo Dios”. El Hijo respondió: “Madre mía, eres como una flor que ha crecido en un valle a cuyo alrededor hay cinco montañas. La flor ha crecido de tres raíces y tiene un tallo muy derecho, sin nudos. Esta flor tiene cinco pétalos suavísimos. El valle y su flor sobrepasaron a las cinco montañas y los pétalos de la flor se extienden sobre cada altura del cielo y sobre todos los coros de ángeles.

Tú, mi querida Madre, eres ese valle en virtud de la gran humildad que posees en comparación con los demás. Éste sobrepasa a las cinco montañas. La primera montaña fue Moisés, debido a su poder. Porque mantuvo el poder sobre mi pueblo por medio de la Ley, como si lo sostuviera firme en su puño. Pero tú mantuviste al Señor de toda Ley en tu vientre y, por ello, eres más alta que esa montaña. La segunda montaña fue Elías, quien fue tan santo que su cuerpo y su alma ascendieron al lugar sagrado. Tú, sin embargo, querida Madre, fuiste asunta en alma al trono de Dios sobre todos los coros de los ángeles y tu más puro cuerpo está allí junto a tu alma. Tú, por tanto, mi querida Madre, eres más alta que Elías.

La tercera montaña fue la gran fuerza que poseía Sansón en comparación con otros hombres. Aún así, el demonio lo venció con argucias. Pero tú venciste al demonio por tu fuerza. Así pues, tú eres más fuerte que Sansón. La cuarta montaña fue David, un hombre acorde con mi corazón y deseos, que sin embargo cayó en el pecado. Pero tú, Madre mía, te sometiste completamente a mi voluntad y nunca pecaste. La quinta montaña era Salomón, quien estaba lleno de sabiduría, pero pese a ello se hizo fatuo. Tú, en cambio, Madre, estabas llena de toda la sabiduría y nunca fuiste ignorante ni engañada. Eres, pues, más alta que Salomón.

La flor brotó de tres raíces en el sentido de que tú poseíste tres cualidades: obediencia, caridad y entendimiento divino. De estas tres raíces creció el más derecho de los tallos, sin un solo nudo, es decir, tu voluntad no se inclinó a nada más que a mi deseo. La flor también tenía cinco pétalos más altos que todos los coros de los ángeles. Tú, Madre mía, eres en efecto la flor de esos cinco pétalos. El primer pétalo es tu nobleza, que es tan grande que mis ángeles, que son nobles en mi presencia, al observar tu nobleza la vieron por encima de ellos y más exaltada que su propia santidad y nobleza.

Tu eres, por tanto, más alta que los ángeles. El segundo pétalo es tu misericordia, que fue tan grande que, cuando viste la miseria de las almas, te compadeciste de ellas y sufriste enormemente el dolor de mi muerte. Los ángeles están llenos de misericordia, aún así, nunca sufren dolor. Tú, sin embargo, amada Madre, tuviste piedad de los miserables a la vez que experimentaste todo el dolor de mi muerte y, por esta merced, preferiste sufrir el dolor que librarte de él. Es por esto que tu misericordia sobrepasó a la de todos los ángeles.

El tercer pétalo es tu dulce amabilidad. Los ángeles son dulces y amables, desean el bien para todos, pero tú, mi queridísima Madre, tuviste tan buena voluntad como un ángel, en tu alma y en tu cuerpo antes de tu muerte, e hiciste el bien a todos. Y ahora no rehúsas atender a nadie que rece razonablemente por su propio bien. Así, tu amabilidad es más excelente que la de los ángeles. El cuarto pétalo es tu pulcritud. Cada uno de los ángeles admira la pureza de los demás y ellos admiran la pulcritud de todas las almas y de todos los cuerpos. Sin embargo, ven que la pureza de tu alma está por encima del resto de la creación y que la nobleza de tu cuerpo excede a la de todos los seres humanos que han sido creados.

Así, tu pulcritud sobrepasa a la de todos los ángeles y toda la creación. El quinto pétalo fue tu gozo divino, pues nada te deleitó más que Dios, lo mismo que nada deleita a los ángeles más que Dios. Cada uno de ellos conoce y conoció su propio gozo dentro de sí. Pero cuando vieron tu gozo en Dios dentro de ti, les pareció a cada uno en su conciencia que su propia alegría resplandecía en ellos como una luz en el amor de Dios. Percibieron tu gozo como una grandísima hoguera, ardiendo con el más encendido de los fuegos, con llamaradas tan altas que se acercaban a mi divinidad. Por ello, dulcísimo Madre, tu divina alegría ardió muy por encima de la de los coros de los ángeles.

Esta flor, con estos cinco pétalos de nobleza, misericordia, amabilidad, pulcritud y sumo gozo, era dulcísima en todas sus facetas. Quien quiera que desee probar su dulzura debe acercarse a ella y recibirla dentro de sí. Esto fue lo que tú hiciste, buena Madre. Porque tú fuiste tan dulce para mi Padre que él recibió todo tu ser en su Espíritu y tu dulzura le deleitó más que ninguna. Por el calor y energía del sol, la flor también engendra una semilla y, de ella, crece un fruto. ¡Bendito sea ese sol, o sea, mi divina naturaleza, que adoptó la naturaleza humana de tu vientre virginal! Igual que una semilla hace brotar las mismas flores donde sea que se siembre, así los miembros de mi cuerpo son como los tuyos en forma y aspecto, pese a que yo fui hombre y tú mujer virgen. Este valle, con su flor, fue elevado sobre todas las montañas cuando tu cuerpo, junto a tu santísima alma, fue elevado sobre todos los coros de los ángeles".

Palabras de alabanza y oraciones de la Madre a su Hijo, para que sus palabras se difundan por todo el mundo y echen raíces en los corazones de sus amigos. Sobre cómo la propia Virgen es maravillosamente comparada a una flor que crece en un jardín, y sobre las palabras de Cristo, dirigidas a través de la Esposa al Papa y a otros prelados de la Iglesia.

Capítulo 52

La bendita Virgen habló al Hijo diciéndole: "¡Bendito seas, Hijo mío y Dios mío, Señor de los ángeles y Rey de la gloria! Ruego que las palabras que has pronunciado echen raíces en los corazones de tus amigos y se fijen en sus mentes como la brea con la que fue untada el arca de Noé, que ni las tormentas ni los vientos pudieron disolver. Que se extiendan por el mundo como ramas y dulces flores cuya esencia se impregna a lo largo y a lo ancho. Que también den frutos y crezcan dulces como el dátil cuya dulzura deleita el alma sin medida".

El Hijo respondió: "¡Bendita seas tú, mi queridísima Madre! Mi ángel Gabriel te dijo: '¡Bendita seas, María, sobre todas las mujeres!' Yo te doy testimonio de que eres bendita y más santa que todos los coros de los ángeles. Eres como una flor de jardín rodeada de otras flores fragantes, pero que a todas sobrepasa en fragancia, pureza y virtud. Estas flores representan a todos los elegidos desde Adán hasta el fin del mundo.

Fueron plantadas en el jardín del mundo y florecieron en diversas virtudes, pero, entre todos los que fueron y los que luego serán, tú fuiste la más excelente en fragancia de una vida buena y humilde, en la pureza de una gratísima virginidad y en la virtud de la abstinencia. Doy testimonio de que tú fuiste más que un mártir en mi pasión, más que un confesor en tu abstinencia, más que un ángel en tu misericordia y

buena voluntad. Por ti Yo fijaré mis palabras como la más fuerte de las breas en los corazones de mis amigos. Ellos se esparcirán como flores fragantes y portarán frutos como la más dulce y deliciosa de las palmeras".

Entonces, el Señor habló a la esposa: "Dile a tu amigo que debe procurar remitir estas palabras cuando escriba a su padre, cuyo corazón está de acuerdo con el mío, y él las dirigirá al arzobispo y, después a otro obispo. Cuando éstos hayan sido ampliamente informados, él ha de enviarlas a un tercer obispo. Dile, de mi parte: 'Yo soy tu Creador y el Redentor de almas. Yo soy Dios, a quien tú amas y honras sobre todos los demás. Observa y considera cómo las almas que redimí con mi sangre son como las almas de aquellos que no conocen a Dios, cómo fueron cautivas del demonio en forma tan espantosa que él las castiga en cada miembro de su cuerpo, como si las pasara por una prensadora de uvas.

Por tanto, si en algo sientes mis heridas en tu alma, si mis azotes y sufrimiento significan algo para ti, entonces demuestra con obras cuánto me amas. Haz que las palabras de mi boca se conozcan públicamente y tráelas personalmente hasta la cabeza de la Iglesia. Yo te daré mi Espíritu de forma que, donde sea que haya diferencias entre dos personas, tú las puedas unir en mi nombre y mediante el poder que se te da, si ellas creyesen. Como ulterior evidencia de mis palabras, presentarás al pontífice los testimonios de aquellas personas que prueban mis palabras y se deleitan con ellas. Pues mis palabras son como manteca que se deshace más rápidamente cuanto más caliente esté uno en su interior. Allí donde no hay calor, son rechazadas y no llegan a las partes más internas.

Mis palabras son así, porque cuanto más las come y las mastica una persona con caridad ferviente por mí, más se alimenta con la dulzura del deseo del Cielo y de amor interior, y más arde por mi amor. Pero aquellos que no gustan de mis palabras es como si tuvieran manteca en su boca. Cuando la prueban, la escupen y la pisotean en el suelo. Algunas personas desprecian así mis palabras porque no poseen gusto alguno de la dulzura de lo espiritual. El dueño de la tierra, a quien he escogido como uno de mis miembros y he hecho verdaderamente mío, te auxiliará caballerosamente y te abastecerá de las provisiones necesarias para tu camino, con medios correctamente adquiridos".

Palabras de mutua bendición y alabanza de la Madre y del Hijo, y sobre cómo la Virgen es comparada con el arca donde se guardan la vara, el maná y las tablas de la Ley. Muchos detalles maravillosos se contienen en esta imagen.

Capítulo 53

María habló al Hijo: "¡Bendito seas, Hijo mío, mi Dios y Señor de los ángeles! Eres ese cuya voz oyeron los profetas y cuyo cuerpo vieron los apóstoles, aquél a quien percibieron los judíos y tus enemigos. Con tu divinidad y humanidad, y con el Espíritu Santo, eres uno en Dios. Los profetas oyeron al Espíritu, los apóstoles vieron la gloria de tu divinidad y los judíos crucificaron tu humanidad. Por tanto, ¡bendito seas sin principio ni fin!" El Hijo contestó: "¡Bendita seas tú, pues eres Virgen y Madre! Eres el arca del Antiguo Testamento, en el que había estas tres cosas: la vara, el maná y las tablas.

Tres cosas fueron hechas por la vara. Primero, se transformó en serpiente sin veneno. Segundo, el mar fue dividido por ella. Tercero, hizo que saliera agua de la roca. Esta vara es un símbolo de mí, que descansé en tu vientre y asumí de ti la naturaleza humana. Primero, soy tan terrible para mis enemigos como lo fue la serpiente para Moisés. Ellos huyen de mí como de la vista de una serpiente; se aterrorizan al verme y me detestan como a una serpiente, aunque Yo no tengo veneno de maldad y soy pleno en misericordia. Yo permito que me sostengan, si lo desean. Vuelvo a ellos, si me lo piden. Corro hacia ellos, como una madre hacia su hijo perdido y hallado, si me llaman. Les muestro mi piedad y perdono sus pecados, si lo imploran. Hago esto por ellos y aún así me aborrecen como a una serpiente.

En segundo lugar, el mar fue dividido por esta vara, en el sentido de que el camino hacia el Cielo, que se había cerrado por el pecado, fue abierto por mi sangre y mi dolor. El mar fue, de hecho, desgarrado, y lo que había sido inaccesible se convirtió en camino cuando el dolor en todos mis miembros alcanzó mi corazón y mi corazón se partió por la violencia del dolor. Entonces, cuando el pueblo fue guiado por el mar, Moisés no les llevó directamente a la Tierra Prometida sino al desierto, donde podían ser testados e instruidos.

También ahora, una vez que la persona ha aceptado la fe y mi comando, no se la lleva directamente al Cielo, sino que es necesario que los seres humanos sean testados en el desierto, es decir, en el mundo, para ver hasta qué punto aman a Dios. Además, el pueblo provocó a Dios en el desierto por tres cosas: primero, porque hicieron un ídolo para sí mismos y lo adoraron; segundo, por el ansia de carne que habían tenido en Egipto; tercero, por soberbia, cuando quisieron ascender y luchar contra sus enemigos sin que Dios lo aprobara. Aún ahora, las personas en el mundo pecan contra mí de igual modo.

Primero, adoran a un ídolo porque aman al mundo y a todo lo que hay en él más que a mí, que soy el Creador de todo. De hecho, su Dios es el mundo y no Yo. Como dije en mi evangelio: 'Allí donde está el tesoro de un hombre está su corazón'. Su tesoro es el mundo porque tienen ahí su corazón y no en mí. Por tanto, lo mismo que aquellos perecieron en el desierto por la espada que atravesó su cuerpo, igualmente, éstos caerán por la espada del castigo eterno atravesando su alma y vivirán en eterna condena. Segundo, pecaron por concupiscencia de la carne.

He dado a la humanidad todo lo que necesita para una vida honesta y moderada, pero ellos desean poseerlo todo sin moderación ni discreción. Si su constitución física lo aguantase, estarían continuamente teniendo relaciones sexuales, bebiendo sin restricción, deseando sin

medida y, tan pronto como pudieran pecar, nunca desistirían de hacerlo. Por esa razón, a éstos les pasará lo mismo que a aquellos del desierto: morirán repentinamente. ¿Qué es el tiempo de esta vida cuando se compara con la eternidad si no un solo instante? Por tanto, debido a la brevedad de esta vida, ellos tendrán una rápida muerte física, pero vivirán eternamente en dolor espiritual. Tercero, pecaron en el desierto por orgullo, porque desearon lanzarse a la batalla sin la aprobación de Dios.

Las personas desean ir al Cielo por su propio orgullo. No confían en mí sino en ellos mismos, haciendo lo que quieren y abandonándome. Por lo tanto, igual que aquellos otros fueron matados por sus enemigos, así también, éstos serán muertos en su alma por los demonios y su tormento será interminable. Así, me odian como a una serpiente, adoran a un ídolo en mi lugar, y aman su propio orgullo en lugar de mi humildad. Sin embargo, soy tan piadoso que, si se dirigen a mí con un corazón contrito, me volveré hacia ellos como un padre entregado y les abriré los brazos.

En tercer lugar, la roca dio agua por medio de esta vara. Esta roca es el endurecido corazón humano. Cuando es perforado por mi temor y amor, afluyen enseguida las lágrimas de la contrición y la penitencia. Nadie es tan indigno ni tan malo que su rostro no se inunde de lágrimas ni se agiten todos sus miembros con la devoción cuando regresa a mí, cuando refleja mi pasión en su corazón, cuando recobra la conciencia de mi poder, cuando considera cómo mi bondad hace que la tierra y los árboles den frutos.

En el arca de Moisés, en segundo lugar, se conservó el maná. Así también en ti, Madre mía y Virgen, se conserva el pan de los ángeles de las almas santas y de los justos aquí en la tierra, a quienes nada complace más que mi dulzura, para quienes todo en el mundo está muerto y quienes, si fuese mi voluntad, con gusto vivirían sin nutrición física. En el arca, en tercer lugar, estaban las tablas de la Ley. También en ti descansa el Señor de todas las leyes. Por ello, ¡bendita seas sobre todas las criaturas en el Cielo y la tierra!".

Entonces, se dirigió a la esposa y le dijo: "Dile a mis amigos tres cosas. Cuando habité físicamente en el mundo, atemperé mis palabras de tal forma que fortalecieron a los buenos y los hicieron más fervientes. De hecho, los malvados se hicieron mejores, como fue claramente el caso de María Magdalena, Mateo y muchos otros. De nuevo, atemperé mis palabras de tal forma que mis enemigos no pudieron disminuir su fuerza. Por esa razón, que aquellos a quienes son enviadas mis palabras trabajen con fervor, de manera que los buenos se hagan más ardientes en su bondad por mis palabras y los perversos se arrepientan de su maldad; que eviten que mis enemigos obstruyan mis palabras.

No le hago más daño al demonio que a los ángeles del Cielo. Pues, si quisiera, podría muy bien pronunciar mis palabras de forma que las oyera todo el mundo. Soy capaz de abrir el infierno para que todos vean sus castigos. Sin embargo, eso no sería justo, pues las personas entonces me servirían por temor, cuando por lo que me tienen que servir es por amor. Pues sólo la persona que ama ha de entrar en el Reino de los Cielos. Es más, le estaría haciendo daño al demonio si me llevase conmigo a los esclavos que él adquiere, vacíos de buenas obras. También haría daño al ángel del cielo si el espíritu de una persona inmunda se pusiera en el mismo nivel de otro que está limpio y es ferviente en el amor.

Por consiguiente, nadie entrará en el Cielo, excepto aquellos que han sido probados como el oro en el fuego del purgatorio o quienes se han probado a sí mismos a lo largo del tiempo haciendo buenas obras en la tierra, de tal manera que no quede en ellos mancha alguna pendiente de ser purificada. Si tú no sabes a quién han de dirigirse mis palabras te lo voy a decir. Aquél que desea obtener méritos a través de las buenas obras para venir al Reino de los Cielos o quien ya lo ha merecido por buenas obras del pasado es digno de recibir mis palabras. Mis palabras han de ser desplegadas a los que son así y han de penetrar en ellos. Aquellos que sienten un gusto por mis palabras, y esperan humildemente que sus nombres se inscriban en el libro de la vida, conservan mis palabras. Aquellos que no las saborean, al principio las consideran pero después las rechazan y las vomitan inmediatamente.

Palabras de un ángel a la esposa sobre si el espíritu de sus pensamientos es bueno o malo; sobre cómo hay dos espíritus, uno increado y uno creado, y sobre sus características.

Capítulo 54

Un ángel habló a la esposa, diciendo: "Hay dos espíritus uno increado y uno creado. El increado tiene tres características. En primer lugar, es caliente, en segundo lugar es dulce y en tercer lugar es limpio. Primero, emite calor, no de las cosas creadas sino de sí mismo, pues, junto con el Padre y el Hijo, el es Creador de todas las cosas y todopoderoso. Él emana calor cuando toda el alma se inflama de amor por Dios. Segundo, es dulce, cuando nada complace ni deleita al alma más que Dios y la acumulación de sus obras. Tercero, es limpio y en Él no se puede hallar pecado ni deformidad, ni corrupción o mutabilidad.

Él no emana calor, como el fuego material o como el sol visible, haciendo que las cosas se derritan. Su calor es más bien el amor interno y el deseo del alma, que la llena y la agranda en Dios. Él es dulce para el alma, no de la misma forma en que lo es el vino o el placer sensual o algo que sea dulce en el mundo. La dulzura del Espíritu no se puede comparar con ninguna dulzura temporal y es inimaginable para aquellos que no la han experimentado. Tercero, el Espíritu es tan limpio como los rayos del sol, en los que no se puede encontrar mancha alguna.

El segundo, es decir, el espíritu creado también tiene tres características. Es ardiente, amargo e inmundo. Primero, quema y consume como el fuego, pues encandila al alma que posee con el fuego de la lujuria y el deseo depravado, de forma que el alma no puede ni pensar ni desear otra cosa que en satisfacer su deseo, hasta el punto de que, como resultado de ello, su vida temporal a veces se pierde con todo su honor y consolación. Segundo, es tan amargo como la hiel, pues al inflamar el alma con su lujuria los demás gozos se le hacen insulsos y los gozos eternos le parecen fatuos.

Todo lo que tiene que ver con Dios, y que el alma habría de hacer por Él, se le vuelve amargo y tan abominable como un vómito de bilis. Tercero, es inmundo, pues hace al alma tan vil y propensa al pecado que no se avergüenza de pecar ni desistiría de hacerlo si no fuera por que teme verse avergonzada ante otras personas, más que ante Dios. Es por esto que este espíritu arde como el fuego, porque quema por la iniquidad y encandila a los otros junto con él. También es por esto que este espíritu es amargo, porque todo lo bueno se le hace amargo y desea tornar lo bueno en amargo para los demás igual que hace consigo mismo. También es por esto que es inmundo, porque se deleita en la corrupción y busca hacer a los demás como a sí mismo.

Ahora bien, tú me puedes preguntar y decir: '¿Acaso no eres también tú un espíritu creado como ese? ¿Por qué no eres igual?' Yo te respondo: Por supuesto que estoy creado por el mismo Dios que también creó al otro espíritu, pues tan sólo hay un Dios, Padre, Hijo y Espíritu Santo, y estos no son tres dioses sino un solo Dios. Ambos fuimos bien hechos y creados por Dios, porque Dios tan sólo ha creado lo bueno. Pero Yo soy como una estrella, pues me he mantenido fiel en la bondad y en el amor de Dios, en quien fui creado, y él es como el carbón, porque ha abandonado el amor de Dios. Por ello, igual que una estrella tiene brillo y esplendor y el carbón es negro, un buen ángel, que es como una estrella, tiene su esplendor, o sea, el Espíritu Santo.

Pues todo lo que tiene lo tiene de Dios, del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Crece inflamado en el amor de Dios, brilla en su esplendor, se adhiere a él y se conforma a sí mismo con su voluntad sin querer nunca nada más que lo que Dios quiere. Es por esto que arde y es por esto que está limpio. El demonio es como feo carbón y es más feo que ninguna otra criatura, porque, igual que era más hermoso que los demás, tuvo que volverse más feo que los demás porque se opuso a su Creador. Igual que el ángel de Dios brilla con la luz de Dios y arde incesantemente en su amor, así el demonio está siempre quemándose en la angustia de su maldad. Su maldad es insaciable, como la gracia y la bondad del Espíritu Santo es indescriptible. No hay nadie en el mundo tan enraizado en el demonio que el buen Espíritu no lo visite alguna vez y mueva su corazón. Igualmente, tampoco hay nadie tan bueno que el demonio no trate de tocarlo con la tentación. Muchas personas buenas y justas son tentadas por el demonio con el permiso de Dios. Esto no es por maldad alguna de su parte sino para su mayor gloria.

El Hijo de Dios, uno en divinidad con el Padre y el Espíritu Santo, fue tentado en la naturaleza humana que tomó. ¡Cuánto más son sus elegidos puestos a prueba para una mayor recompensa! De nuevo, muchas buenas personas caen a veces en pecado y su conciencia se oscurece por la falsedad del demonio, pero ellos se vuelven a levantar robustecidos y se mantienen más fuertes que antes mediante el poder del Espíritu Santo. Sin embargo, no hay nadie que no se dé cuenta de esto en su conciencia, tanto si la sugestión del demonio conduce a la deformidad del pecado como a la bondad, sólo con pensar en ello y examinarlo cuidadosamente. Y así, esposa de mi Señor, tú no has de dudar sobre si el espíritu de tus pensamientos es bueno o malo. Pues tu conciencia te dice qué cosas has de ignorar y cuáles escoger.

¿Qué ha de hacer una persona que está llena del demonio si, por esta razón, el Espíritu bueno no puede entrar en ella? Tiene que hacer tres cosas. Ha de hacer una pura e íntegra confesión de sus pecados, la cual, aún cuando no pueda estar profundamente arrepentida, debido a la dureza de su corazón, aún le puede beneficiar en la medida en que –debido a su confesión—el demonio le de cierta tregua y se aparte del camino del Espíritu bueno. Segundo, ha de ser humilde, decidir reparar los pecados cometidos y hacer todo el bien que pueda, y entonces el demonio empezará a abandonarla. Tercero, para conseguir que vuelva a ella de nuevo el buen Espíritu tiene que suplicar a Dios en humilde oración y, con el verdadero amor, arrepentirse de los pecados cometidos, ya que el amor a Dios mata al demonio. El demonio es tan envidioso y malicioso que antes muere cien veces que ver a alguien hacer con Dios un mínimo bien por amor".

Entonces, la bendita Virgen habló a la esposa, diciendo: "¡Nueva esposa de mi Hijo, vístete, ponte el broche, es decir, la pasión de mi Hijo!" Ella le respondió: "¡Señora mía, pónmelo tú misma!" Y Ella dijo: "Claro que lo haré. También quiero que sepas cómo fue dispuesto mi Hijo y por qué los padres lo desearon tanto. Él estuvo, como si dijéramos, entre dos ciudades. Una voz de la primera ciudad le llamó diciendo: 'Tú, que estás ahí entre las ciudades, eres un hombre sabio, pues sabes cómo protegerte de los peligros inminentes. También eres lo bastante fuerte como para resistir los males que amenazan. Además eres valiente, pues nada temes. Hemos estado deseándote y esperándote ¡Abre nuestra puerta! ¡Los enemigos la están bloqueando para que no se pueda abrir!'

Una voz de la segunda ciudad se oyó diciendo: '¡Tú hombre humanísimo y fortísimo, escucha nuestras quejas y gemidos! ¡Considera nuestra miseria y nuestra miserable penuria! Estamos siendo trillados como hierba cortada por una guadaña. Estamos languideciendo, apartados de toda bondad y toda nuestra fuerza nos ha abandonado ¡Ven a nosotros y sálvanos, pues solo a ti hemos esperado, hemos puesto nuestra esperanza en ti como libertador nuestro! ¡Ven y termina con nuestra penuria, transforma en gozo nuestros lamentos! ¡Sé nuestra ayuda y nuestra salvación! ¡Ven, dignísimo y benditísimo cuerpo, que procede de la purísima Virgen!'

Mi Hijo escuchó estas dos voces de las dos ciudades, es decir, del Cielo y del infierno. Por ello, en su misericordia, abrió las puertas del infierno mediante su amarga pasión y el derramamiento de su sangre, y rescató de allí a sus amigos. También abrió el Cielo, y dio gozo a los ángeles, al conducir hasta allí a los amigos que había rescatado del infierno ¡Hija mía, piensa en estas cosas y mantenlas siempre ante ti!"

Sobre cómo Cristo es equiparado a un poderoso señor que construye una gran ciudad y un magno palacio, que equivale al mundo y a la Iglesia, y sobre cómo los jueces y trabajadores de la Iglesia de Dios se han convertido en un arco inútil.

Capítulo 55

Yo soy como un poderoso señor que construyó una ciudad y le puso su nombre. En la ciudad construyó un palacio donde había varias habitaciones pequeñas para almacenar lo que se necesitara. Tras haber construido el palacio y organizado todos sus asuntos, dividió a su pueblo en tres grupos, diciendo: 'Me dirijo a ciudades remotas ¡Manteneos firmes y trabajad con valor por mi gloria! He organizado vuestra comida y necesidades. Tenéis jueces para que os juzguen, defensores para que os defiendan de vuestros enemigos, y he encargado a unos empleados que os alimenten. Ellos han de pagarme el diezmo de su trabajo, reservándolo para mi uso y en mi honor'.

Sin embargo, pasado cierto tiempo, el nombre de la ciudad cayó en el olvido. Entonces, los jueces dijeron: 'Nuestro señor se ha marchado a regiones remotas. Vamos a juzgar correctamente y a hacer justicia de modo que, cuando vuelva, no seamos acusados sino elogiados y bendecidos'. Entonces, los defensores dijeron: 'Nuestro señor confía en nosotros y nos ha encargado la custodia de esta casa. ¡Vamos a abstenernos de alimentos y bebidas superfluas, para no hacernos ineptos en caso de batalla! ¡Abstengámonos del sueño inmoderado, para no ser capturados de improviso!

¡Estemos también bien armados y constantemente alerta, para no ser sorprendidos con la guardia baja por un ataque enemigo! El honor de nuestro señor y la seguridad de su pueblo depende mucho de nosotros'. Después, los empleados dijeron: 'La gloria de nuestro señor es grande y su recompensa gloriosa. ¡Vamos a trabajar fuerte y démosle no sólo un diezmo de nuestro trabajo sino todo lo que nos sobre de lo que nos gastemos en vivir! Nuestros salarios serán todos más gloriosos cuanto más amor vea nuestro señor en nosotros'.

Tras esto, pasó algo más de tiempo y el señor de la ciudad y su palacio fueron quedando olvidados. Entonces, los jueces se dijeron a sí mismos: 'Nuestro señor se retrasa mucho. No sabemos si volverá o no ¡Juzguemos como queramos y hagamos lo que nos apetezca!' Los defensores dijeron: 'Somos unos tontos porque trabajamos y no sabemos cuál será nuestra recompensa ¡Aliémonos con nuestros enemigos y durmamos y bebamos con ellos! Pues no es asunto nuestro de quién hayan sido enemigos'. Tras esto, los empleados dijeron: '¿Por qué reservamos nuestro oro para otro? No sabemos quién se lo llevará después de nosotros.

Es mejor, pues, que lo usemos y dispongamos de ello a nuestro antojo. Demos los diezmos a los jueces y, teniéndolos de nuestra parte, podremos hacer lo que queramos'. En verdad, Yo soy como ese poderoso señor. Construí Yo mismo una ciudad, es decir, el mundo y allí coloqué un palacio, o sea, la Iglesia. El nombre dado al mundo era sabiduría divina, pues el mundo tuvo este nombre desde el principio, al haber sido hecho en divina sabiduría. Este nombre era venerado por todos y Dios era alabado por su conocimiento y maravillosamente aclamado por sus criaturas. Ahora, el nombre de la ciudad ha sido deshonrado y cambiado, y la sabiduría mundana es el nuevo nombre que se usa.

Los jueces, que en el pasado emitían sentencias justas, en el temor del Señor, ahora se vuelcan en soberbia y son la ruina de la gente sencilla. Aparentan ser elocuentes para ganarse los elogios humanos; hablan complacientemente para conseguir favores. Soportan cualquier palabra ligera para ser llamados buenos y mansos, pero permiten ser sobornados para dictar sentencias injustas. Son sabios en lo que respecta a su propio beneficio mundano y a sus propios deseos, pero mudos en mi alabanza. Menosprecian a la gente sencilla y los mantienen quietos. Extienden a todos su codicia y convierten lo correcto en erróneo.

Este es el tipo de sabiduría que hoy en día se tiene en más estima, mientras que la mía ha caído en el olvido. Los defensores de la Iglesia, que son los nobles y los caballeros, ven a mis enemigos, a los asaltantes de mi Iglesia, y disimulan. Escuchan sus reproches y no les importa. Conocen y comprenden las obras de aquellos que violan mis mandamientos y, sin embargo, los soportan pacientemente.

Los observan diariamente perpetrando todo tipo de pecado mortal con impunidad y no sienten compunción sino que duermen junto a ellos e intercambian tratos y favores, uniéndose a su compañía mediante juramento. Los empleados, que representan a toda la ciudadanía, rechazan mis mandamientos y se quedan con mis regalos y diezmos. Sobornan a sus jueces y les muestran reverencia para conseguir su favor y beneplácito. Me atrevo a decir, de hecho, que la espada del temor hacia mí y hacia mi Iglesia en la tierra ha sido envilecida y que se ha aceptado un saco de dinero a cambio de ella.

Palabras en las que Dios explica la revelación precedente; sobre la sentencia emitida contra estas personas y sobre cómo Dios, en algún momento, aguanta a los malvados por el bien de los justos.

Capítulo 56

Ya te dije antes que la espada de la Iglesia había sido envilecida y un saco de dinero había sido aceptado a cambio. Este saco está abierto por un extremo. En el otro extremo es tan profundo que todo lo que entra nunca alcanza el fondo, por lo que el saco nunca se llena. Este saco representa la codicia. Ésta ha excedido todos los límites y medidas y se ha hecho tan fuerte que el Señor es despreciado y nada se desea más que el dinero y el egoísmo. Sin embargo, Yo soy como un señor que a la vez es padre y juez.

Cuando su hijo llega a la audiencia, los allí presentes dicen: '¡Señor, procede rápidamente y emite tu veredicto!' El Señor les responde: 'Esperad un poco hasta mañana, porque puede que mi hijo se reforme mientras tanto'. Cuando llega el día siguiente, la gente le dice: '¡Procede y da tu veredicto, Señor! ¿Cuánto tiempo vas a retrasar la sentencia y no vas a condenar a culpable?' El Señor responde: '¡Esperad un poco más, a ver si mi hijo se reforma! Y luego, si no se arrepiente, haré lo que sea justo'. De esta manera, soporto pacientemente a las personas hasta el último momento, pues a la vez soy Padre y Juez. Sin embargo, como mi sentencia es inconmutable, pese a que emitirla lleva mucho tiempo, castigaré a los pecadores que no se reformen o, si se convierten, les mostraré mi misericordia.

Ya te dije antes que he clasificado a las personas en tres grupos: jueces, defensores y empleados. ¿Qué simbolizan los jueces sino a los clérigos que han convertido mi divina sabiduría en corrupción y vano conocimiento? Como estudiantes avanzados, que recomponen un texto de muchas palabras en otro más breve, y con pocas palabras dicen lo mismo que se decía con muchas, los clérigos de hoy en día han tomado mis diez mandamientos y los han recompuesto en una sola frase. ¿Y cuál es esa sola frase?: '¡Saca tu mano y danos dinero!' Esta es su sabiduría: hablar elegantemente y actuar maliciosamente, fingir que son míos y actuar con iniquidad contra mí.

A cambio de sobornos, amablemente soportan a los pecadores en sus pecados y, con su ejemplo, provocan la caída de la gente sencilla. Además, odian a aquellos que siguen mis caminos. Segundo, los defensores de la Iglesia, los nobles, son desleales. Han roto su promesa y su juramento y toleran con gusto a aquellos que pecan contra la fe y la Ley de mi Santa Iglesia. En tercer lugar, los empleados, o la ciudadanía, son como toros salvajes, porque hacen tres cosas: Primero, marcan el suelo con sus pisadas; segundo, se llenan hasta saciarse; tercero, satisfacen sus propios deseos tan sólo de acuerdo con su voluntad individual. Ahora los ciudadanos ansían apasionadamente los bienes temporales. Se reafirman a sí mismos en la glotonería inmoderada y en la vanidad mundana. Satisfacen sus deleites carnales de manera irracional.

Pero, aunque mis enemigos son muchos, aún tengo muchos amigos en medio de ellos, algunos ocultos. A Elías, quien pensaba que no quedaba ya ningún amigo mío más que él, se le dijo: 'Tengo a siete mil hombres que no han doblado sus rodillas ante Baal'. Del mismo modo, aunque los enemigos son muchos, aún tengo amigos escondidos entre ellos que lloran diariamente porque mis enemigos han prevalecido y porque mi nombre es despreciado. Como un rey bueno y caritativo, que conoce los hechos perversos de la ciudad, pero soporta pacientemente a sus habitantes y envía cartas a sus amigos alertándolos del peligro que corren, igualmente, en atención a sus oraciones, Yo envío mis palabras a mis amigos.

Estos no son tan ocultos como aquellos del Apocalipsis que revelé a Juan bajo un velo de oscuridad para que, a su tiempo, pudieran ser explicados por mi Espíritu cuando yo lo decidiera. Tampoco son tan enigmáticos que no puedan ser manifestados –como cuando Pablo vio algunos de mis misterios que sobre los que no le fue permitido hablar—sino que son tan evidentes que todos, cortos o agudos de inteligencia, pueden entenderlos, tan fáciles que todo el que quiera los puede captar. Por tanto, que mis amigos vean cómo mis palabras alcanzan a mis enemigos, de forma que quizá sean convertidos ¡Que se les den a conocer sus peligros y juicio para que se arrepientan de sus obras! De lo contrario, la ciudad será juzgada y, como sucede con un muro derrumbado en el que no queda piedra sobre piedra, ni siquiera dos piedras unidas en sus fundamentos, así ocurrirá con la ciudad, es decir, con el mundo.

Los jueces, seguramente, arderán en el fuego más vehemente. No hay fuego más ardiente que el que se alimenta con grasa. Estos jueces estaban grasientos, pues tuvieron más ocasiones de satisfacer su egoísmo que los demás, sobrepasaron a los demás en honores y abundancia mundana, y abundaron más que los demás en maldad y crueldad. Por ello, arderán en la más caliente de las sartenes.

Los defensores serán colgados en el más alto de los patíbulos. Un patíbulo consiste en dos piezas verticales de madera con una tercera colocada arriba de forma transversal. Este patíbulo con dos postes de madera representa su cruel castigo que, por decirlo de alguna forma, está hecho con dos piezas de madera. La primera pieza significa que ni tuvieron esperanza en mi recompense eternal ni trabajaron para merecerla por sus obras. La segunda pieza de madera indica que ellos no confiaron en mi poder y bondad, creyendo que Yo no era capaz de hacer todo o que no les quise proveer suficientemente.

La pieza transversal representa su torcida conciencia –torcida porque ellos entendieron bien lo que estaban haciendo, pero hicieron el mal y no sintieron vergüenza de ir contra su conciencia. La cuerda del patíbulo representa el fuego inextinguible, que no puede ser apagado por el agua, ni cortado por tijeras ni quebrado y caduco por la vejez. En este patíbulo de castigo cruel y fuego inextinguible, ellos colgarán avergonzados como traidores. Sentirán angustia pues fueron desleales. Oirán burlas, porque mis palabras les eran desagradables.

En sus gargantas habrá gritos de dolor porque se deleitaron en su propia alabanza y gloria. Cuervos vivientes, es decir, demonios que nunca se sacian, les picotearán en este patíbulo pero, a pesar de quedar heridos, nunca serán consumidos: vivirán en tormento sin fin y sus verdugos vivirán para siempre. Sufrirán un duelo que nunca acabará y una desgracia que nunca se mitigará. ¡Hubiera sido mejor para ellos no haber

nacido, que su vida no se hubiera prolongado! La sentencia de los empleados será la misma que para los toros. Los toros tienen una piel y una carne muy gruesas. Por ello, su sentencia es afiladísimo acero. Este afiladísimo acero significa la muerte infernal que atormentará a aquellos que me hayan despreciado y que hayan amado sus deseos egoístas más que mis mandamientos.

La carta, es decir, mis palabras han sido escritas. Que mis amigos trabajen para hacerlas llegar a mis enemigos con sabiduría y discreción, en la esperanza de que atiendan y se arrepientan. Si, habiendo oído mis palabras, alguno dijera: 'Esperemos un poco, aún no llega el momento, aún no es su hora'... Entonces, por mi divina naturaleza, que arrojó a Adán del paraíso y envió diez plagas al faraón, juro que vendré antes de lo que piensan. Por mi humana naturaleza --que asumí sin pecado de la Virgen por la salvación de la humanidad y en la que sufrí aflicción en mi corazón, experimenté dolor en mi cuerpo y morí para que los hombres vivieran, y en ella resucité de nuevo y ascendí, y estoy sentado a la derecha del Padre, verdadero Dios y hombre en una persona--, Yo juro que llevaré a cabo mis palabras.

Por mi Espíritu --que descendió sobre los apóstoles en el día de Pentecostés y les inflamó tanto que hablaron los idiomas de todos los pueblos--, juro que, a menos que enmienden sus caminos y vuelvan a mí como humildes siervos, me vengaré de ellos en mi enojo. Entonces, se lamentarán en cuerpo y alma. Se lamentarán de haber venido a vivir al mundo y de haber vivido en él. Se lamentarán de que el placer que experimentaron fue muy pequeño y ahora es nulo y, sin embargo, su tortura será para siempre. Entonces se darán cuenta de lo que ahora se niegan a creer, o sea, de que mis palabras eran palabras de amor. Entonces comprenderán que Yo les advertí como un padre, pero ellos no quisieron escucharme. En verdad, si no creen en las palabras de benevolencia, tendrán que creer en las obras que están por venir.

Palabras del Señor a la esposa sobre cómo Él es abominable y despreciable nutrición en las almas de los cristianos, mientras que el mundo es deleitable y amable para ellos, y sobre la terrible sentencia que recaerá en tales personas.

Capítulo 57

El Hijo dijo a la esposa: "Los cristianos me tratan ahora de la misma forma que me trataron los judíos. Los judíos me echaron del templo y estaban enteramente resueltos a matarme, pero como aún no había llegado mi hora, escapé de sus manos. Los cristianos me tratan así ahora. Me echan de su templo, es decir, de su alma, que debería ser mi templo, y si pudieran me matarían enseguida. En sus labios, Yo soy como carne podrida y apestosa, creen que estoy mintiendo y no se preocupan de mí en absoluto. Me vuelven sus espaldas, pero Yo apartaré mi rostro de ellos, pues no hay nada más que codicia en sus bocas y sólo lujuria bestial en su carne. Sólo la soberbia les complace, sólo los placeres mundanos deleitan su vista.

Mi pasión y mi amor les resultan odiosos, y mi vida una carga. Por consiguiente, actuaré como el animal que tiene muchas cuevas: cuando los cazadores lo acosan en una cueva, escapa a otra. Haré esto, porque estoy siendo perseguido por los cristianos, con sus malas obras, y arrojado de la cueva de sus corazones. Por ello, me iré a los paganos en cuyas bocas ahora soy amargo e insípido pero llegaré a serles más dulce que la miel. Sin embargo, aún soy tan misericordioso que con gusto abriré mis brazos a quien me pida perdón y diga: 'Señor, sé que he pecado gravemente, y libremente quiero mejorar mi vida por tu gracia. ¡Ten piedad de mí, por tu amarga pasión!'

Pero a aquellos que persistan en el mal, les llegaré como un gigante con tres cualidades: terrible, muy fuerte y muy áspero. Llegaré inspirando tanto miedo a los cristianos que no se atreverán ni a levantar el dedo meñique contra mí. También vendré con tanta fuerza que serán como mosquitos ante mí. Tercero, vendré en tal aspereza que sentirán dolor en el presente y se lamentarán sin fin".

Palabras de la Madre a la esposa; dulce diálogo de la Madre y el Hijo y sobre cómo Cristo es amargo, muy amargo, amarguísimo para los malvados, pero dulce, muy dulce, dulcísimo para los buenos.

Capítulo 58

La Madre dijo a la esposa: "Considera, esposa nueva, la pasión de mi Hijo. Su pasión sobrepasó en amargura a la pasión de todos los santos. Igual que una madre quedaría amargamente destrozada si tuviera que presenciar cómo cortan en pedazos a su propio hijo vivo, así fui yo destrozada en la pasión de mi Hijo, cuando vi la crueldad de todo aquello". Entonces, le dijo a su Hijo: "Bendito seas, Hijo mío, pues eres santo, como dice la canción: 'Santo, santo, santo es el Señor, Dios del Universo'. ¡Bendito seas, pues eres dulce, muy dulce y el más dulce! Eras santo antes de la encarnación, santo en mi vientre y santo después de la encarnación. Fuiste dulce antes de la creación del mundo, más dulce que los ángeles y el más dulce para mí en tu encarnación".

El Hijo respondió: "¡Bendita seas, Madre, sobre todos los ángeles! Igual que Yo fui el más dulce para ti, como decías ahora, también soy amargo, muy amargo, el más amargo para los malvados. Soy amargo para aquellos que dicen que Yo creé muchas cosas sin razón, que blasfeman y dicen que creé a las personas para morir y no para vivir. ¡Qué idea tan miserable y sin sentido! ¿Acaso Yo, que soy el más justo y virtuoso, creé a los ángeles sin una razón? ¿Habría Yo dotado a la naturaleza humana de tantas bondades si la hubiera creado para

condenarse? ¡De ninguna manera! Yo lo hice todo bien y, por amor, a la humanidad le di todo lo bueno. Sin embargo, la humanidad convierte todo lo bueno en malo para sí.

No es que Yo haya hecho nada malo sino que son ellos quienes lo hacen, dirigiendo su voluntad a todo menos a lo que deberían de acuerdo a la ley divina. Eso es lo que es malo. Yo soy más amargo para aquellos que dicen que les di libre albedrío para pecar y no para hacer el bien, que dicen que soy injusto porque condeno a algunas personas mientras que a otras las justifico, que me culpan de su propia maldad porque aparto de ellos mi gracia. Yo soy muy amargo para aquellos que dicen que mi ley y mis mandamientos son demasiado difíciles y que nadie los puede cumplir, que dicen que mi pasión es indigna para ellos y que es por eso que no la tienen en cuenta.

Por tanto, juro sobre mi vida, como juré una vez por los profetas, que defenderé mi causa ante los ángeles y todos mis santos. Aquellos para quienes Yo soy amargo comprobarán por sí mismos que Yo creé todo racionalmente y bien, para utilidad e instrucción de la humanidad, y que ni el más pequeño de los gusanos existe sin razón. Aquellos que me encuentran más amargo comprobarán por sí mismos que Yo, sabiamente, le di al ser humano libre albedrío con respecto a lo bueno. Descubrirán también que Yo soy justo, dando el reino eterno a las buenas personas y castigando a los malvados.

No sería correcto que el demonio, a quien creé bueno pero quien cayó por su propia maldad, estuviera en compañía de los buenos. Los malvados también comprobarán que no es culpa mía que ellos sean perversos, sino suya. De hecho, si fuera posible, con gusto me sometería, por todos y cada uno de los seres humanos, al mismo castigo que acepté una vez en la cruz por todos, para restituirles su herencia prometida. Pero la humanidad está siempre oponiendo su voluntad a la mía. Les di libertad para que me sirvieran, si quisieran, y mereciesen así el premio eterno. Pero si ellos no quisieran, tendrían que compartir el castigo del demonio, por cuya maldad y sus consecuencias fue justamente creado el infierno.

Como estoy lleno de caridad, no quise que la humanidad me sirviera por miedo ni que fuese obligada a hacerlo como los animales irracionales, sino por amor a Dios, porque nadie que me sirva contra su voluntad o por temor de mi castigo podrá ver mi rostro. Aquellos para quienes soy muy amargo se darán cuenta en su conciencia de que mi ley era leve y mi yugo suave. Estarán inconsolablemente tristes de haber menospreciado mi Ley y de haber amado al mundo en su lugar, cuyo yugo es más pesado y mucho más difícil que el mío".

Entonces, su Madre agregó: "¡Bendito seas, Hijo mío, mi Dios y Señor! Porque tú eras mi dulce delicia, ruego que los demás puedan hacerse partícipes de esta dulzura". El hijo respondió: "¡Bendita eres tú, mi queridísima Madre! Tus palabras son dulces y llenas de amor. Por ello, buenamente acudiré a quien reciba tu dulzura en su boca y la conserve perfectamente. Pero quien la reciba y la rechace será castigado de la forma más amarga". La Virgen respondió: "¡Bendito seas, Hijo mío, por todo tu amor!".

Palabras de Cristo, en presencia de la esposa, conteniendo símiles en los que Cristo se compara con un labriego; los buenos sacerdotes con un buen pastor; los malos sacerdotes con un mal pastor y los buenos cristianos con una esposa. Estos símiles ayudan de muchas maneras.

Capítulo 59

Yo soy el que nunca ha pronunciado mentira alguna. El mundo me toma por un labriego cuyo mero nombre les resulta despreciable. Mis palabras se toman por fatuas y mi casa se considera un vil tugurio. Ahora bien, este labriego tenía una esposa que no quería más que lo que él quería, que poseía todo en común con su marido y lo aceptó como a su maestro, obedeciéndole en todo como a su maestro. Este campesino también tenía un montón de ovejas y contrató a un pastor para que las cuidara por cinco piezas de oro y por la provisión de sus necesidades diarias. Este era un buen pastor que hizo un buen uso del oro y del alimento, en la medida de sus necesidades.

A medida que pasó el tiempo, este pastor fue sucedido por otro pastor, uno inferior, quien empleó el oro para comprarse una esposa y darle su alimento, que descansaba con ella constantemente y no cuidaba de las pobres ovejas, que fueron acosadas y dispersadas por bestias feroces. Cuando el labriego vio su rebaño disperso, gritó diciendo: 'Mi pastor no me es fiel. Mi rebaño se ha dispersado y algunas ovejas han sido devoradas indefensas, por bestias feroces, mientras que otras han muerto aunque sus cuerpos no han sido destrozados. Entonces, la mujer del campesino le dijo a su marido: 'Señor, es cierto que no recuperaremos los cuerpos que han sido devorados. Pero vamos a llevarnos a casa y a usar aquellos cuerpos que han quedado intactos, aunque ya no haya respiro vida en ellos.

No podríamos soportar el quedarnos sin nada'. Su marido le respondió: '¿Qué podemos hacer? Al tener los animales veneno en sus dientes, la carne de las ovejas está infectada de veneno mortal, su piel está corrompida, la lana está amazacotada'. Su mujer agregó: 'Si todo se ha desperdiciado y todo se ha perdido, entonces ¿de qué vamos a vivir? El marido dijo: 'Veo que hay algunas ovejas aún vivas en tres lugares. Algunas de ellas parecen muertas y no se atreven a respirar, por temor. Otras están enterradas en barro y no pueden levantarse. Aún otras están escondidas y no se atreven a salir. ¡Ven, esposa, vamos a levantar a las ovejas que están tratando de ponerse de pie pero no pueden sin ayuda, y vamos a usarlas!

Observa, Yo, el Señor, soy el campesino. Los hombres me ven como si fuera el trasero de un burro criado en un establo, según su naturaleza y

hábitos. Mi nombre es la mente de la Santa Iglesia. Ella es considerada como despreciable en la medida en que los sacramentos de la Iglesia, bautismo, crisma, unción, penitencia y matrimonio, son, de alguna forma, recibidos con irrisión y administrados a algunos con codicia. Mis palabras se tienen por fatuas, pues las palabras de mi boca, pronunciadas en parábolas, han pasado de un entendimiento espiritual a ser convertidas en entretenimiento para los sentidos. Mi casa es vista como despreciable en cuanto que las cosas de la tierra son amadas más que las del Cielo.

El primer pastor que tuve simboliza a mis amigos, o sea, a los sacerdotes que acostumbraba a tener en la Santa Iglesia (por uno quiero decir muchos). A ellos les confié mi rebaño, es decir mi venerabilísimo cuerpo, para que lo consagraran, y las almas de mis elegidos para que las gobernaran y protegieran. También les di cinco cosas buenas, más preciosas que el oro, en concreto, una captación inteligente de todos los temas enigmáticos para que distinguieran entre el bien y el mal, entre la verdad y la falsedad. Segundo, les di penetración y sabiduría de temas espirituales. Esto se ha olvidado ahora y, en su lugar, se ama el conocimiento del mundo. Tercero, les di castidad; cuarto, templanza y abstinencia en todo para un autocontrol de su cuerpo; quinto, estabilidad en los buenos hábitos, palabras y obras.

Tras este primer pastor, o sea, después de estos amigos míos que solía haber en mi Iglesia en tiempos pasados, ahora han entrado otros pastores malvados. Ellos han comprado una esposa para sí mismos a cambio del oro, o sea, a cambio de su castidad, y, por esas cinco cosas buenas, tomaron para sí el cuerpo de una mujer, es decir, la incontinencia. Por ello mi Espíritu se ha apartado de ellos. Cuando tienen total voluntad de pecar y de satisfacer a su esposa, es decir, a su lujuria, según su sentido del placer, mi Espíritu está ausente de ellos, pues no se preocupan de la pérdida del ganado mientras puedan seguir su propia voluntad. Las ovejas que fueron completamente devoradas representan a aquellos cuyas almas están en el infierno y cuyos cuerpos están enterrados en tumbas a la espera de la resurrección del eterno castigo.

Las ovejas cuyos cuerpos están intactos, pero cuyo espíritu de vida ya no está en ellos, representan a las personas que ni me aman ni me temen, no sienten devoción alguna ni les importo. Mi Espíritu está lejos de ellos, pues los dientes envenenados de las bestias han contaminado su carne. En otras palabras, sus pensamientos y espíritu, como lo simbolizan la carne y entrañas de la oveja, son para mí tan repugnantes como lo es comer carne envenenada. Su piel, es decir, su cuerpo, está desprovisto de toda bondad y caridad y no vale para servir en mi Reino. Al contrario, será enviado al fuego sempiterno del infierno después del juicio. Su lana, o sea, sus obras, son tan inútiles que no hay nada en ellos que les haga merecer mi amor y mi gracia.

Entonces, buenos cristianos –es decir, esposa mía-- ¿qué podemos hacer? Veo que aún hay ovejas vivas en tres lugares. Algunas se parecen a la oveja muerta y no se atreven a respirar por miedo. Estos son los gentiles que de buena gana adoptarían la verdadera fe si la conocieran. Sin embargo, no se atreven a respirar, o sea, no se atreven a perder la fe que ya tienen y no se atreven a aceptar la verdadera fe. El segundo grupo de ovejas es el de aquellas que están escondidas y no se atreven a salir. Estas representan a los judíos que, por decirlo de alguna manera, están como detrás de un velo. Con gusto saldrían, si tuvieran certeza de que yo nací. Se esconden tras el velo en la medida en que su esperanza de salvación está en las figuras y signos que acostumbraban a simbolizarme en la antigua Ley, pero que fueron verdaderamente realizados en mí, cuando me encarné.

Por su vana esperanza tienen miedo de salir a la verdadera fe. En tercer lugar, las ovejas que quedaron atrapadas en el barro son los cristianos en estado de pecado mortal. Por su miedo al castigo, están deseosos de levantarse de nuevo, pero no pueden debido a lo grave de sus pecados y porque les falta caridad. Por eso, esposa mía, o sea mis buenos cristianos, ¡ayudadme! Igual que la mujer y el hombre son considerados una sola carne y un solo miembro, así el cristiano es mi miembro y Yo soy de él, pues estoy en él y él está en mí. Así pues, esposa mía, mis buenos cristianos, ¡acudid conmigo a las ovejas que aún respiran un poco y vamos a levantarlas y revivirlas! ¡Sostened sus lomos mientras yo les sostengo la cabeza! Me regocija el llevarlas en mis brazos. Una vez las cargué todas sobre mi espalda, cuando ésta estaba toda herida y pegada a la cruz.

¡Oh, amigos míos! Amo tan tiernamente a estas ovejas que, si me fuese posible sufrir, por cualquiera de estas ovejas individualmente, la muerte que sufrí una vez en la cruz por todas ellas, antes que perderlas, así las redimiría. Por ello, con todo mi corazón, les ruego a mis amigos que no escatimen esfuerzos ni bienes por mí. Si Yo no escatimé reproches cuando estuve en el mundo, que no se achiquen ellos a la hora de decir la verdad sobre mí. Yo no me avergoncé de morir una muerte despreciable por ellos, sino que me mantuve ahí igual que cuando vine al mundo, desnudo ante los ojos de mis enemigos.

Fui golpeado en los dientes por sus puños; fui arrastrado por el pelo de sus dedos; fui azotado por sus azotes; fui clavado en la madera con sus herramientas, y colgado en la cruz junto a maleantes y ladrones. ¡Por tanto, amigos míos, no escatiméis esfuerzos por mí, que resistí todo esto por mi amor hacia vosotros! ¡Trabajad valientemente y ayudad a mi necesitado rebaño! Por mi naturaleza humana --que es el Padre porque el Padre está en mí-- y por mi naturaleza divina --que es mi Espíritu porque el Espíritu está en ella y porque el mismo Espíritu está en mí y en Él, siendo estos tres un solo Dios en tres Personas--, juro que acudiré a aquellos que se esfuercen en cargar mis ovejas conmigo, los ayudaré mientras caminan y les daré un precioso estipendio: Yo mismo, en su gozo sempiterno.

Palabras del Hijo a la esposa sobre tres tipos de cristianos, simbolizados por los judíos que vivían en Egipto, y sobre cómo éstas revelaciones fueron dadas a la esposa para que fueran transmitidas, publicadas y predicadas por los amigos de Dios.

Capítulo 60

El Hijo habló a la esposa, diciéndole: “Yo soy Dios de Israel, el que habló con Moisés. Cuando fue enviado a mi pueblo, Moisés pidió un signo, diciendo: ‘El pueblo no me creerá de otra manera’. Si el pueblo, al que Moisés fue enviado, pertenecía al Señor ¿por qué carecía de confianza? Has de saber que había tres tipos de personas entre los judíos. Algunos creían en Dios y en Moisés. Otros creían en Dios, pero carecían de confianza en Moisés, preguntándose si, tal vez, no estaría él diciendo y haciendo todo por propia invención y presunción. El tercer tipo eran aquellos que no creían ni en Dios ni en Moisés.

Igualmente, hay ahora tres tipos de personas entre los cristianos, como lo simbolizan los hebreos. Hay algunos que realmente creen en Dios y en mis palabras. Hay otros que creen en Dios, pero que carecen de confianza en mis palabras, porque no saben cómo distinguir entre un espíritu bueno y otro malo. Los terceros son los que no creen en mí ni en ti, esposa mía, a quien he hablado mis palabras. Pero, como dije, pese a que algunos de los hebreos carecían de confianza en Moisés, todos –sin embargo—cruzaron el Mar Rojo con él hacia el interior del desierto, donde los que no tenían confianza adoraron ídolos y provocaron el enfado de Dios, que es por lo que su fin fue una muerte miserable, aunque todo no lo hicieron sólo los que obraron de mala fe.

Por esta razón, como el espíritu humano es lento para creer, mi amigo debe transmitir mis palabras a aquellos que crean en él. Después, ellos las divulgarán a otros que no saben cómo distinguir a un espíritu bueno de otro malo. Si los oyentes le piden un signo, que muestre a esas personas una vara, como lo hizo Moisés, es decir, que les explique mis palabras. La vara de Moisés era recta y, por su transformación en una serpiente, también fue temible para ellos. Igualmente, mis palabras son rectas y no hay falsedad en ellas. Son temibles, también, porque emiten un juicio verdadero.

Que expliquen y declaren que, por las palabras y sonido de una sola boca, el demonio se apartó de criaturas de Dios, ése mismo demonio que podría mover montañas si no estuviera restringido por mi poder. ¿Qué clase de poder le correspondió, con el permiso de Dios, cuando fue hecho para huir ante el sonido de una sola palabra? Según esto, de la misma forma que aquellos hebreos que no creían en Dios ni en Moisés también dejaron Egipto hacia la tierra prometida, siendo, de alguna forma, forzados junto con los demás, de igual manera, muchos cristianos irán ahora, sin desearlo, junto con mis elegidos, sin creer en mi poder para salvarlos. No creen en mis palabras de ninguna manera, tan sólo tienen una falsa confianza en mi poder. Sin embargo, mis palabras se cumplirán sin que ellos lo deseen y, en cierto modo, serán forzados a caminar hasta la perfección hasta que lleguen donde a mí me conviene”.

**Las Profecías y Revelaciones de Santa Brígida de Suecia**
< previo | siguiente >

Me gusta 541 Twittear COMPARTIR 196

Revelaciones de Santa Brigida - Libro 1

www.Santos-Catolicos.com
¡DVDs, Artículos y Libros Gratis!

**MOST POPULAR VIDEOS**

- Doomsday Predictions Happening Right Now Proven by Scientists!
- ¿Estás Listo?
- Prueba Científica de Dios y Milagros Sobrenaturales
- Benedicto XVI enseña que Jesucristo no tiene que ser visto como el Mesías!
- La Película el Más Terrorífico Infierno!
- Los Fantasmas Atacan a la Gente en las Cámaras!
- Exorcismos Reales y Posesiones Demoníacas
- Juan Pablo II enseñó que el Espíritu Santo es el responsable de las falsas religiones!

**MOST POPULAR ARTICLES**

- Lea las Revelaciones de Santa Brígida (DEBEN DE LEER)
- El Placer Sexual y la Lujuria
- Información Espiritual que Debe Saber Para Salvarse
- La Secta del Vaticano II y Antipapas del Vaticano II
- Dogmas Cristianos en los Cuales Debes de Creer Para Ser Salvado
- Refutar al Protestantismo & la "Ortodoxia" Oriental
- La Planificación Familiar Natural (PFN)
- Sobre la Recepción de los Sacramentos Por Parte de Herejes

FREE DVDS & VIDEOS

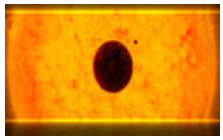
Prueba Científica de Dios y Milagros Sobrenaturales

Los Fantasmas Atacan a la Gente en las Cámaras!

Doomsday Predictions Happening Right Now!

¿Estás Listo?

Exorcismos Reales y Posesiones Demoníacas



Antichrist Conspiracies & End Times Prophecies

WATCH & DOWNLOAD ALL THE DVDS & VIDEOS FOR FREE!